

Antonio Rodriguez Lopez

2-c  
74/2

¡VACAGIARE!  
(Via - Crucis)



IMPRESA "LA HUMANIDAD"

MERIDA - YUC. - MEXICO -

## ¡¡ Vacaguaré !!, ocaso de un principado

En la vasta lejanía del azul atlántico, la isla se abría en amplio ramaje de palmera joven, tomando ese aspecto imaginativo, de esmeralda refulgente a los rayos luminosos de un sol espléndido. La luz centellea en el esotérico perfil de un acontecimiento imponderable. Desde las azules crestas de las cumbres resbala una bruma lechosa, que va envolviendo el paisaje, difícil de emular, en su semitropical hermosura, distante de la barandia continental.

La soledad ancha de la vida aborígen, envolvía la Isla Bonita, recamada en su total perímetro por la guirnalda blanca, espumosa, de las olas atlánticas, que, desde el otro mundo americano, tropezaban en los roquedales costeros, intrusos opositores al inexpressivo camino marítimo del Océano.

Y fue entonces cuando:

“Más allá de donde alcanzó a ver el ojo del nativo, llegaron. Más allá. De muy lejos. De donde se traspone el horizonte. Venían cabalgando los lomos del retozón corcel del mar azul. Del mar verde. Más allá del lejano confín donde se opaca el día. La pro-ruda del bajel, hendió la virginal arena de la playa, cual bisturí profano, que rasga los tejidos en la mórbida carne. Brotaron como materia contenida; como pus infeccioso que fue contaminando el pétreo costurón litoral isleño.”

La Verde Isla reverberó en un resplandor rojo de sangre indígena. Sobre la tierra en calma, retumbó el eco, que, desde risco a risco, transmitía el mensaje luctuoso, de la paz rota, como vara de picador, mal sostenida contra el potente morrillo del toro libertario.

Uno y otro atribulado príncipe indígena, de aquel manso reducto orográfico, fue depониendo su actitud de recelo contra la usurpación del poderío, pues, entendían que, poco importaba una manifestación de resistencia, si habían de rendir, prontamente, pleitesía, a los intrusos que les arrebataban sus legítimos derechos de primigenios, establecidos por descendencia en el suelo patrio.

La isla doblegada debió tomar como blason la significativa forma de un corazón atravesado por la esquinada rama de la palmera, en la que, por cada aguda punta de sus hojas, gotearon abundantes y centelleantes lágrimas de rubí. Toda empresa lleva anexa una porción negativa al fácil logro de la misma. Y, en la isla mansa, ocurrió lo insólito, por inesperado, hasta entonces, para la artera pasión de dominación concyuyente. La exacción de que venían siendo objeto los príncipes pusillánimes, sometidos, despertó en el más altivo de los indígenas, un pundonor encomiable, manifestado en la defensa de sus dominios, en la protección de sus hermanos de lucha, en el desprecio a su vida, por y para el logro de la bienaventuranza perdurable de su territorio, según estimaba. Se negó a aceptar la expeditiva fórmula propuesta por su detestable opositor, para establecer una absurda paz en la isla mancillada. No. Sería necesario expungar sus baluartes risqueros, para rendir su ánimo de luchador digno. Consideraba absurdo aceptar la hegemonía de un extraño, en lo que suponía su Estado Gubernativo. Tampoco debía impetrar favor para los suyos y para él, pues significaba humillación a su rango. Por otra parte, tenía ante sí el paradigma ocurrido en los otros

principados de sus hermanos de raza. No se ocultaban éstos para preconizar sus desdichas públicamente. No creía en promisión alguna. No podía soslayar friamente la inercencia en sus territorios, para volverse en transfugo, abandonando a su gente, a sus costumbres, a su dios monolítico. Era como una inviolabilidad al amor entrañable de su compañera de leche, a su natural descendencia. No le era permisible desembarazarse de sus obligaciones como guía y cabeza pensadora en los problemas de su clan.

Pero la fortaleza humana no está supeditada siempre a disquisiciones invulnerables, puestas al servicio de la maldad, o a la altruista obra humanitaria. Así se vio sorprendida la inocente buena fe del príncipe noble. ¡Y claudió! Su corazón ingenuo se dilató en gracia a la hora cero de su vida. La palabra persuasiva y perniciosa de un renegado familiar del príncipe hizo que culminara en éxito menguado la epopeya de la conquista definitiva de la isla arrogante. La mañana tibia de una primavera candorosa, fue ajada por el brutal acontecimiento. Salió el príncipe noble de sus inexpugnables dominios. Dejó el ansia de los suyos revoloteando por lo alto de las cumbres prominentes de la isla trágica. Dejó detrás suyo, los verdegueantes valles, ubérrimos, frescos, en la soledad salvaje del lugar virgen de la maldad importada. Las aguas limpidas, cristalinas, corrían por los inmutables lechos de los arroyuelos mansos, de aquel principado paradisiaco, donde quedó vibrando el sonido discordante del vacío y la añoranza.

El unísono murmullo lúgubre de otras aguas que afloran desde las entrañas de la tierra a boca púdica de una fuente tristemente célebre, fue música aciaga que armonizaba en la primaveral mañana de un mayo histórico. El aire tibio, temprano, transporta a todos los confines de la isla, ya eunuca, la nota repugnante de clarín desatemplado, anunciando la consumación del sacrificio perpetrado, violando la libertad sagrada del hombre.

La incontinencia de unos hombres desaleales cometieron un ludibrio reprobable. Fue necesario supeditar al príncipe noble, de una manera burda, falas, para lograr el acoplamiento total de la isla virgen a la dominación continental: a la civilización de la época.

La longanimidad del príncipe al encontrarse inerte fue lastimosamente heroica, cuando en el éxodo a que estuvo expuesto, prefirió la muerte por inanición, al disfrute de una vida anómala, discordante con su conciencia; denunciada la maltrecha responsabilidad que, en su vida anterior, pesaba sobre su persona, ante sus coetáneos, supeditados ahora, a la más vergonzante incontinencia del ansia vengativa de unos entes irreflexivos.

Desde entonces, la isla Bonita, quedó expectante, como una lágrima esmeraldina que flota sobre el azul del mar Atlántico, donde, a veces, entre el fragor espeluznante que produce el choque de mar gruesa contra el roquedal costero, se oye, la gemebunda exclamación del príncipe inmolado, cuya alma en pena, viene del lejano piélago, para decir, aún: ¡¡VACAGUARE!!

L. ISMAEL GONZALEZ G.

LA PROVINCIA 21-3-72

# ¡VACAGUARÉ...!

(Via-Crucis)

# ¡Vacaguaré...!

(Vía-Crucis)

POR

Antonio Rodríguez López



**IMPRESA "LA HUMANIDAD"**

Dirección postal: apartado 266. Oficinas: esquina de las calles 55 y 56

**Mérida, Yuc., México**

## PRÓLOGO

**La bandera roja.**—¡Benahoare! ¡Benahoare! ¡La niebla ha cubierto tus montañas!

¡Aceró! ¡Aceró! ¡El trueno ha retumbado arrastrándose por sobre la sierra del fragoso Time!

¡Tanausú! ¡Tanausú! ¡El Idate se ha estremecido y ha bamboleado en sus simientos eternos!

¡Ah! ¿Qué ves allá relucir sobre el desfiladero de Adamacánsis?

¡Es la bandera roja!

¿Y aquella multitud que avanza?.....

¡Son los guerreros de D. Alonso de Lugo, que van á precipitarse sobre Aceró como la tempestad!

¡Ay! que el Idate oscila en los aires, inclinándose hacia los puntos de donde nacen los cuatro vientos!...

¡Después de más de tres siglos, la imagen de aquel día de terror está aún delante de mis pupilas!

El sonoro bucio de guerra había resonado por todos los ámbitos de Aceró, y Tanausú se halló en

un momento rodeado de sus valientes, ya aparejados para el combate. Al brazo derecho llevaban arrollada la honda terrible, y su diestra sostenía la dura y puntiaguda moca ó el robusto banot formado de nudoso tronco. De sus anchos cinturones de pita trenzada pendía el cortante trafique, y en su brazo izquierdo lucía sus encendidos colores la rodela de drago.

El grito de guerra lanzado por las tropas benaharitas, había resonado de monte en monte como el estampido del trueno.

Todos los pechos estaban inflamados de furor al correr á Adamacánsis á rechazar á los guerreros de la bandera roja. Sólo el corazón de la princesa Accerina sintió la herida del dolor al ver á Tanausú que arracándose de sus brazos corría á la cabeza de sus valientes, trepando por las peñas ligero como el viento.

¡El combate fué terrible y la sangre regó la tierra!

La bandera roja tuvo que retroceder en su carrera triunfal.

El Capitán de los cristianos, no pudiendo avanzar por el desfiladero, quiso hacerlo por el torrente...

¡En vano!

El Ajerjo retrataba ya en sus aguas la cabeza coronada de Tanausú, que con sus guerreros estaba allí para disputar el paso.

El español capituló.

Lugo se retiró con sus tropas, y al día siguiente debía reunirse con el Mencey de Aceró en la Fuente del Pino para tener una conferencia.

Lució la aurora que había de iluminar por vez postrera la corona del último Mencey de Benahoare.

Tanausú salió del valle con los suyos y se dirigió pacífico á la Fuente del Pino, cuyo murmullo en aquel día asemejaba el quejido del moribundo, cual siniestro presagio. Mas, antes que el Mencey llegase al sitio señalado, he aquí que los españoles venían á su encuentro.

Tanausú se para de pronto, y oye la voz de un capitán isleño que le dice:

—¡Mencey! ¡traición!

¡Imposible, exclama el valiente Rey palmero, y prosigue su marcha tranquila, ordenando á los suyos que le sigan.....

¡No! ¡no era mentira! Los guerreros precedidos de la bandera roja se lanzaron en són de combate sobre los benahoaritas!

Del desfiladero de Adamacánsis volaron multitud de soldados españoles que se habían quedado emboscados el día anterior, y en un momento los isleños se vieron cercados de enemigos por todas partes.

—¡¡A ellos!! exclamó Tanausú, arrancando de su sien la corona de conchas y estrellándola contra las peñas. ¡¡A ellos!!

—¡¡A ellos!! repitieron todos los palmeros, y trabóse la batalla más sangrienta y feroz.

¡Ah! ¡El Idafe había oscilado sobre sus cimientos, y la menguante luna no había en vano señalado al occidente con sus puntas enrojecidas, presagiando el ocaso del último Mencey de Benahoare!

Tanausú fué hecho prisionero, y pronunciando la terrible frase: *¡Vacuaré!*, selló su labio y bajó sus ojos.

Los españoles victoriosos le condujeron al buque que debía llevarle como trofeo del triunfo.

«Poco después llegaba Acerina en busca del amado esposo, y sólo encontró su corona rota entre montones de cadáveres.»

«**¡Quiero morir!**—Allá, empujado por el viento, como la gaviota que despliega sus alas, cruzaba el mar azul el buque que conducía al prisionero bena-hoarita.....

Acá, sobre una alta colina de la Palma se veía una mujer inmóvil y con los cabellos flotando á merced de la brisa.....

Cuando el buque desapareció de sus ojos aquella mujer descendió lentamente de la colina.....

Al pie de la colina se hallaba un hombre de aspecto triste y sombrío.....

La mujer era la viuda Acerina. Viuda, porque en aquél mismo instante Tanausú había muerto de hambre en alta mar, murmurando: ¡*Vacagnaré!*

El hombre que aguardaba silencioso al pie del collado, era Mayantigo.

Al cruzar Acerina por su lado, alzó sus ojos, y clavando en él una mirada de reconcentrado dolor, exclamó:

— ¡Quiero morir! ¡*Vacagnaré!* ¡*Vacagnaré!*.....

Mayantigo, sin desplegar sus labios, inclinó sus ojos y comenzó á caminar, indicando por señas á Acerina que le siguiese.

Llegaron á una gruta inaccesible.

Mayantigo buscó en la vivienda más cercana tres pieles de cabra y un gánico lleno de blanca leche.

Colocó las pieles en el interior de la gruta, una sobre otra, y dejó á la cabecera del lecho mortuario el cántaro fúnebre.

Acerina penetró sola en la gruta.

Mayantigo cerró tras ella la entrada con una pared de piedra, y se sentó fuera en las rocas, doblando la cabeza sobre su pecho, como la datilera dobla su verde copa si el huracán la troncha en los días de la tempestad.

Un anciano pasó por aquel sitio buscando un objeto amado...

Era el padre de Acerina, que en vano preguntaba por su hija á los ecos de las montañas.

Al ver á Mayantigo, se reanima y le pide noticias del bien de su vida.

Mayantigo por toda respuesta señala con su mano la pared de la cueva sepulcral, y el anciano se retira vertiendo lágrimas.....

Pasó un día.....

Y otro.....

Y otro.....

Entonces, Mayantigo, que no se había separado de la gruta, desencajó algunas piedras de la pared que la cerraba, y miró á su interior.....

¡Acerina yacia sin vida sobre las vellosas pieles!

—¡La profecía de los adivinos se cumple! exclamó Mayantigo: «*Una misma gruta será la morada de Mayantigo y Acerina.*» ¡Vacaguaré!.. ¡Vacaguaré!

Dijo, y entró en la gruta por la brecha que dejaban abierta las piedras desencajadas, tornando á tapiarla desde adentro.

Entonces, un ósculo de amor resonó en el interior del sepulcro.

Después... reinó para siempre un profundo silencio.»

# VACAGUARÉ

## I

En 1902 vivía en Arafo, Mary mi mujer, y con ella nuestros dos hijos: Darwin, de once años, y Lila, de nueve. Yo residía en Santa Cruz, donde ganaba para sus gastos y escribía el casi célebre *¡Vacaguaré..!* que tan grande impresión causó en España no obstante su corta existencia. De este periódico sólo vieron la luz pública cuatro números.

La separación obligada entre yo y los míos debióse á una equivocación de los médicos. Me dijeron éstos: «Su mujer está tísica; llévela al campo, y tal vez pueda alargar su vida.» La llevé, y es claro, cuando se vió libre de las drogas y del *tecnicismo*, curó. Tanto curó, que nunca la oí toser, ni expectorar, ni quejarse de nada. Solamente me decía de cuando; en cuando: «¡Tengo tanto apetito!» Los muchachos comen casi como *guanches*: todo lo comen.

Si me llevara por ellos, lo que había de gastar en zapatos lo tragarían en *gofio*.»

— Me parece bien — la contestaba yo. — Dales *gofios* y carne; no te preocupen los zapatos. El niño; como la planta joven, necesita tener en contacto sus raíces con la tierra. Las raíces del muchacho son los pies. Déjales que anden y corran á la *pata-tallana*; que chapoteen en lodazales, que se críen fuertes. Yo no quiero un títere y una muñeca, no; quiero un hombre y una mujer. Hay que acostumarlos á las luchas de la vida; el macho, que sepa resistir el dolor, que sepa vencerlo; y lo mismo la hembra, que viva inocente, alegre y vivaracha, sin darse cuenta de la esclavitud que la Sociedad exige á su sexo. Cuando la edad de la pubertad llegue, ya sabrá Naturaleza imponerle recato y agudeza. Déjala mientras tanto, feliz en su inocencia; que sean sus primeros dolores los que trae consigo el amor.

Yo creo, con Schopenhauer, que la mujer no sabrá nunca sino amar. La que se nos presenta artista, filósofa, pensadora, etc., sólo lleva por lema «amor». Todos los adornos, conocimientos, encajes y gasas que la cubran, son estratagemas de Naturá. Su único y primordial objeto, para lo que existe en el mundo, es para reproducir la especie, es decir, para amar.

Llevado de esta creencia, mejor dicho de esta

convicción, tengo gran cuidado con la educación de mi Lila. Quiero que, cuando llegue la hora, ame sin reticencias, como verdadera hembra fuerte, al que le toque en suerte.

Esta manera de educar á mis muchachos, franca y llanamente, ha hecho que me miren como á su mejor amigo. Nada me ocultan, juegan conmigo como si fuera su camarada y me respetan más que suelen hacerlo los hijos de padres que no parecen padres, sino rectores eclesiásticos, jueces imponentes ó afectados verdugos. Mi sistema de educación y las condiciones de la aldea donde residia mi familia, estaban en íntima conexión.

\* \* \*

Arafo, en las faldas de una cumbre; como si se dijera, «el delantal del Teide». Su cielo, casi siempre claro, encanta la mirada contemplativa con sus níveas nubes, que suelen tornarse nacaradas, róseas á ratos; pero casi siempre persisten las blancas en un fondo de tul celeste que alegra el alma.

El nido está en lo más alto. Es una cabaña vieja, con más de cien años. Esta tiene un balconcillo desde donde se contempla la campiña; ora los hombres removiendo la tierra, ya las mujeres segando hierba, aquéllos sembrando la semilla, éstas podando afanosas los sarmientos de la vid; más allá hombres

que alimentaban con guano los terrenos, muchachillos que guían los rebaños á las cumbres más altas y verdosas, zagalas que ordeñan cabras de puerta en puerta, chiquillas desnudas remojándose en los charcos..... y, en conjunto, la verde pradera dividida en trozos, tendida hacia abajo, hacia la ribera peñascosa donde juguetea el mar.

Casi siempre persiste el verde, con variados tonos. La eterna alfombra arafera es la rama de la *papa*, que dura todo el año; á ésta se le agrega, variando temporadas y tonos, el verde oscuro del naranjo, que abunda, la sedosa cebada, el maíz ondulante, los perales ricos, la tunera que alimenta al cerdo, el níspero, el guayabal, el manzano, la higuera y sobre todo, en primavera, la viña, la fecunda viña, que adorna y sombrea el exterior de las cabañas, colgando de sus emparrados lindos racimos frescos y dulces, dorados y rojos.

Todo esto es de mi balcón abajo. Hacia arriba, mucho más alto, hay montes exhuberantes de brezos, castaños, hayas, aceliños, cobesos, madroños, jaras, escobos, retamas..... Sobre esto, mucho más elevado aún, están las breñas madres de los halcones y las águilas y queridas amantísimas del sol, quien las besa diariamente al atardecer.

Tal es Arafo y tal también la decoración hermosa que circunda á mi vieja cabaña.

## II

Los habitantes de Arato se creen libres como las alciones hijas del astro-rey, moradoras en la cima. Aquí no hay mendigos; todos se tratan de tú, y cada uno trabaja *lo suyo*, menos cuando, por favor, unos necesitan de los otros.....

Mas..... hay un «pero». Más que pero es una cruz, que pesa como una losa de plomo sobre la linda aldea. No vayan á creer los lectores que esta cruz sea el cura, ni la cruz donde yace el hermano del pesebre de la burra del cuento; no, señores. El cura es un hombrazo muy bueno, que no ignora que los montañeses araferos se rien con sorna de las patrañas y quisicosas del catecismo, que miran y consideran al pater como al maestro zapatero, por ejemplo:

—Al cura hay que respetarlo,—dicen ellos, parodiando sus palabras,—como respetamos al herrero y al carpintero. Todos nos son necesarios, unos para esto, otros para aquéllo. Si no hubiese cura ni iglesia, ¿dónde iríamos los domingos de mañana? ¿Dónde lucirían las mujeres sus *trapillos*?... Eso son boberías; la iglesia, con cura que no insulte á la gente, no es malo.....

Este modo de argumentar, unido á que el pater es un herreño dócil, honrado y, más que sacerdote, hombre, prueba que no es él, ni la iglesia, la cruz que pesa sobre la aldea.

La cruz que nubla la dicha de este pueblo es un engendro de la ley de España: es un cacique, es un Sinforoso Escolar. ¿Por qué no había de decirlo? Que una parte de los que escriben en Canarias ofician de lacayos; ¿me obliga á mi á callar la verdad? Que este cacique no me haya ofendido directamente, ¿es causa para que yo esté obligado á tapar sus culpas?... ¡No! Yo no oculto ni las mías propias...

Este hombre, que podía ser un buen *bruto*, es un hombre injusto, porque el orgullo que le dá la jerarquía de la corte madrileña lo ha infatuado, y no admite que ningún campesino tenga más voluntad que la suya. Todos han de someterse á su antojo: quién le niegue su voto ya puede contar una desgracia...

El cacique en Canarias es un pequeño «papa». Con un plumazo escribe una calumnia; con una calumnia va un hombre hasta presidio, ó perece en la encrucijada, ó pierde el pan para alimentar á los suyos, porque no le bastaría el producto de su huerta para satisfacer las multas que lloverían sobre él. Todos los caciques son iguales en proceder y por eso me complazco en esbozar el de que me ocupo.

Este es hijo de un rústico que trajo de América

algún dinero; establecióse en su suelo natal y compró fincas, que explotó con buen provecho, alquiló una criada que le sirviera en todo; en las fincas, en la casa y en la cama. Esta criada dió á luz y el viejo encariñóse con el chico; le instruyó algo, y años después, como era de esperar, el *indiano*, se fué al «hoyo.»

El muchacho, poseído en sus riquezas, educado por una mujer débil que, más que madre, fué para él una criada,—tal es el hábito de la servidumbre,—dejó arraigar en su alma tales instintos de dominación y de orgullo, que vivió solo y saludaba casi con desprecio á los que años antes fueron sus compañeros de juegos y condiscípulos. Más tarde viajó por España, donde se concretaron más sus tendencias malsanas; y encantado de la humillación servil de los más para los que se llaman nobles ó reyes, formóse su criterio diciendo: *A vivir como á grande en pueblo chico.*

Por su dinero hizo amistades con amigos de amigos de diputados; y aquí lo tenéis en la verde campiña de Arafo, odiado de todos los habitantes porque este pueblo ejemplar no podía nunca amar á un tirano, pero en cambio es temido como los fanáticos son del diablo.

\* \* \*

Sabiendo los campesinos que mis ideas eran libe-

rales, no dudaban contarme historietas del cacique, y picó en mi curiosidad por conocerlo. Me lo presentó el secretario del Ayuntamiento. Excuso decir que fielato, juzgado, alcaldía..... todos los empleos dependen de su omnímoda voluntad.

Lo ví. Es gordo y moreno, de regular estatura; siempre viste igual, con ropas de paño burdo color de chocolate. La cabeza la echa hácia atrás cuando habla, y se acaricia su barbarala, gris..... Sazona la conversación con múltiples y acompasados *hum... hum... off... off...* sabe decir *teléfano* y otras lindezas. De pronto se levanta, cuando todos están sentados, y se pasea en largos tracos, siempre hablando despacio é intercalando sus *hum... hum... off... off...*

—Mañana voy á una jira, en mi finca «Manantial». ¿Si V. quiere acompañarme?...

Nunca dice *vamos* ni *haremos*; siempre: *iré, veré, haré, reventaré...* Y volvía á pasearse en el salón; daba tracos largos, enroscaba el ala del sombrero con la izquierda y con la derecha dále que dále á la barba.

En verdad, me resultaba cómico este tipo. También tiene una criada que le sirve de esclava, como sirvió su madre; exactamente igual. El no se casará nunca. ¡Cá! Las mozas del pueblo serán guapas, honestas, ricas algunas, pero..... él las mira como hijas de sus súbditos, y cuando más sirven para

una «broma»... Si alguna llama su atención en demasía, por su deslumbrante hermosura, la sonríe con una mueca diferente á las demás ó la acaricia la barbilla; pero, ¿casarse él? ¿Trabar relaciones serias con una *maga*?... (1) ¡Ni soñarlo!

\* \* \*

Fuj á la jira en el «Manantial».

Antes, desde muy temprano, marchó la criada— me parece que se llama Dolores.—La mandó con una cesta á la cabeza, conteniendo cuchillos, especias y otros mengirjes; detrás un borrico cargado con dos *machorras* degolladas y algunos garrafo- nes de vino. Era víspera de elecciones.

A las diez comenzamos á bajar volcán abajo, ha- cia la finca, todos los convidados; es decir el Ayun- tamiento en pleno, el juez, el cura, el herrero... y todos los *obligados*.

—Veremos,—me decía yo,—y andaba también, hasta que llegamos.

La criada, ó la esclava, ó la mujer,—como que- ráis llamarla,—tenía preparado una menestra; asada la carne de las cabras; el vino en los garrafo- nes, y los platos, esperando en el suelo la llegada del «bajá». En grupos divididos, aguardaban su llegada los cam- pesinos, comentando y dialogando según edades y

(1) Campesina.

aficiones; pero en los semblantes de todos notábase algo así como una tristeza, como un descontento: acaso se daban cuenta de su rebajamiento, de su esclavitud. No podía ser menos. Estos montaraces son orgullosos; los conozco bien. Odian todo lo que les oprime; viven de su propio trabajo; nadie carece en el pueblo de un trozo de tierra; tienen poco trato con las gentes de las ciudades, donde el gufa de la vida es la humillación, el servilismo, la hipocresía encanallada del débil, que surge y come las migajas con solapada urbanidad, guardando muy ocultos sus instintos de culebra, haciendo creer á quien se las echa que vive feliz en su pantano inmundo, como los asquerosos sapos.

No; éstos campesinos de Arafo tienen arraigado en su alma el instinto de la libertad, y odian al cacique, de quien no pueden evadirse, porque ahí está la ley de España que lo crea y lo alimenta y lo sostiene. Por eso vive y medra este ente y subyuga y degrada á los canarios. Si he escogido este pueblo y este cacique es porque *uno* había de ser, pues todas las ciudades y villas y aldeas los tienen, y hago generales mis ataques.

A lo lejos apareció una figura cabalgando; es mi hombre, que viene en un caballito gomero, muy despacio, por temor á la debilidad del jaco que es bastante viejo, ó por exhibirse mejor, majestuosamente, ante sus súbditos...

Todos le miran acercarse y me miran á mí, único extraño que observa la comedia y trata de leerlos... Un viejo se me acerca y dice:

—Allá viene ya.

—¿Quién?— le pregunto haciéndome el desentendido.

—¡Sinforoso, hombre! ¿No le ve en el caballito?

Hago que miro atentamente, y exclamo después:

—¡Es verdad! Ahora comeremos algo, porque ya tenía ganas. Me creí que él vendría con nosotros y no habría necesidad de esperar.

Otros se hablan acercado y oían. El viejo hizo tejadillo con sus manos bronceadas y nudosas, que colocó al alto de la frente; miró ó no miró, pero lo vi pensar... yo lo observaba bien. Cansóse de esta posición, volvió su cuerpo un poco hacia la izquierda y después de clavar sus ojos verdes, con filamentos dorados, en el cielo, dice, colocándose frente á mí.

—¿Usted no había venido al «Manantial»?

—No; es esta la primera vez —respondí.

—Pues mire: si viviera «forzosamente» en el pueblo, tendría «forzosamente» que volver; pero como se va y vuelve de Santa Cruz á Arafo y no necesita de *éstos*,—y dió á esta palabra una entonación extraña,—no volverá á esta juerga.

Observó á los que ya se nos habían acercado y haciendo una mucca con la mejilla rugosa, cierra un ojo, escupe por el colmillo y añade:

—Yo sé lo que me digo, amiguito. Yo también he vivido en aquellas tierras donde el hombre es hombre.

El viejo tocó la llaga. Veinte bocas estaban dispuestas á seguirle, á protestar, á sincerarse, á probarme que sus almas eran libres, que sólo el régimen los hace aparecer viles... Pero el «papá» llegaba; la *criada* empezó á moverse, á servir tajadas, á cortar pan, á llenar platos de potaje verdoso; y nos fuimos acercando. El vino animó los rostros, se encendieron las pupilas y las bromas y las sátiras volaban insultando del uno al otro: todas las palabras llevaban un dardo, cada cual creía limpiar su conciencia, su culpa, culpando á su compañero.

Mientras la concurrencia comía, reía y bromeaba, á pie firme, el «jefe» se sienta junto á una mesa, donde su criada colocó varios ricos platos que venían preparados de antemano, y dos botellas de vino añejo, subidas de la cueva. Se dispone á comer, después de obligarme á tomar asiento á su izquierda.

Come gargantuescamente, como un imbécil, y ríe también como un imbécil, mientras contempla al rebaño que cree adicto y que en realidad le odia soberanamente. El lector supondrá que yo agarré un trozo de cabra asada, un vaso de vino Corniú y lo consumí junto al que, si no odiaba, porque este desgraciado «bajá» no merece mi odio, por lo menos empezaba á asquearme su presencia. La gente, con el vino y la carne caliente, se animaba. Uno coge la

guitarra y otro el caracol. Tocaban, pero es imposible armonizarse, y todos claman: ¡la guitarra! ¡la guitarra!...

Un viejo se acerca al tocador, busca inspiración y canta:

«Yo, que á mi patria venero;  
Yo, que venero su historia,  
Desde que la empezó Homero.  
¡Antes que á España prefiero  
De mis guanches la memoria!».

Se arma una gritería; aplauden, rebullen, saltan... y un joven, con ademanes y alaridos, quiere imponer silencio. No lo consigue y coloca la mano sobre las cuerdas de la vigttela. Se lo tienen á mal, pero se restablece el orden.

Sinforoso — le seguiremos llamando «baja» — se levanta, y

—No más guitarra—dice;— ¡pruebas! ¡pruebas!...

Llama á dos y les encarga confeccionar gorrillos de papel, que coloca en las cabezas de los más viejos, obligándoles á decir tonterías repugnantes; les hace trabajar en una cuerda floja, y otras payasadas.

Aquello me aburre; tengo ganas de insultar á aquel hombre. Me contengo, no obstante, y marchó sólo hacia la gañanfa, buscando olores más sanos, aire más puro...

¿Existe algo de lo que dice Materlinck? ¿Se co-

munican las almas en silencio? Sentado en una piedra, frente al corral, viendo al ternerillo remoler la hierba, estuve largo rato. Me saca de la contemplación el viejo que me había predicho cuanto me repugnaria la juerga. Tras éste vino otro, y otros más, y allí nos reunimos todos. Y todos tristes, serios, imponentes, como si no hubiesen bebido. ¿Por qué? ¿Se daban cuenta de su papel ridículo, y avergonzabanse ante la presencia de un extraño?... ¿La repugnancia, el dolor que produjo en mi alma silenciosa aquel acto servil de un pueblo esclavizado, supieron interpretarlos sus almas?... ¿Por qué abandonaron la *broma*, dejando solo con la criada al que los humilla, y me buscaron para entristecerse conmigo?...

\* \* \*

El sol rodaba hacia su ocaso: pronto llegaría á ocultarse tras las breñas que esperan siempre su tibio beso, al atardecer.

Me marché. Anda que anda despacio, y oprimido el corazón por la escena pasada, fui pensando por el camino en la triste condición en que tiene España á esta tierra, digna de mejor suerte. Se me ocurre una idea. «Lo que he visto esta tarde,—me dije,—es la comedia eterna en la provincia: siempre caciques y esclavos á causa del régimen de gobierno... ¿Por qué no intentar algo? ¿Por qué no reclamar una auto-

mía, ya que estamos tan lejos de la metrópoli, que los ministros forzosamente lo ignoran todo? En verdad, soy solo é impotente para semejante empresa... En fin, veré. El único elemento sano de Canarias es el pueblo: á él he de ocurrir.» Cavilando en esto, y decidido á hacer algo, llegué hasta mi vieja cabaña.

Tras saludos y preguntas sinceras é inocentes, me dormí, arrullado por el murmullo del agua que corría presurosa toda la noche, por las atargeas públicas, para empapar las tierras...

### III

Como la choza es vieja y el techo deteriorado, cada teja rota dejaba hueco á los rayos del sol, y al abrir mis ojos mil estrellas de fuego, rutilantes y alegres, me miraban á tres metros de la cama. Así es que, al poco rato de despierto, las carcajadas y retozos de mis pequeños *yankees*, — me olvidaba consignar que mis hijos fueron trasplantados desde New-York á Canarias; — el *glan-glan* de una campana rajada de la vetusta ermita; el *plin-plum* del yunque de *mastro Pepe*, donde se forjan las rejas, herraduras y podones; las *folias*, cantadas por una hembra que lava ropa en el agua que corre alegre y descuidada, y el concierto, en fin, de los pajarillos, que trinan y se quejan y redoblan y pian... todo esto me anima, me convida á vivir, y salto alegre de la cama, dispuesto á cantar, á comer, á seguir amando, á comunicar vida á todo lo que me rodea, porque siento en mí la alegría de vivir.

Así distribuía el tiempo en 1902. Veinte días para trabajar abajo, en la capital nauseabunda, en contacto con avaros burgueses, con entes pretensivos y ridículos, con extranjeros que fueron *cosas en su*

*tierra* y en esta mía dáselas de grandes señores, con trabajadores imbéciles y degenerados que veneran á sus propios explotadores, con *patiquines* y oficinistas inútiles que viven sin saber nada de nada, ni siquiera un solo «por qué»... Pero los diez días restantes del mes eran para mí y los míos.

¡Ah! ¡Cuánto vivía yo en estos diez días!... ¡Cómo se hincha el alma de gozo al contemplar una pradera llena de luz, un peral florido, un almendro nevado por sus flores, una amapola roja en la llanura verde!... ¡Qué embriagador encanto produce el tomillo, el azañar, el romero, la albahaca, el tarongil... cuando el alma, regocijada y sola, siente y sueña en un porvenir mejor, como nos lo anuncia el rojo de una tarde hermosa!...

Yo, que tantas palomas había visto y tantos pájaros oído en selvas vírgenes de América, vine á darme cuenta en esta época del lenguaje amoroso de las primeras y la armonía celestial de los segundos. Un pobrecillo jilguero me encantaba á ratos, como la voz de un Gayarre ó de una Patti. Hasta la paloma me parece que dice en su tierno arrullo: *amor-aquí, amor-aquí...*

Según el estado del alma, así encontramos lo que nos rodea: triste ó alegre, feliz ó desgraciado...

Mis hijos atraían los pajarillos á los árboles del huerto, de una manera ingeniosa. Con higos pasados al sol, confeccionaban una pasta que adherían des-

pués á la corteza de los arbustos. De cada árbol pendía un *gánigo* de barro, con agua fresca que se renovaba diariamente, y como los animalillos comían y bebían á su gusto, convencidos de que se les trataba bien, y no notaban aviesas intenciones, llegaron con el tiempo á familiarizarse, á ser buenos camaradas de los muchachos... Sobre todo, uno hacía mucha gracia. Cuando mi Lila iba derecha al peral, el pajarillo piaba, piaba mucho, batiendo sus alitas rubias y sedosas. La chica, que ya conoce el juego, se acerca despacio, hasta llegar á él, alarga el cuello un poco, empuja hacia fuera sus labios rojos y el animal hunde el pico en su boca, saca una miga oculta y escapa alegre, hendiendo el espacio luminoso... Esta es una costumbre diaria, desde que, pollito, lo crió en el seno.

Mientras estaba entretenido con mis hijos, todo era gozo; pero al encontrarme solo, la escena del «Manantial» se me reproducía. ¡Aquellos ancianos venerables haciendo de *payasos* para divertir al cacique!... ¡Ellos, en el ocaso de la vida, cuando se impone la reflexión y el «por qué» de la existencia, tener que disfrazarse cual si fueran monos de titiritero... y hacer otras ridiculeces, más infames aún por la intención de quien los obligaba!...

—Si fuera únicamente aquí,—me decía,—puede que pasase por alto; pero la corrupción es general. Abajo, en la capital, es aún más indigna.

Para escribir la vida del cacique que impera en la provincia, con sus infamias, falacias y crímenes, se necesitarían volúmenes tantos como «Episodios Nacionales» ha escrito Galdós. ¡Ah!... Es el mismo cacique primitivo: aquel virrey que autorizaba la estafa, la violación y el degüello, contra los primitivos y nunca bien llorados *guanches*...

¿Acaso hay mucho tiempo que infelices trabajadores fueron golpeados hasta tornar violáceas sus carnes? ¿Existe más ley en esta tierra que la voluntad del cacique que escribe al gobierno: «hágase esto», y esto se hace? ¿Un criminal no es absuelto si el *prohombre* lo quiere? Y aún más, ¿un inocente no es llevado á presidio si lo quiere el *prohombre*?...

—Es necesario trabajar,—me dije.—Llevo una vida egoísta, olvidando mi deber de hombre. No; no más calma. Cuando llegue á Santa Cruz trataré de hacer algo.

#### IV

Existía en aquella época una asociación poderosa de trabajadores, y pensé: «Esta fuerza, si llega á entenderme y hay hombres que sean capaces de guiarla, pronto dará al traste con los partidillos políticos existentes, causantes del mal común, del atraso de Canarias y de las infamias que se están viendo.»

Así que llegué, publicamos en el órgano de dicha Asociación, el artículo que hallarán los lectores en la *nota número 1*, artículo que fué bien acogido por las masas, pues todos comprendían que se imponía un nuevo partido para la salvación de la patria.

Más tarde se dieron conferencias. El pueblo se anima y los caciques rabian y temen. A poco viene en nuestro favor un hombre respetable, D. Ricardo Ruíz Aguilar, que nos remite para su publicación los tres artículos que insertamos en la *nota núm. 2*.

Ya á estas alturas, dando conferencias nocturnas en el Centro Obrero y la efervescencia popular creciendo, reconocen los partidos históricos su inminente derrota y vienen cada uno por su cuenta y riesgo, á proponernos un pacto en las elecciones que se acercaban para concejales del Ayuntamiento.

Para que los lectores puedan conocer la impresión dominante en nosotros, frente á tales proposiciones, y al propio tiempo las ideas que expresamos durante aquella memorable campaña, transcribimos en la *nota núm. 3* algunos de los artículos que vieron la luz en *El Obrero*.

Llega, por fin, la batalla electoral, y ¿qué creéis que hacen los partidos históricos? Se unen en las mesas electorales y acuerdan combatir al que consideraban su enemigo común, al *partido popular* formado por hijos del verdadero pueblo, y pasan por sobre la ley repartiéndose el botín á su capricho.

Como no tuvimos interventores en las mesas, porque las leyes españolas se cuidan mucho de que la clase obrera no pueda surgir legalmente... todo salió á pedir de boca para los enemigos del proletariado.

Ese acto infame no pasó en silencio, y en la *nota núm. 4* insertamos los artículos que á la sazón publicó *El Obrero*. Además, dimos á luz una enérgica protesta en hoja extraordinaria.

¿Podíamos tenernos por derrotados? No. El pueblo fué á la lucha, se aficionó al periódico, reconocióse con derechos y sólo faltaba una propaganda activa para intentar nueva batalla.

Manuel Déniz Caraballo, joven modesto, periodista valiente, firme en sus convicciones y amante decidido de la clase proletaria, fué mi compañero.

De acuerdo en todo, sin recursos, con la prevención del caciquismo y la indiferencia afectada de los demás periodistas locales, publicamos el primer número de ¡VACAGUARÉ!... Desde los comienzos nos sentimos alentados por las felicitaciones de todos los hombres libres de la provincia.

Salen el segundo y tercer números, y las suscripciones aumentan considerablemente: el órgano autonomista tenía asegurada la vida. Aparece el cuarto, y mientras nosotros tranquilos, serenos, seguíamos la campaña, la prensa de Madrid y de otras capitales alarmóse de una manera inconcebible. Algunos periódicos españoles reproducen artículos y sueltos del ¡VACAGUARÉ!... comentándolos á su antojo; otros instigan casi al gobierno á que nos decapite ó poco menos. En el Congreso, con elocuente palabra, se ocupan por varios días distintos diputados, haciendo de mí una apología legendaria como revolucionario temible, maleante; según ellos, hasta fui expulsado de varias naciones... ¡un mónstruo, en fin, dinamitero!

A todas estas, yo, inocente de semejante alarma injustificada, pasaba los días en la campaña arañera, descuidado en la apacible paz de mi vieja cabaña.

## V

Fué un domingo, á las cinco de una hermosa mañana del mes de marzo.

Un roce ténue, como el de una pluma, me abrió los ojos: era mi hija Lila, que me besaba, y ahora sentada en mi lecho, reía á carcajadas frescas y sonoras.

—Vístete—me decía—para que veas mis palomas mensajeras dando de comer á los pichones, y la gallina arrastrando sus pollitos. ¿Sabes que la pata está triste por la muerte de su macho?.... ¡Anda, anda pronto!

—Bueno, cuando salgas me vestiré—la dije, acariciándola.

Saltó como una gacela y desapareció cantando:

•Aguila que vás volando  
Dame una pluma.....•

Por la ventana abierta, veía un trozo de cielo, rojo por la luz de la aurora. Y frente á mí, alzábase, perforando con su cresta las altas nubes, la majes-

tuosa montaña, cubierta de túnica blanca y refulgente como el cristal.

A sus reflejos yo soñaba despierto en el heroísmo más que espartano de los primeros hombres que subieron á esta blanca cima.

Hallábame sumido en aquella contemplación estética, cuando entró mi hija como un ciclón diciendo á borbotones:

—Papá, ahí están dos hombres disfrazados con sombreros de tres picos, preguntando por tí. Traen dos caballos. Levántate enseguida y ven... ¿oyes?...

Al poco rato fui. Me encontré dos guardias civiles que arrebatában mi libertad.

Interrogué al cielo..... ¡Cuán bello é impasible lo encontré ese día!.....

Los inocentes pequeños se acurrucaron en las enaguas de la madre, como polluelos á la vista cercana de los milanos. Y á mi memoria acudieron estas palabras de un filósofo: «Semejante á los carneros que juegan en el prado, mientras con la mirada el carnicero elije entre el rebaño, nosotros no sabemos, en nuestros días más felices, qué desastre nos preparan, precisamente en aquella hora, calumnia, persecución, martirio, etc.»

—¡Ea, vámos!—dije á los guardias, y salté de mi casa entre matúers, con la sonrisa en los labios, que produce *the joy of greif*.....

Al salir de mi casa, ya la noticia había cundido

por el pueblo, y hombres, mujeres y niños siguieron al prisionero hasta la plaza mayor, donde se encuentra la vieja ermita.

Uno de los concurrentes, Nicolás, se dirige á mí, sin mirar á los civiles, y me propone:

—Aquí está mi burro; puede usted ir montado hasta la capital.

Acepté. Encaraméme en el jumento, saludé á aquella buena gente que miraba con espantados ojos y di la mano á Nicolás que, al soltársela llevóla de revés para limpiar una lágrima que rodaba.

Un quejido persistente detrás de mí, un débil lloro, me hizo volver la cara y ví á mi hijo muy cerca, con sus ojillos cárdenos del llanto, y dispuesto á seguirme. Lo traje, besélo en la frente y le dije apretándole el brazo fuerte, muy fuertemente (todavía se acuerda):

—Darwin; delante de los «guardias» no debe llorarse. Ve á consolar á tu madre y tu hermanita, y dile á todo el mundo que tu padre es un hombre honrado. No te olvides nunca, hijo.

Más tarde supe que Mary, mi esposa, cayó enferma el mismo día y que estuvo á las puertas de la muerte, por un aborto.

\* \* \*

Marchamos. El sargento iba delante, yo en el

medio y el cabo detrás. Departimos amigablemente. El primero me habló de su mujer y sus hijos; díjome que ignoraba el por qué de la prisión, y así avanzando, llegamos hasta *Barranco Hondo*. Nos apeamos y comimos; no les dejé hacer gasto. Volvimos á montar, hasta llegar á las puertas de la cárcel de Santa Cruz. Confieso que, cuando encontré algún conocido en el transcurso de tan aciago viaje, cerré los ojos y sentí como una brasa de fuego en las mejillas.....

Ya en la prisión, aquel miserable sargento que tantas promesas me hizo y tan afable conversó conmigo...—¡Ah, cuánto odio á este hombre!—aquél miserable, dijo al encontrarse con el alcaide, le pone la mano sobre el hombro y vomita estas palabras que tengo clavadas aquí en el corazón:

—¡Hágase cargo de este *pájaro de cuenta!*

¡Oh, guardias civiles!

Si yo olvidara esa ofensa que recibí en pleno rostro, si la perdonara..... no sería hombre. ¡No tendría vergüenza! Y no la perdonaré jamás, porque no pude castigarla. ¡Miserable!...

## VI

El alcaide exigió recibo: quiso saber quién firmaba la orden de mi prisión, pero el *villano* sargento sólo pudo contestar que la orden era superior, nada menos que del Ministerio de la Guerra, ocupado por Weyler.

Me conducen al patio de la cárcel, antro nauseabundo, horrible, pestilente, indigno de una capital, hasta de un pueblecillo africano. Sobre esta cárcel ninguno de los *eximios* periodistas, que yo sepa, ha tenido tiempo de escribir cuatro palabras. ¡Es claro! ¡Han estado presos tantas veces los periodistas tinerfeños! Tienen tan presente que el deber del escritor es hacerse odiar de los poderosos, en beneficio de los débiles y desgraciados, que hánse habituado al pantano, á la suciedad, al pudridero que impera en este antro, y que constituye una de tantas vergüenzas para la Capital de Canarias.

Los presos me conocían, unos personalmente y otros de nombre. Me agasajaron; se desvivían por hacerme llevadera su compañía.

Varios amigos me visitaron, y en todos ellos noté

recelo, temor, miedo de decirme lo que se trataba contra mí.

Rodolfo Cabrera, conocido periodista, abogado y oradør elocuente me dió alguna luz.

—He leído—me dijo—la prensa de España y está alarmada. Reproducen párrafos de ¡VACAGUARÉ!... y los comentan en sentido separatista. Pero usted es ciudadano extranjero, y debe reclamar al Cónsul.

Reclamé, y por toda contestación recibí la que me dió el Secretario del Cónsul de los E. U. de A. Este se había dirigido al Capitán General, del cual aún se esperaba la respuesta antes de cumplir las veinticuatro horas.

Antes de terminar este plazo, se presentó en la cárcel un teniente de la guardia civil; abrió un expediente y leyó: «De orden superior, que se prepare el preso Secundino Delgado, en el término de ocho horas, para embarcar hacia Madrid, desde dónde es reclamado por la Capitanía general de Castilla la Nueva».

Aquello fué para mí como un mazazo en el cráneo. ¿Qué tenía yo que ver con Madrid? Si existen leyes y hombres que las representen en Canarias, y si aquí debo algún delito, ¿por qué ir á la Corte?...

Volví á oficiar al Cónsul, y me contestó que no tuviera cuidado, pues telegrafiaría al Ministro, porque á él se le había «despreciado».

Las primeras horas de duda fueron terribles.

Conocía á Weyler... y pensé: «Nada; como á los demás que en Cuba he visto salir con la pareja, para no volver jamás á besar las frentes de sus hijos».

En el momento que el teniente de la guardia civil, leía la orden de viaje, *Caga-millo*, un dependiente de mi hermano que venía á traerme la comida, oyó lo que se me decía. Como es tuerto, el ojo blanco se dilató de una manera pavorosa. Corrió á dar el alerta á la casa de mi madre, á la sazón enferma en cama.

Mis hermanos Pedro y Arturo vinieron á la prisión; me hablaron tristemente... ¡Infelices! Estaban tan consternados como yo mismo...

---

## VII

Era una tarde hermosa; el cielo mostraba girones de nubes incoloras, manchas sucias de trecho en trecho, y un fondo grisoso que aburría al mirarlo. El sol se ocultaba y las sombras descendían de lo alto borrando y confundiéndolo todo. Un poco más, y el velo de la noche tornó lúgubre el patio de la cárcel más triste que la luz incierta y temblorosa de un farolillo humoso que pendía del techo.

Los que ya eran mis compañeros, al enterarse de la última orden de embarque, creyeron, como yo, como lo creyó toda la capital, que iba á ser sacrificado, según la costumbre española, si la historia no miente. Por eso tornáronse pesarosos; y tras la tristeza de la noche y oscilante lucecilla, reinó en la cárcel un silencio parecido al de las tumbas.

Poco después se deja oír la voz del alcaide, ordenando el retiro hacia sus respectivos camastros. Uno por uno me abrazaron, alejándose despacio. El que no llora, suspira profundamente; pero todos, puedo afirmarlo, llevaban oprimido el corazón.

Nadie pensó en dormir: aguardaban las doce de la noche, hora fijada para mi salida.

En el patio infecto y lúgubre quedan dos presos; los demás fueron encerrados. El uno era ladrón hábil é instruído, peninsular, hermano de un conocidísimo cómico español; el otro había matado á un hombre, por cuyo delito fué más tarde condenado á doce años de presidio.

Sentáronse ambos en un banquillo largo y derrengado, y me obligan cariñosamente á ocupar una *poltrona* vieja, donde solía reposar el carcelero. Los tres, en un rincón, callamos.

Eran las nueve de la noche. El ruido que producen las culatas, al rebotar en las baldosas, nos sorprende.

—Están doblando la guardia,—dice el ladrón, voy á subir. *La carcelera* me lo dice todo.

Esperamos; y cuando bajó:

—En la puerta hay guardia doble y el edificio está rodeado de centinelas de vista... ¡Vaya un ridículo!... Todo porque el alcaide ofició al general que la cárcel no ofrecía seguridades para un preso «de consideración» como usted—dijo; y se sentó nuevamente.

Confieso que yo estaba tonto. ¿Quién era, pues, Secundino Delgado? ¿Cómo yo no lo sabía? ¿O es que yo no era yo? •

A las diez se reprodujo un ruido sordo: carreras, taconazos precipitados... Suena un golpe fuerte en la puerta. Abrióse ésta, y el Excmo. Sr. Capitán Ge-

neral entra y sube á la pocilga del alcaide, donde hablaron largo rato; ¡media hora, lo menos! Vuelve á bajar y pregunta á un soldado:

—¿Habrá peligro á la salida, muchacho?

—No hay nadie en la calle, mi general, —responde el *quinto*.

Y avanza el Excmo. Gobernador general, sonando débilmente las rodinas de las espuelas, que centellean en la obscuridad del zaguán que conduce afuera.

Para mí, eran estos momentos de una angustia horrible. En primer lugar no había cometido delito; en segundo, no se apartaba de mi memoria el recuerdo de mi madre enferma, de mis hijos, de mi Mary.

Sentado en la butaca, con la cabeza en las rodillas y apretada aquélla entre las manos, por temor á volverme loco, estuve... no sé cuanto tiempo. Mis dos compañeros, también tristes, acurrucados y mudos junto á mi, esperaban que el reloj diera las doce.

Al fin sonó la campana. Yo conté; «una, dos, tres»... Eran las once. Una hora más y adiós madre, hijos, mujer, patria... todo lo más querido para mí.. ¡y quizás para siempre!...

Pero, cuando mi dolor llega al paroxismo, cuando la desesperación está á punto de ofuscar mi razón, cediendo el puesto á la locura... un recuerdo, un nombre, hiere como chispa eléctrica mi memoria, siento un cosquilleo voluptuoso que me enagena de

placer, late con más fuerza el corazón, el pecho se hincha de alegría y un estremecimiento jamás sentido, sacude dulcemente todo mi sér.

Me levanté de un salto, sublimemente feliz.

El nombre que hirió, como inspiración divina, la memoria, irradiando destellos de luz en mi alma, arrancando la desesperación y aventando la tristeza, fué *Tanausú* (1). ¡Ese, el nombre de aquel guerrero que pronunció la famosa palabra *Vacaguaré*, en los últimos momentos de su existencia pura!

Inspirado, loco tal vez, pronuncié algunas palabras, salidas del alma, que arrancó muchas lágrimas á aquellos prisioneros, quienes se levantaron para abrazarme con amor, como se abraza cuando siente el corazón que cubre y anula momentáneamente las manchas de la vida.

¿Qué dije á aquellos hombres, que les hice olvidar sus penas para llorar las mías? Nunca he podido recordarlo. Lo que sí puedo afirmar es que hoy me explico la serenidad asombrosa de los mártires y el valor indecible de los héroes.

Aquella noche, yo también hubiera contestado con dulce sonrisa, á las bocas mortíferas de los mat-sers, si la suerte hubiese querido que mis verdugos trataran de quitarme la vida.

Habrá quien lo dude; ya lo sé. Mas... ¿qué importa? No todos tienen la dicha de gozar ni com-

(1) Véase el prólogo.

prender este momento sublime, mejor dicho, aquel instante divino.

Mi culpa consistía en haber aspirado á un átomo de libertad más para mis peñas queridas; solicitar de la metrópoli una autonomía que hiciera desaparecer al monstruoso caciquismo que todo lo corrompe y lo envilece, que esteriliza todas las iniciativas, que amordaza la boca inspirada del tribuno, que apaga la luz esplendorosa del genio, que viola las leyes, que siembra la consternación y que aplana y esclaviza á los pueblos.

Y por esta aspiración justa, el gobierno, se revuelve airado contra mí y descarga sus iras, ya de tiempo atrás bien conocidas.

Al principio, lo confieso, me amilané; fui débil, temí por los míos y por mi propia existencia; pero ahora, pasado el momento de infame dicha que acabo de contar, soy otro hombre. Reconozco en mí fuerzas suficientes para lo que venga...

¡Oh, qué grande y noble es sufrir por el bien de nuestros semejantes!... ¡Morir, si fuera necesario, por la dicha de los demás!... ¡Cuán sublime debe ser el martirio, cuando la víctima tiene alteza de miras y corazón magnánimo! ..

¡España! ¿Por qué no me arrancastes la vida después de los dolores que me hiciste sufrir?... Si tal hubieses hecho... ya Canarias, á los quinientos años de conquista, tendría un mártir; mientras que hoy...

## VIII

Dan las doce. El son de la campana rompe y atraviesa las ondas sonoras y mis compañeros saltan, afinando el oído, para percibir el ruido que produjera en los corredores la llegada de la guardia civil. No se hizo esperar. Entró una pareja y bajó al patio. Alguien pronunció mi nombre en alta voz. Le contesté sereno, resignado.

—¿Estamos dispuestos?— interroga un tricornado, de largos y negros bigotes.

Quise leer en su semblante la bondad ó la perversidad que ocultara su alma: pero me fué imposible. La cárcel estaba envuelta en tinieblas, porque la lucecilla temblona de la lámpara, apenas alumbraba el rincón donde estaba colgada.

—Tenía ganas de conocerlo,— repite el mismo guardia, y me tiende la mano.

Se la estrecho entre las mías; pero no contesto á sus palabras, porque ignoro la intención.

El preso ladrón, á quien tomé cariño, se apoderó de mi maleta y nos siguió hasta los corredores. Yo marchaba en el centro de los guardias, él detrás de nosotros con su carga. Ya arriba, entró el teniente

de la guardia civil, al mismo tiempo que el de los bigotes, coloca las esposas en mis manos.

—Dejarlo,—dijo el jefe,—yo le llevaré hasta el muelle sin necesidad de ellas. Y dirigiéndose á mí: —avise V. á sus amigos que tropiece en la calle, que no se acerquen á nosotros...

No contesté; y marchamos.

La noche era oscura; corría un cierzo desagradable, y el cielo encapotado, con brumas confusas, amontonadas y negras, no dejaban que yo admirase en esta noche las estrellas de mi tierra. Al salir pude ver grupos pequeños en las esquinas. «¿Son amigos ó curiosos?—me pregunto,—no, son amigos, porque hoy todos los canarios son mi propia familia». Me saludaban con los sombreros y seguían detrás de mí, á distancia, camino del muelle. A mi paso voy encontrando gentes conocidas que dicen tristemente: «¡Adios!» «¡Buena suerte!» «¡Valor!»... y otras frases semejantes; pero pronunciadas de un modo suave, como un quejido, como un arrullo triste...!

Ya en el muelle, mientras un guardia avisa á la Capitanía de puerto para que aliste el bote que había de conducirnos á bordo del *Millán Carrasco*, un núcleo de amigos, numeroso, se acercó y nos rodeó. Eran compañeros, antiguos é íntimos camaradas y condiscípulos, que, uno por uno, me abrazaron y me consolaron con palabras sentidas y cariñosas.

—Ya está el bote—ruge una voz cascada y vinosa.

Quitéme el sombrero, saludé y bajé la escalerilla. Salté en el esquife, que se balanceaba y recobra pronto el equilibrio, cuando los guardias me imitaron, pudimos acomodarnos: yo en el medio.

Se hundieron los remos en el agua; volvieron á fuera chorreando gotitas que brillan al reflejo de la luz eléctrica; repitióse la misma operación, más de prisa, y el barquichuelo avanzó, sin ruido, hundiendo el agua, que rebota contra la proa y se aparta quejumbrosa, espumejante, revuelta en blanco y azul, oscura y fosforescente á ratos.

Frente á nosotros está la negra mole, inmensa, extendida y silenciosa... ¡Ah! ¡Qué obscuro é impenetrable estaba el mar en esa noche!...

—Esa masa tenebrosa,—pensé—incierta y espantable, es como el porvenir que me espera.

Grandes fantasmas marinos se distinguen á lo lejos, con ojos rutilantes que despiden rayos de luz sanguinolenta ó verdosa, como los grandes ojos de las fieras monstruosas: son navíos que duermen arrullados por las olas del mar. Estas, tan bravías á veces, acarician hoy, constantemente, los costados de los buques. En la cima de los mástiles, hay farolillos de colores, que irradian el contorno y se reflejan en el pecho del mar, que parece un coloso adormitado.

El botecillo va hacia dentro, sin quejarse de la carga, sin protestar; humilde al mando de aquellos cuatro brazos nervudos, incansables, como los martinets de las máquinas á quienes han imitado en el curso de su vida.

Tras de nosotros queda una estela espumosa que se desvanece al poco rato, según nos alejamos.

—Aquí está—dice la voz ruda y vinosa del viejo marinero.

Se levantan los remos y escurren chorrillos de agua fresca, que sin querer me mojan agradablemente la cara.

Subimos al viejo vapor mercante y fui encerrado en un camarote, hasta la mañana siguiente, que vinieron amigos á verme y entregarme esta carta de mi hermano Arturo: «Hermano: no te preocupes por tu mujer y tus hijos; aquí estamos nosotros. Sólo he de recomendarte dos cosas, que no olvidarás. Sea lo que fuere lo que te hagan..., ten *valor* y *valor*. Esto es todo lo que quiero de tí, aunque sé que á los justos nunca les falta.»

Volvíme al camarote, así que se despidieron los visitantes, sin querer ver la *arrancada* del *Millán Carrasco*, ni contemplar, una vez más, las gigantescas cimas de la tierra idolatrada, donde vi la luz primera.

---

## IX

Trece días de viaje hasta Cádiz. Las costas de Marruecos me encantaban y me servían de lenitivo á la congoja que pesaba sobre mi nuevamente.

Al fondear en Casa Blanca me dejaron en libertad dentro del buque.

Diez, quince, veinte, no sé cuantas barcazas, botes y canoas avanzaron rápidamente, como aves marinas de diferente plumaje rasando el amor. Cada una de las embarcaciones traía á su bordo varios hombres, semidesnudos, descalzos muchos, greñudos todos, sucios la generalidad, gritando de manera salvaje como si fueran á degollarnos, ó á pelearse unos contra otros. ¡Una jauría de lobos hambrientos!... En verdad eran entes ridículos; con sus bramidos guturales, su mímica, la variedad de tipos y colores y sobre todo su indumentaria ástrosa, parecían demonios salidos del infierno que nos pinta Dante.

Los civiles se asustaron y huyeron á encerrarse en el camarote: después me lo dijeron ingenuamente. No habían visto en su vida nada semejante, pero

si oído mucho sobre el proceder de las kábilas de Marruecos.

Por mi parte, contemplé el cuadro desde el punto de vista estético. He vivido por gusto, y por estudio, con los *pieles rojas* de América. No me asustan los salvajes; al contrario, son menos temibles que los ya «europeizados».

En Casa Blanca estuvimos cuatro horas. A la media de viaje, nuevamente, pensé: «¿Por qué no me fui á tierra, al proponérmelo el negro que habló conmigo en inglés y que ignoraba que yo era un prisionero? Tengo mis documentos en el bolsillo; soy un ciudadano de Cuba, hoy protegida por los E. U. de América; al saltar en un bote ya no tiene España derechos sobre mi»...

—¿A qué hora llegamos á Mazagán?—pregunté á un marinero.

—Al atardecer—me contesta.

—Bien, gracias. Toma estas diez pesetas para que brindes á tus compañeros en Cádiz, pero no digas nada á los civiles, porque no quiero que sepan que te dí dinero.

—Oiga V.—dícame el andaluz—tós nosotros, cuando comemos, hablamos de V. y la verdá nos ha extrañado como no se las «guilla».

—Porque no he cometido delito—le contesté.

—Bien, bien; allá V.; pero si algo intenta estamos de su parte. No lo eche en orvío.

—Gracias—y le dejé solo, arrimado á la obra muerta.

Los soldados jugaban á las «siete y media» con los marinos, abajo, en la bodega sucia y hedionda. Me cercioré de que allí continuaban y me dirigí á preparar mi evasión.

Sabía donde estaba el armamento y los correajes; en un camarote vacío. (Me olvidaba añadir que éramos nosotros los únicos pasajeros). Tomé el maüser grande para tirarlo al mar por el ventanillo, pero optó por esconderlo debajo de una gran caja, en el rincón. Agarré el segundo y lo contemplé, acariciándolo como á un verdadero amigo que se dispone á salvarnos. Abrí la canana, saqué todos los cartuchos, los escondí y coloqué un peine en el aparato de mi arma. Volví y la guardé arrollada en una vela que yacía en el suelo, en otro rincón de aquella cámara que, más que tal, era depósito de todo.

—Ahora—reflexioné—fondea el barco le echo mano al maüser, lo escondo entre el pantalón y la americana bien abrochada, y cuando esté el buque rodeado de barquillos salgo, me echo el arma á la cara, apunto á los guardias y les quito la acción. Al que se obstine en retenerme... ¿debo hacerle fuego? —Medito un poco, y exclamo decidido:—Sí; nadie me detendrá. Conozco á los hombres... pero... si, si, haré fuego de firme.

Y volvíme arriba á tomar el aire marino, que

necesitaba para calmar mi pequeña agitación. Estaba decidido; tenía la convicción plena de que huiría.

Todo llega en el mundo. El *Millán Carrasco* fondeó en Mazagán: ¡la suerte estaba echada!

Me paseé con calma, esperando los barquichuelos que avanzaban con prisa.

Los marinos trabajaban activamente. Los guardias se paseaban descuidados, mirando al puerto. Yo esperaba el momento decisivo.

Comenzaron á llegar las canoas; y los moros, andrajosos y sucios, de mirada soñadora, *braman* y me invitaron á ir en tierra. Me separé para no llamar la atención.

El guardia de los bigotes largos se acercó y afectuosamente:

—Pronto llegamos á Cádiz—murmura.—Creo que no tendrá V. queja de mí. Lo he tratado como amigo, no como preso. Las órdenes que teníamos eran severas: amarrarle á V. de pies y manos, hasta el primer puerto español; y yo he faltado á ellas, por saber que es V. un caballero y no comprometerá á un padre que tiene seis hijos, mujer y madre...

Ni siquiera reflexioné: en el acto le conduje al escondite, y...

—Me marchaba ahora mismo—le dije.—Sus palabras me han desarmado.

Saqué lo que tenía oculto y entregándoselo.

—Ya soy su verdadero prisionero—añadí.—Tiene V. mi palabra de hombre honrado...

¿Obré como tal? ¿Fuí un cándido?...

Cuando llegamos á Cádiz me amarró con una cuerda, empleando toda la fuerza de sus brazos.

## X

Al poner los pies en el suelo gaditano sentí una gran vergüenza. Había mucha gente y me confundían seguramente con un criminal, acaso con un monstruo sanguinario y cruel. Estuve tentado de gritar, de sincerarme, diciendo á toda voz: «Soy un inocente, un hombre de bien; no me juzguéis mal. Toda mi vida la he llevado olvidado de mi y sólo atento al dolor ajeno. Yo siempre he defendido á los débiles. El verdadero criminal es el gobierno»...

También, como en Canarias las mujeres decían por lo bajo: «Pobrecito; Dios lo ampare.» Y una anciana, que se detuvo exclamó emocionada: «Sálvalo, Dios, que debe tener madre»... quedó en pie, sin moverse, húmedos los ojos, mientras yo seguía la marcha en medio de los guardias.

En el gobierno militar hicimos alto. El de los bigotes subió las escaleras; yo quedé con el otro en el patio, sentados en un banco de piedra.

—Vamos á la cárcel—nos anunció el tricornado bigotudo cuando se reunió á nosotros.—¿Que lío será

este?—añadió.—Pues si en la cárcel nos dicen lo mismo, yo no lo voy á llevar á una fonda.

Yo callaba.

\* \* \*

¡La cárcel! ¡Qué impresión tan terrible causó en mí, sobre todo el ámplio patio de aquella prisión gaditana!

En el salón se hallaban cientos de hombres, paseando unos, otros en animados grupos y sentados los más en el suelo mojado y frío. ¡Qué caras macilentas y angulosas! La mayoría tiene desgarrada la ropa, dejando ver las carnes flácidas y amarillentas: eran tipos semejantes á los que acababa de encontrar en la costa de Marruecos, con la sola diferencia de que éstos eran más desgraciados aun. Sí; más desdichados: lo proclamaban claramente la mirada triste de sus ojos, la profunda infelicidad que se leía en sus almas. ¡Cuánta juventud marchita! ¡Cuánto venerable anciano degradado! ¡Acaso, acaso todos sean envilecidos frutos del régimen gubernamental que al fin concluirá con esta nación!...

Los civiles hicieron mi presentación y el jefe me interrogó; más como nada sabía de mi causa, poca luz pude darle.

—Este caso es excepcional—dijo desesperado;—yo no debo admitirle. ¿Qué escribo en el registro de entradas?

Tomó papel y pluma y escribió largo rato una carta que dió á uno de los guardias, encargándole que el preso esperaba en la oficina hasta que se reciba la contestación.

Media hora después subía mediante el pago de veinticinco pesetas, á un corralón que estaba en lo alto, para hacer compañía á algunos criminales... con dinero.

Entre estos había un alemán que hablaba inglés y pudo darme algunas noticias sobre la causa de mi detención, cediéndome algunos periódicos que publicaban los discursos pronunciados acerca de ella en el Congreso. (*Nota núm. 5*).

—Bien—medité,—ahora sé lo que hay: el plan del gobierno no es asesinarme bruscamente como á una res, no porque le falten *agallas* para ello, ya que Weyler es ministro de la guerra, sino tratar de desacreditarme, hundirme en el fango del deshonor, degradarme ante los hombres. ¡Esto es más monstruoso que un asesinato y le compromete menos!... ¿Lo conseguirán? Yo tengo amigos en la Corte; allí hay diputados por Canarias, que están obligados á hacer luz para que la inocencia brille como debe, anulando las tinieblas...

\* \* \*

Hace tres días que vivo, angustiado, en esta cárcel.

Son las seis de la mañana. Me he lavado, y de bruces en la ventana contemplo el inmenso patio lleno de hombres; muchos toman en un cacharro sucio un líquido negruzco, al que llaman café.

El alemán se nombra Hugo: nunca me habla de su proceso, siempre del mío, y me aconseja:

—No conteste V. á nada referente á Cuba. Aquí no existe ley, sino bribones que manejan esta esgrima para hundir y sacrificar á quién *estorbe*. Es esta una nación donde los hombres hánse degenerado y entregado á la crueldad. No se haga V. ilusiones; está V. cogido en una ratonera de hierro, y mientras esté preso, sufrirá *las consecuencias*. Los dientes de la trampa son agudos, y no sólo desgarran la piel, sino que hasta le envenenan el alma... Pero sea V. hombre; sobrepóngase al dolor. Vea, por ejemplo: hay un refrán universal que reza que «ningún corcobado es bueno»... ¡y no puede serlo! Su misma deformidad le hace ruín. Comienza por odiar á la Naturaleza que fué injusta con él, y odia después á todo. En ese caso está España. Ha degenerado y es incapaz de nada grande; ni siquiera de sacudir el yugo monárquico: hasta creo que no podría vivir sin él. Necesita un rey, porque su mayor goce consiste —tal es su envilecimiento— en arrastrarse á lamer, como el perro, las botas del *señor*, del *amo*... Le hablo así porque es V. un rebelde y piensa como yo: lo leo en V.... ¡lo sé bien!

Después de unos instantes de silencio:

—Aquí hay un elemento—añadió—nacido en el país, que si V. lo tratara diría estas mismas palabras. Son pocos, pero sienten la vida, conocen los derechos del hombre y también abominan de esta nación que se empeña en subsistir en estado salvaje. Por lo general este núcleo de valientes es el que llena las cárceles; pero continúan batallando sin desmayos. Estos hombres conseguirán reformar algo, ó de otro modo harán con su rebeldía que en el mapa de mañana no figure la poderosa dominadora de antaño..

Miró al cielo humoso, que servía de techo al gran patio húmedo, y calló largo rato.

Era un discípulo del gran Bakunine: lo supe más tarde por otro preso.

—¡Secundino Delgado!—grita una voz.

—¡Váya!—me dice Hugo.

Fuí. Un cabo de vara, vestido con ropa pardusca del establecimiento, galones en las bocamangas y con gorra de cuartel que le cubría media cabeza. me dice imperiosamente, con agrío sonido en la voz:

—Sígame á la antropometría.

Y seguí trás de él.

La antropometría se hallaba en un salón, en cuyo centro hay una gran mesa. Las paredes están casi cubiertas de cuadros anatómicos. Frente á la mesa

un banco sin barnizar, y junto á aquélla un viejo con gafas, que aumentan unos ojillos pequeños, grises, que no paran un segundo.

—¿Su nombre?—me pregunta, con áspero gruñido.

Se lo dije.

—¿Qué delito?—añade.

—No lo sé—contesto.

—Siempre la misma historia;—refunfuña, y toma una hoja impresa que coloca debajo de una mano, sobre la mesa.

Dispónese á escribir y ruje, mirándome un momento:

—Desnúdese, quede sólo en calzoncillos.

Cuando me ve en tal situación, me registra todo el cuerpo, me mide los pies, los dedos *meñicos* de las manos, la cabeza, los brazos y toma nota de los lunares que manchan mi cuerpo, de las cicatrices y rasguños, y, por poco más, no me cuenta hasta los pelos...

«Salté sudando y volví á reunirme á mis *compañeros*. Uno, á quien el tribunal pedía cadena perpetua por haber reventado á su mujer á patadas, me pregunta:

—¿Qué le querían?

Le expliqué. Entonces conversamos acerca de su proceso, de la maldad de su esposa, que llevaba un feto putativo en la barriga. Se muestra satisfecho de

su *obra* porque dice no nació para ser cornudo y despreciado por la sociedad.

Le contradigo y reniega, al fin, del matrimonio, que es, dice, una cruz monstruosa.

Como le oyera con calma sus quejas créese obligado á pagarme tal indulgencia, y trata de consolarme pintando la solidaridad de los periodistas madrileños. Habla con elocuencia, como buen andaluz; no fastidia su conversación, antes bien, me distrae.

—Cuando llegue V. á Madrid, ya verá la campaña que hacen los republicanos y los periodistas... Ya, ya verá V.

Aquí acababa, cuando viene Hugo y, tomándome del brazo, y en inglés, me suelta estas frases.

—Me olvidaba. No se fie de ese hombre; es el *gancho* de la cárcel. Todos le conocen. A mi también me previnieron y he podido convencerme.

Reina silencio un momento y nos separamos, él para meditar, yo para leer las cartas que me llegan de Canarias.

## XI

Un tibio rayo de sol, que penetra oblicuamente por la ventana, me baña el rostro y despierto alegre, creído que encontraría, en mi vieja cabaña, los cuerpos de mis hijos envueltos en las sábanas, como sucedía siempre al amanecer hasta que yo los despertaba besándoles la nuca.

No me acordaba bien; pero parecíame que soñaba con ellos un momento antes de despertar. Me confirmaba esta creencia la profunda tristeza que me embargó el ánimo al verme prisionero y rodeado de extraños que yacían acurrucados en sus catres unos y en el suelo, como yo, los más.

Salto y me visto. Me lavo y voy á la ventana que da al patio. Un hedor acre que se desprende de abajo me molesta, y voy á enterarme, cuando un cabo me descubre y exclama:

—Prepárese que está la *pareja* para conducirlo. El corazón precipita sus pulsaciones, un escalofrío me estremece. Comunico la noticia á mis nuevos amigos y se visten presurosos; también se entristecen... ¡ya los quiero! ¿Por qué no habían de quererme ellos?

Todos me abrazan. El preso, sea cual fuere, siempre está dispuesto á amar á quien le ama. Estoy seguro. Esto explica que el hombre es un animal sociable. Entiéndase que no quiero decir tratar con cariño de palabras y afectada benevolencia al prisionero; no, no es esto. Hay que sentir verdadero amor, condoliéndose de corazón, y veréis como, por empedernido que sea el prisionero, lo transformáis en una Luisa Michel...

Prometen escribirme á Madrid; y bajo con mi maleta.

La guardia me pone las esposas, y salimos, siempre yo en el medio.

La estación está llena de gente; tengo gran vergüenza. Repentinamente, el cielo se torna nublado y el sol se esconde. Un aire denso viene del poniente...

Los vagones se llenan y los guardias, conmigo, entran en uno de tercera. El más pequeño de los *beneméritos* amarra una cadena en mis pies. Le suplico que no apriete tanto, pues me duele mucho, y por toda contestación me mira, hace una mueca con el labio engrifando el bigote y... aprieta más. Coloca un candado á la cadena y se sienta, sin decir ni hacer otra cosa.

Clama la vocina, el flujo y reflujo crece en la estación, corren los retardados, se estrechan manos por los ventanillos, vuelve á clamar la sirena por

tercera vez, empuja los vagones hacia atrás con gran ruido, vuelve hacia adelante, hace *ffff... ffff...* y arranca, despacio primero, creciendo la velocidad luego y corre por fin á toda prisa; vuela sobre sus railes, dejando atrás la ciudad, los casuchos de las afueras, los potreros, los olivares... Todo esto lo veo correr, volar, rasando la tierra, pero en dirección contraria á la nuestra.

La velocidad me encanta. Así me gusta: correr, correr siempre; volar, volar aunque no se sepa á dónde. ¡La máquina sabe dónde va! Yo no lo sé; pero el vértigo me anima, olvido á mis hijos, mi prisión, todo; me alegro... ¡Así quisiera hasta la eternidad!...

Ya no me duelen los pies, ni odio á nadie. No odio, no. ¿Para qué? No vale la pena; no tengo tiempo.

Veo los hombres en el campo, pequeños, como pulgas; los árboles diminutos, los caballos y las reses; y todo me parece tan mezquino!... ¡Nada merece ser mirado! Sólo es grande la velocidad, el avance vértiginoso...

¡Ah, qué bello es mirarlo todo de paso, sin fijarse en nada, ni en los hombres ni en las cosas!... ¡Así, así desde la cuna á la tumba!

¡Oh! ¿Por qué hay estaciones? ¡Estas paradas me hacen tanto daño!...

Pienso y dejo de ser feliz. Enseguida que paro,

acude el recuerdo de mi madre enferma, de mis hijos, de mi Mary, de mis hermanos, de mi prisión, de mi porvenir ignoto... ¡todo lo triste y angustioso!...

*Fuff...! fuff...! fuff...!* ¡A volar! Y mi mente vuéla también, haciéndome dichoso...

## XII

No recuerdo de las estaciones en el curso de mi viaje de Cádiz á Madrid, sino de una solamente. Cuando hubo necesidad de cambiar de tren; el guardia me quitó la cadena. Quise caminar, pero... ¡ca! imposible: no tenía pies, ó como si no los tuviera.

Me agarraron por debajo de los brazos y me ayudaron á apearme.

La vía estaba blanca. La trompa de la máquina era un copo nevado. Todo lo que veían mis ojos, exceptuando á los seres humanos, que se obstinaban, sacudiéndose, en no blanquear, estaba cubierto de hielo; casas, árboles, bestias y objetos brillaban argentados, lanzando reflejos fulgurantes á los rayos de la pálida luna.

—¿Habrá tiempo para tomar café?— pregunté á mis verdugos.

—No;—contestaron.— Si el tren que viene no se hubiera adelantado, tendríamos tiempo para dejar á V. comer. Tome V.—añadieron—el dinero que le da el gobierno y que podrá gastar en Madrid.

No lo cogí. Se empeñaron en que lo recibiera; y como los mendigos no se arriesgaban á salir en aquella noche inclemente, pregunté á los guardias:

—¿Puedo hacer de este dinero lo que se me antoje?

—Lo que V. quiera—me contestan.

Tomé el dinero y lo arrojé al aire desafortadamente... ¿Para qué lo necesitaba, si no puedo tomar café, ni aún con mis propios recursos?

El lector habrá supuesto que esperábamos sentados, yo con los pies hinchadísimos... ¡Pues, no! Arrimado á la pared de la estación observamos la preparación del tren que había de conducirnos á la Corte. Mis dientes castañeteaban, y temblaban de lo lindo... ¡Ah! Hacía un frío horrible: me lo recordaré siempre.

—Vámanos—oí que me decía uno de los guardias tomando mi maleta.

Había llegado el momento. Quise caminar, y caí de bruces. La nieve y el fango húmedo me produjeron mucho bien: entré en reacción y olvidé la contusión de la caída.

En el vagón, al que me llevaron en brazos, me dormí. El tren, más que corría, volaba por la estepa silenciosa y fría...

Los guardias civiles fueron excesivamente buenos, dejándome dormir. ¿Podían hacer algo mejor y más humano? ¡Ay! ¡Si no hubiese vuelto de aquel

sueño! ¡Cuán dulce hubiera sido morir! Me habría ahorrado así el tener que inculpar á mis padres por darme vida...

Mas... había que seguir adelante mi *vía crucis*...!

\* \* \*

La sacudida del tren me despertó. Eran las once y estábamos en Madrid.

La estación, llena; la luz, como la del día.

¡Sentí de nuevo la vergüenza...!

—¿Puede V. seguirnos á pie?—me interrogó uno de los guardias.

—Creo que sí—le respondí, é intenté andar.

¡Imposible! Mis pies no obedecen á mi voluntad. La cadena los había divorciado de mi ser.

Se trajo un coche, que nos conducía momentos después á la Capitanía general. Ya en ella, los *beneficios* me quitaron, por tercera vez, la cadena, que no sabía si me sujetaba mucho: ¡tal era la insensibilidad de mis pies!

Esperé con un guardia en el zaguán, mientras que el otro tricornado se adelantaba casa adentro. Tardó quince minutos y:

—Parece que no va á prisiones militares,—exclamó malhumorado; y dirigiéndose á mí, añadió:—Venga, que el capitán de guardia quiere verlo.

Fuí arrastrándome, ayudado por uno de los civiles, que me soltó junto á la puerta de entrada á

la oficina, donde el capitán, solo, permaneció sentado ante una mesa.

No era un capitán, sino un *capitancito*, un niño, con galones de capitán. Rubio, con barba como el oro viejo; ojos azules, cara menuda, nariz aguileña y frente alta y blanca, muy blanca, como alabastro... La voz era dulce, de tenorino, y sus maneras distinguidas. Me preguntó con amable sonrisa:

—¿Por qué viene V. conducido?

—Lo ignoro.

—No me extraña. —añadió;—yo soy el capitán de guardia, y aunque los civiles me anuncian que es usted preso del gobierno militar, también lo ignoro todo... ¿De Canarias, eh?

—Sí, señor.

—Pues no sé qué haremos...—y después de un momento añade:—¡Guardias! conducirlo á la estufa y que descanse media hora. Después, llevadlo á la cárcel Modelo, por si allí saben...

Me estrechó la mano—¡cosa rara!—y me dijo:

—¡Animo! ¡Animo!

Nevaba, y mis ropas, ligeras, propias del clima amable de mi tierra, estaban blancas por el hielo; mis dientes castañeteaban, y el cuerpo se estremecía como un mimbre movido por fuerte brisa.

Al amor de la estufa, los soldados humanizáronse por primera vez, acaso con el ejemplo que les diera el capitán.

### XIII

El reloj dió la una de la madrugada.

Nos pusimos en marcha... ¡Malditos pies! Quería yo llegar cuanto antes, aunque fuese á la tumba. Sólo tenía un deseo: descansar. Y estos pies, tan dóciles en otro tiempo, ahora se me rebelaban, y tuve que cargar con ellos, arrastrándolos como si arrastrase á dos mazas de plomo.

Las calles, los tejados, los árboles, todo lo inmóvil, resplandecía con fulgores tristes. Yo sudaba, no obstante la capa blanquecina que me cubría.

—Ya era hora,—exclamó el golfo que cargaba mi equipaje.

Abrióse ante nosotros una gran puerta, y entramos, mientras que, indiferente á todo, escapaba después de cobrar, el golfillo que me llevó la maleta.

Dejamos atrás un piquete de soldados que yacían en el interior con los capotes hasta los ojos, y seguimos á la oficina principal.

Tampoco aquí me quisieron. No era posible.

—El orden de la prisión se compromete. ¿Cómo

se da entrada en los libros? ¡No; imposible! Hay que llenar otros requisitos.

—Señor—intervine,—no puedo más. Quien ordenó mi prisión debe conocer mi delito. Soy un delincuente. Sí, sí, ya se lo dirán mañana. Yo creo que con la firma de los guardias bastará por lo pronto...

Los pies, malditos, seguían negándome obediencia... y caí al suelo.

El viejo me interrogó y le contesté echado, sin ganas... No podía más... Quería descansar... morir. No ver más hombres... ¡Que no viesen mis ojos más gente!

No había tomado alimento desde que salí de Cádiz. ¡Me desmayé!

\* \* \*

La *pareja* estaba á mi lado. En el suelo había agua. Las mejillas me quemaban las manos frías. La cabeza me ardía, y las sienes latían con el tic-tac de un reloj grande...

Mis ojos, abiertos nuevamente, se posaron sobre un viejo calvo que estaba de la parte adentro. Era el mismo viejo que antes me hablara: empezaba á recordar...

Ayudado, me incorporé y salimos. Me arrastraron de oficina en oficina, hasta la cuarta. De allí al centro, que es la última y que domina las cinco gale-

rias, en forma de abanico. Cada una de éstas consta de cuatro pisos; en conjunto, mil celdas, siempre habitadas.

Me interrogaron, y no sé lo que contesté: todo me importaba poco. Aquella noche había muerto en mí el deseo, el temor, la alegría... La máquina cerebral no funcionaba. Sólo los miembros pedían descanso. Echarme en una celda, en un arroyo, en una cloaca..... ¡no importaba! Tumbarse era el único anhelo de mi cuerpo...

Como á un sonámbulo, me empujó el segundo oficial hasta el centro de la tercera galería. Examinó mi maleta, mientras yo, en el suelo, esperaba con los párpados cerrados. Me pidió el dinero y se lo di, para devolvérmelo á peseta diaria.

—Ya está—dijo.

Me sacudió, ayudóme á levantar y subimos, descansando á trechos, cuatro escaleras de hierro, muy estrechas y difíciles, porque cada peldaño es una planchita de dos pulgadas de ancho, por medio metro de largo.

En el tercer piso paramos. Abrió con una llave la puerta negra de la celda y entré, perdiendo mi nombre para adquirir un número: ¡el **449!**...

Cerróse aquella puerta tras de mí y á tientas busqué dónde tumbarme...

## XIV

Un chirrido sordo me despierta y veo ante mí un hombre que me dice:

—Hace dos días que estás echado. Cuando reparto el rancho te llamo por el ventanillo de la puerta; mujes y no dices nada; te revuelves en la cama y nada más. ¡Dos días sin comer! Si tienes dinero y no te gusta el rancho, compra algo. Ya sabes que los rancheros vivimos de los «mandados» y «encargos». Dejarte morir de hambre no puede ser. Tengo que dar parte al médico...

Empiezo á comprender, sí. ¡La cárcel, la celda, Madrid...!

—¿Oyes?—le digo al ranchero.—¿Tú me compras, con dinero que yo te daré, papel, pluma, sellos...?

—Sí, sí;—contesta animándose,—yo compro lo que tú quieras, si no me compromete; pero ya sabes que vivimos de los mandados del preso.

—¡Ah! no tengo dinero..., me lo cogieron.

—Sí; ya lo sé,—añade,—pero te darán una peseta

diaria. Mañana tendrás tres pesetas; si quieres, traeré un banquito, una bañadera y jabón.

—Bueno; trácelo.

—Mañana; en cuanto te den las *perras*,—dice divertido,—ya sabes: dos pesetas por las tres cosas. tienes para la temporada.

\* \* \*

Como un rayo cruza por mi mente la historia de mi *via crucis*.

Recojo las piernas y noto el embarazo de los pies. Quito los zapatos y observo las manchas amoratadas, como una cinta violácea al rededor de los tobillos. La inflamación se extiende en la parte alta y baja del cordón cárdeno, y éste permanece adherido al hueso, como si aún lo rodeara la cadena.

Examino la celda: estrecha, con tres metros de ancho por seis de largo; á la izquierda un camastro adosado en la pared por una parte, y sobre el camastro un jergón de lona lleno de fagina y trozos pequeños de mazorças. Lo cubre una manta canela, desgarrada y polvorienta. Frente al camastro, una tabla, también empotrada de un lado, con dos pies en forma de mesa por el opuesto. A lo largo de la celda y á tres metros de altura, una ventana enrejada con gruesos barrotes de hierro; frente á ésta, la sólida y negra puerta. En un rincón, la llave ama-

rilla del agua y al centro, medio metro sobre la mesa, se extiende una verga dorada, por donde viene el gas para alumbrar quince minutos al prisionero que tenga fósforos. La verga del 449 está rota en cerce.

Siento algo extraño, como un deseo indefinido. Sobre la tabla hay dos panes: entonces comprendo. ¡Tengo hambre!

Me escurro, tomo uno y como... Lo comí todo, aunque negro, áspero y duro. También bebí agua de la cañería.

Por la ventanilla se filtra un rayo hermoso y alegre de luz. El cielo está bruñido.

En el exterior no se oye el menor movimiento de vida, tal como si estuviera en una tumba.

Aquí empieza la gran batalla.

Sólo; sólo en el mundo, sin que nadie pueda defenderme, enterrado vivo en estas cuatro paredes horriblemente blancas. ¿Habrán en España un corazón que me defienda? ¡Zola...! ¡cá! ¡Zola es francés...!

Me matarán, sí. Estoy seguro. Y nadie sabrá fijamente mi muerte: acabaré á obscuras, sin el ¡ay! doloroso de un alma compasiva cuando me vea expirar. Sólo me llorarán allá... Acaso esta noche á las doce, á la media noche dejaré de existir...!

Estos fueron mis primeros pensamientos al despertar en la celda.

¡Qué noches tan horribles, atento al más leve ruido, esperando la voz áspera del carcelero! Lleno

el cerebro de pensamientos tristes, sombríos como la muerte misma.

Si después del sacrificio se hiciera luz y quedara limpia la memoria de la víctima y mis hijos fueran respetados como deben... Pero, no; seré una víctima infructuosa é impura... Y tal monstruosa injusticia pesará sobre los míos, sobre mis pequeñuelos, sobre mis hermanos, mi parentela toda...

Una voz, un hombre honrado que grite... ¿Dónde encontrarlo? Nadie me visita: mis verdugos sabrán aislarme.

¡Ah! lo mejor sería morir... ¡Matarme! ¿Cómo? No hay nada en la celda que se preste á la ejecución.

Busco, registro, y sólo veo la tapa del cajón triangular que oculta el cubo. Es sólida; la contemplo. Con un cuerpo punzante, una cuchilla ó un hierro puntiagudo, apoyado sobre la tetilla izquierda y un golpe fuerte en el extremo superior con esa tapa... ¡Adios!

Este pensamiento decisivo me calma un tanto, como si fuese una tabla salvadora, ¡mi liberación! desde este instante acojo la idea de la muerte.

Me consuelo, y vuelvo á tumbarme en el jergón.

La corneta anuncia algo. Todo es avisado por el toque de este instrumento. Soy novato y no distingo aún su significado. Poco después, el abrir y cerrar de ventanillos me anuncia que será la comida. El

hueco encuadrado del 449 se abre y una voz grita:  
«¡Rancho!»

Entonces ví un cacharro incoloro, como un pequeño bacín... Alcancéelo y observo dos manos, una que lo sostiene y otra que echa con un cucharón hasta mediarlo. Lo recojo y contemplo aquella bazona, que despide un hedor acre y que contiene mucho pimiento molido, en el cual sobrenadan judías picadas, maíz, artramuces, chicharos, arroz y habas... Una gran cucaracha emergía y flotaba (1) en la superficie. Otro día hallé medio cigarro mascado por alguien.

Arrojé el contenido nauseabundo al cubo, y echéme sobre el camastro, pensando:

—¡Me mataré!... ¡Me mataré!

\* \* \*

La imaginación tomó vuelo, y volví á mi vieja cabaña, con mis hijos, mi mujer... y oí el concierto en la arboleda, y el murmullo de las aguas corriendo presurosas, impulsadas por la corriente, para fertilizar las tierras...

—Acaso sean infundados estos pensamientos, me dije; ¿por qué, sin razón, habían de martirizarme?

(1) Los que desgraciadamente hayan sido reclusos en la Cárcel Modelo, saben perfectamente que nunca faltan estas porquerías en el rancho.

¡Ah! Debo atar corto á la imaginación, que me espanta presentándome una vida horrible y delineándome á los hombres como nuevos Torquemadas.

Y en seguida acudió esta pregunta: ¿No conoces la historia de España? ¿Por qué se han emancipado Venezuela, Perú, Chile, Colombia...? ¿Y lo que viste en Cuba, con seres inocentes como tú? ¿Te crees mejor?...

---

## XV

Un chirrido sordo en la puerta me hace sentar en la cama y esperar anhelante, sobrecogido.

—A la sala,—grita un hombrecillo menudo, de ojos pequeños, pardos y sin pestañas. Tiene la cabeza rapada; no usa barga ni bigote. Va cubierto por una ropa gris del establecimiento.

—¿Qué es la sala?—pregunto.

—Baje, baje; ya se lo dirán en el centro.

Descendí cauteloso. Ni un alma en aquella imponente galería: sólo un silencio espantable.

Ya en el suelo, observé, como en sueño lejano, la oficina central y hacia ella me dirigí.

Un ente regordete, pálido, de ojos grises, con bigote verduoso, me sale al encuentro. Tiene los pómulos tan salientes que parecen dos grandes tumores.

Va enfundado en un tabardo oscuro con botones dorados, que en las negruras del salón lanzan reflejos como los ojos de los lobos. Contrasta su indumentaria con su faz repugnante.

—¿Por qué no saludas?—dice enarcando las cejas cerdosas, á tiempo que deja ver sus dientes punteados y sucios.

Miro silencioso al suelo.

Sus pies son desmesuradamente grandes, las piernas curvas y cortas, muy cortas, con relación al tronco.

—Cuando vuelva á suceder, te tumbo los dientes y aprenderás;—añadió señalándome con el brazo horizontal la oficina donde había de dirigirme.

Un temblor nervioso sacudió mi cuerpo. No lo miré porque los ojos no disparan...!

Llegué. Un oficial primero me dice con amabilidad:

—Tome el callejón de la izquierda y en la cuarta oficina entre.

Así lo hice.

\* \* \*

Estaba velada por barrotes de hierro, formando puerta, y ésta tiene un pequeño ventanillo en figura de nicho. Al nivel de éste y en la parte de dentro hay una mesa con papeles. En su centro se yergue una gran lámpara. Junto á la mesa y frente á frente, dos hombres sentados: uno lleva uniforme y estrellas de Comandante y el otro es cabo del mismo Cuerpo.

El primero es regordete, de cara oval, ojos de

un vivo claro, nariz perfilada y frente pequeña, un tanto deprimida. El conjunto es agradable, aunque parece de carácter violento por su cuello tan corto. Usa bigote, que se mueve voluptuosamente cuando habla. El cabo es imberbe, lampiño y vulgar. Ofician de Juez y Secretario, respectivamente.

—¿Cómo se llama V.?—me pregunta el Comandante, clavando en mí sus ojos de mirada limpia.

Le contesto.

—¿Qué hizo V. en Cuba durante el período revolucionario?—vuelve á preguntarme.

—Revolucionar,—le respondo.

—Deme detalles. ¿Con quién estuvo? ¿Qué hizo?

—No creí que, firmado por el gobierno español el célebre «Tratado de París», un Juez militar de esta nación tenga derecho á interrogarme en tal sentido. Además, soy ciudadano cubano.

—Entrégume sus papeles,—dice molesto.

Dudo; pero, al fin, le entrego mi carta de nacionalidad. La lee, se fija en los sellos, y tirándola por el hueco:

—No tengo que ver...—exclama—¿Se niega V. á contestar?

—En absoluto,—murmuré.

—¿Ha estado V. cometiendo crímenes por allá, con aquellos bandidos, y pretende hacer lo mismo en Canarias?

Sentí como la mordedura de una vívora en el

vientre. Me hice atrás, me flaquearon las piernas, un nudo se forma en mi garganta, y al fin pude escupirle estas palabras:

—No me extraña que un comandante tenga la valentía de insultar á un recluso que no puede defenderse por esta reja que nos separa... y no me extraña, digo, porque esas estrellas pertenecen al ejército español...

Temblaba mi voz y las lágrimas pugnaban por brotar.

Espero un acceso de furor, un arranque característico en los jefes militares; pero me engañé.

Toma el bastón de borlas con las dos manos, por los extremos; me mira y dice, amable, muy amablemente:

—Lo siento por V. Yo soy el Juez instructor de su causa; no tengo ninguna prevención en contra suya. Pero si se obstina en callar...—y levantándose, añade:—Así no puedo hacer nada.

—Estoy en mi derecho—contesté.

La indignación que me produjo su apóstrofe, re-trató en mí la inocencia: él la leyó en mi semblante. Al despedirse vi en sus ojos que ya era mi amigo: no me cabía duda.

¡Ah, la celda!—recordé.—¡Mi cementerio, allí, arriba, esperándome!

Debía alargar el interrogatorio para librarme unos minutos de la monstruosa soledad, entre las

inquisidoras paredes blancas. Pero el centinela, á cierta distancia, vigilaba. Me hizo señas y fuí tras de él.

El áspero chirrido de la puerta repercutió en mi corazón: quedé otra vez solo, mudo y sordo...

## XVI

La inflamación de las piernas había cedido gracias á la supuración de dos llagas circulares que se formaron por la presión exagerada de las cadenas. Mi gran ocupación, lo único que aliviaba y suspendía la batalla del cerebro, era el momento en que oficiaba de practicante.

Tomaba el cubo y colocándolo debajo de la llave del agua, ponía primero un pie, daba salida á un chorrillo muy fino y quedaba limpia y rósea la herida. Lo mismo hacía con el otro, y esta operación, repetida diez, quince veces diarias, era mi distracción, el lenitivo á mis terribles padecimientos morales.

Cuando me hube curado, ya no tuve entretenimiento. Mi desesperación llegó entonces al paroxismo.

¡Oh! Imposible es que nadie que no haya estado recluido en una cárcel celular, pueda darse cuenta de los padecimientos infernales que traen consigo la soledad, el tedio, la inactividad... Yo aclamaba por un dolor físico, desesperante; pedía al cielo, á los dioses, á la Naturaleza, dolores agudos, de reuma,

de muelas, de gota... Y un día, creyendo que me saltaba el cráneo, porque la frente ardía como un volcán y el corazón se oprimía como si una mano de hierro lo estrujara... ese día pedí, con fervor, como lo hacen las viejas fanáticas, un cáncer. Sí; ¡un cáncer! en la boca, en el vientre, en los sesos... ¡Ah! esta enfermedad habría sido para mí un bálsamo contra mi horrendo sufrir.

Sentía alivio arrancándome los cabellos, golpeándome el cráneo en los hierros de la cama, clavándome las uñas en el pecho... pero, lo que más me consolaba era dar un puñetazo, uno solo, fuerte, muy fuerte, con el huesito sobresaliente del puño de la mano, contra los hierros de la cabecera del catre. Entonces experimentaba un dolor agudo que paralizaba el pensamiento, un desmayo agradable invadía todo mi cuerpo, brotaba copioso sudor y me dormía... dulcemente.

¡Oh! Yo comprendo bien la grandeza de alma de Octavio Mirbeau, al escribir *El Jardín de los Suplicios*. No hay gran diferencia, no, de aquellos cuadros admirablemente espeluznantes, á lo que está pasando hoy en la cárcel modelo de Madrid.

\* \* \*

Un día, sin deseo ni gusto para afeitarme, sólo por ver un semblante humano, pedí, mediante una peseta, que me dejaran ir á la barbería.

Dábanme jabón en la cara; cuando entró un recluso canturreando y diciendo bromas al maestro.

Me sorprendió tanto, que le pregunté, sin conocerlo:

—¿Se va V. á la calle?

—Me voy, sí, con catorce años al presidio de Cartagena—contestó.

—¿Y canta?

—Sí; canto y estoy alegre, porque un año de presidio vale... ¡pero mucho menos! que medio minuto de esta perra celda... ¡Ay! Cada día he *largao* más lágrimas en ese rinconcito, que en *todo* el resto de mi vida.

Dijo, y se quedó triste, muy triste, mirando por la ventana la bóveda brillante del firmamento, caldeada por los rayos del sol que llegaba al zenit.

¡Pobrecito! Le tuve compasión; la desgracia mutua une é iguala á los hombres.

Sin embargo, él había cometido un delito; se le condenaba por algo; sabía cuando terminaban sus penas, si no perecía en aquel lapso de tiempo. Pero yo, sin delito ni sentencia fijada, ¿qué esperanza podía concebir?

\* \* \*

Llegó el verano. Los rayos cálidos del sol penetraban por el hueco único de la celda, caldeándola

hasta hacerla insoportable. Enrarecíase la atmósfera y el suelo reverberaba y quemaba los pies. Lo mejor era vivir desnudo, en *pelotas*.

En el pasado invierno llevaba seis pares de medias, ocho camisetas, siete calzoncillos, y encima, dos trajes de lana que me hiciera, cuando era libre, el popular Blas González. Ahora, abrumado por el calor, vivía en cueros.

Entre el rancharo y yo concluimos el depósito. Ya no tenía ni un cuarto. Por este delito se declaró mi enemigo, no me abría en los momentos necesarios y ordenados para renovar el aire de la celda, y hasta me negó lumbre de su cigarro para encender el mío. No tenía ni fósforos.

## XVII

Boca abajo sobre el jergón estaba una mañana, cuando sentí girar la llave de la puerta. Me incorporé. Siempre que esto sucedía, pasaba en mí una cosa rara: miedo y placer á un tiempo mismo.

Era el tercer vigilante con un paquete de cartas en la mano.

Era alto y desgarbado como una caña; de rostro bronceado y anguloso; con ojos muy pequeños y redondos. Casi no tenía frente; el nacimiento del pelo se veía á dos líneas sobre las cejas; donde debía tener la mejilla izquierda estaba la boca, á causa de un ataque perlático, y llevaba el párpado superior de uño de los ojos caído á medias.

—Ya merece que pagues el acarreo de tanta correspondencia; ¿eh?—me dijo.

La voz era gangosa y repugnante, como todo él. Llevaba gorra de visera, con galón dorado: uniforme de la cárcel; y el pantalón no pasaba de sus tobillos.

—Pierda cuidado,—le contesté—que cuando tenga, le pago.

Hizo una mueca horrible con su boca torcida, parpadeó varias veces el ojo natural, graznó algo que no pude entender y salió dando taconazos de rabio. Sonó un portazo y quedé envuelto en el silencio de mi maldito cementerio.

\* \* \*

La primera carta, la más voluminosa, que abrí, era de un amigo y conocido periodista. El efecto que me produjo su lectura debe suponerlo el lector.

Las otras cartas eran de mi familia... ¡Cuánto daño me hicieron!

Por ellas supe la trama más infame que puede urdirse contra un inocente.

Figuráos que hacen un proceso y escriben en la portada estas palabras textuales:

«Proceso contra Secundino Delgado, anarquista dinamitero, confeccionador de «bombas» explosivas, incendiario y que ha colocado dinamita en edificios públicos.»

Cuando los diputados por Canarias iban á la cárcel con el propósito de verme, el Sr. Millán Astray, olvidando que él estuvo encerrado en la misma Cárcel Modelo, complicado en el crimen más repugnante que se cometiera en la corte, con toda la seriedad

que imponía su cargo de Director, presentaba al visitante la infame comedia y añadía en tono doctoral:

—Tengo órdenes de vigilar las casas y los pasos que den los individuos que se interesen por este preso.

Así lo escribieron á Canarias el Marqués de Villasegura, Beltrán y otros representantes del desgraciado suelo tinerfeño.

Ya el colmo: este golpe decidió mi suerte.

—Debo morir—me dije; y cavilé los medios de librarme de tan infame mundo.

Ataqué al rancharo, prometiéndole dinero que recibiría; y al día siguiente le pedí prestado un cor-taplumas «para arreglar las uñas de mis pies»...

Se negó: era un criminal práctico, leía en mis ojos el decaimiento, el hastío glacial que me devoraba, el anhelo de dejar la existencia...

---

## XVIII

Un día se abrió rápidamente la puerta de la celda y apareció el vigilante de la boca torcida.

—Si lo encuentro segunda vez en la ventana—gruñó—va á la «celda de castigo».

—¿Qué?—le pregunté indignado.

Como siempre, en aquellos momentos estaba yo tirado á lo largo del camastro.

—¿Cree que no lo he visto saltar y tenderse?—añadió.—¿Para qué está la *mirilla*, sino para observar los pájaros como V.?

—¡Miente!—le repliqué lleno de ira.

Por toda respuesta llamó á dos ordenanzas, que me condujeron hacia abajo. Cruzamos la galería, ellos delante; dejamos tras nosotros la oficina central, y descendimos aún por una ancha escalera de piedra.

Ráfagas de aire fresco, impregnado de un hedor repugnante, azotaron mi cara y jugaron con mis cabellos, que habían crecido hasta los hombros.

Seguimos bajando y llegamos á muchos metros bajo tierra. Encontré sótanos amplios y tenebrosos, donde se respiraba humedad y se oía una confusión infernal: golpes de martillos en el yunque, ruido de cacharros, canturreos de chulos, disputas acaloradas... Eran los talleres del establecimiento.

Doblamos por un callejón fétido y sordo, que no reproduce las pisadas.

Al fin llegamos á la puerta de una covacha. Miré hacia dentro; pero no distinguí nada. Aquel hoyo estaba en perfectas tinieblas. Me detuve en el umbral, temiendo alguna traición, pero un golpe rudo que me asestaron en la espalda, me hizo avanzar y caí en aquel abismo...

Me incorporé jadeante, con los ojos extremadamente abiertos, la piel erizada, sacudido por grandes escalofríos, y busqué á tientas, instintivamente, un rayo de luz. Me ahogaba, me faltaba el aire.

Registré mis bolsillos, olvidando que me habían quitado los fósforos.

Pasada la primera impresión, me decidí á examinar la celda. Es muy pequeña, sin camastro, con las paredes negras... muy negras.

Sentéme en un rincón y esperé inmóvil.



Tres días sin moverme. Enervado por el exceso

de sufrimiento, no recuerdo ni siquiera haber pensado nada en aquellas horas. Fué como un éxtasis.

De vuelta en la tercera galería y camino de mi celda, me llamó el barbero:

—¿Por qué le castigaron?—preguntó amorosamente, con lástima.

Se lo conté todo. Enfurecido, me aconsejó que escribiese una carta al periódico *El País*, delatando al perverso vigilante que me castigaba por no pagarle la traída de la correspondencia. Ofrecí hacerlo, y me disponía á seguir mi ascensión, cuando vi reflejado mi semblante en un espejo de la barbería. Me asusté: era un muerto que andaba.



El primer hombre que tuvo audacia suficiente para despreciar las amenazas de Millán Astray, fué Fermín Salvochea.

Siempre que pudo me visitó, animándome con sus consejos y trayéndome en sus propias manos huevos, pan blanco y queso.

Hizo todo lo posible por arrancarme de aquella casa inquisitorial. Le escribió á Bacardí, á Estrada Palma, á Nicolás Estévez, á Luis Bonafoux, y hasta habló con Canalejas, ministro entonces de la nación.

Al contarle mis penas, me oía atentamente, y al

concluir observaba siempre que Fermín Salvochea se transformaba. Aparecía como el verdadero mártir de mis dolores, hacía suyos mis sufrimientos, reflejándolo todo en su faz, en las contracciones de su semblante y en la aureola de martirio que lo circundaba y que yo claramente pude ver.

¡Cuánto admiro y quiero á este venerable anciano!

—Mira;— me decía—somos una misma familia: no me trates de V.

Y yo hacía esfuerzos por complacerle; pero con trabajo. ¡Lo veneraba tanto! ¡Era tan bueno!...

En los momentos que pesaba sobre mí el estigma infamante de criminal; cuando todos mis amigos, que no me conocieron en América, dudaban, sólo Fermín Salvochea, este grande hombre, este revolucionario idolatrado por todos los pueblos, me socorría, me visitaba, me llamaba su hermano y hacía suyos mis padecimientos.

¡Monstruos que gobernáis á España! Fermín Salvochea tiene un corazón anarquista. ¿Podrán vuestras raquíticas y podridas almas compararse á la suya?...

¡General Weyler! La historia de los grandes criminales del siglo se está escribiendo. Mi conciencia está tranquila. ¿Y la vuestra?...

## XIX

Habían pasado cuatro meses de mi primera entrevista con el Juez, y aun vivía exasperado por la duda.

Las chinches, á millones, invadieron la celda; las correderas y los ratones familiarizáronse conmigo. En un principio maté muchos de estos animales, pero vivieron más y más: me declaré vencido. Ellos camparon por la potencia numérica.

—A la sala,—dijome un día un penado, dando vuelta á la llave, sin abrir la puerta. Por la *mirilla* me veía desnudo.



En la misma mesa, tras de la reja, estaba el Comandante, en traje de paisano. Me miró afablemente y:

—¿Qué tal?—me dijo.

—Es fácil suponerlo: en el *potro*,—le contesté.

—Suya es la culpa: no quiere declarar.

—No tengo nada que decir al gobierno español. Si se me preguntaba algo con relación á esta tierra diría lo que sé; pero respecto á una nación extranjera... todo huelga.

—Ya ve el tiempo que V. lleva preso;—añadió.—Nadie se ha interesado por V., y yo sin embargo quisiera servirle... ¿Tiene V. inconveniente en relatar-me su vida de América, como á un amigo, no como al Juez?

—No tengo ninguno: lo he hecho muchas veces.

\* \* \*

Y se lo conté todo, comenzando por mi salida de Canarias—mi patria—á los catorce años de edad, en una barca velera, que después se perdió en las costas de New-York y que mandaba el capitán Savoie, aun vivo.

—Arribé á Cuba, dende viví un año en la Habana, en muy buena armonía con los cubanos, cuyo carácter contrastaba con el pretencioso de los peninsulares.

Relaté luego mi viaje á los Estados Unidos,—en unión de varios amigos,—donde á los veinte años me casé con una yankée, de la que tuve dos hijos, y donde también los cubanos emigrados me inocularon la idea *separatista*, que acogí con amor.

—Desde entonces—dije al Juez—comprendí la necesidad de que Cuba sacudiese el yugo que le imponía la nación española, y fui conspirador, sencilla y honradamente conspirador. En el período revolucionario escribía propagando mis ideas, á las que prestaba alientos mi íntimo amigo Adolfo Castillo, más tarde general.

No omití ningún detalle que pudiera persuadir al Juez de mis entusiasmos por la revolución. Y cuando le mencionaba mi viaje á Cuba, encendida ya la guerra y dejando en New-York á mi compañera y mis hijos, y mi permanencia en la Habana, por consejos de Adolfo Castillo, para conspirar y enviar hombres al *campo*, escribir proclamas y establecer comunicación con las juntas del extranjero, el Juez me miraba con algo de duda y no poco de asombro.

—¡Oh, no lo dude V.!—le dije.—Las autoridades no pudieron dar con los conspiradores que á su mismo lado difundían la revolución. Y yo, para estar más seguro, obtuve un empleo en la casa del propio Alcalde de la capital, el Sr. Trillo. Impaciente ó temerosa de alguna desgracia, mi mujer, con mis hijos, se presentó inopinadamente en la Habana; más yo seguí conspirando. Y vea V. como un día, una viuda de un coronel, á quien trataba, me advirtió de que la policía—lo sabía ella por confidencia de un inspector—tenía en su poder mis proclamas y los

originales y que intentaba dar un golpe prendiéndonos en la reunión que en la Calzada de San Lázaro habíamos de celebrar á las diez de la siguiente mañana. Dos policías registraron la casa, más yo vivía ya en otra. A las pocas horas, con documentos supuestos, pudimos embarcar, con rumbo á Canarias, á bordo del «Berenguer el Grande», despistando á los policías.

Después de una breve pausa, en que mi imaginación volaba tras aquellos recuerdos de lucha, seguí mi narración.

—Nueve meses duró mi tranquila existencia al lado de los míos: un telegrama de Weyler interesando mi prisión me obligó á salir para Venezuela, no sin tropezar con mil insuperables dificultades.

Y llegué al final de mi relación, con la publicación en Caracas del periódico separatista canario, *El Guanche*, mis campañas, mi vuelta á Cuba, mi nacionalización cubana y mi regreso en 1900 á mi patria.

—Lo demás— concluí— ya V. lo sabe. Eso es todo. El juez se movió, lanzó un suspiro y:

—Voy á mostrarle su proceso—me dijo.

Y en un voluminoso mamotreto leyó cosas estupidas, ridículas y fantásticas al mismo tiempo. Recuerdo que hablaba de que yo embarqué para Cuba con la mujer de mi hermano, que era químico y mecánico por lo cual sabía preparar bombas, que el

Dr. Zayas, general cubano muerto en la gloriosa guerra de independencia, el Dr. Echevarría y no sé cuantos otros, colocamos explosivos y entre ellos uno en el palacio de Weyler... ¡Qué se yo! ¡Tonterías!...

La risa me retozaba en el cuerpo hacía rato al contemplarme un sér tan temible; y es claro, así que el juez encaró en mí... largué el trapo. El rió también, y clavó sus ojos azules, de mirada noble y límpida, en mi mano, posada á la sazón en un barrote de hierro de la verja.

—Haré lo que pueda por V.—exclamó.—No seré el juez, sino el abogado defensor.

Volví á la celda.

---

## XX

El otoño en Madrid es como el gobierno para los pobres: frío, irónico, inclemente, cruel.

Estábamos en Octubre; por el hueco de la celda veía un cielo grisáceo y triste, como una mortaja. Me imaginaba los árboles secos y angustiados, los campos como cementerios plantados de cruces y sin flores; los reclusos, mis compañeros tiritando en los inmundos jergones, con el cerebro caldeado que aumentará sus temblores.

\* \* \*

Ya conocía los sonidos de la corneta y todos los ruidos del establecimiento. Se había perfeccionado el oído y adquirido la costumbre de hablar sólo.

Sonó el instrumento. «Es el correo—me dije.— Debo tener cartas.»

Presentóse el perlático con sobres de luto. Temblé. Al quedar solo rasgué el sobre que venía escrito con letra de mi hermano Juan...

¡Mi madre muerta!... ¡En sus últimos momentos me llamaba!...

Se me escapó un gemido y hundi mi cabeza en las rodillas, sentado al borde del camastro.

Tratar de escribir la magnitud de mi dolor es aminorarlo. Los seres que tienen madre y alma y amaron, podrán comprenderlo.

—¡Ah! debo morir,—me dije.—Buscaré el medio. Sí, sí, lo buscaré.

Miré la ventana, pensé en la manta hecha cuerdas; pero, ¡imposible!... Ni la altura, ni su forma cóncava, se prestaban para mi liberación.

Tomé papel de estraza, en el que Salvochea me traía envuelta la limosna; lo rasgué en cuartillas y me dispuse á escribir mi propio monólogo.



El lápiz vibra en la mano temblorosa, me arden las sienes; ahora corre aquél vertiginosamente sobre el papel... Llevo escritas cuatro cuartillas; en la última digo que el exceso de sufrimiento hace saltar mi razón...

De pronto, siento que me falta aire; me imagino que estoy en una caja herméticamente cerrada, que me he vuelto loco y debo pedir socorro; salto, cojo la tapa del cubo y doy golpes repetidos, desesperados en la puerta de la celda...

Hasta aquí conservo los recuerdos de aquel día...

\* \* \*

Abro los ojos y me encuentro, con camisa de fuerza, sujeto á la cama. Me duele todo el cuerpo. No tengo ganas de moverme. Un letargo invade mi sér. Siento una calma consoladora. No sufro en esta inmovilidad.

—He debido estar loco;—pienso.

Al poco rato entra el ordenanza y le pregunto:

—¿Qué es esto?

--Que te *chulastes*;-- me contesta.

—Suéltame;—le pedí.

—Cuando toquen á médico; tal vez te suelten.

Se fué. Yo me dormí.

El chirrido de la puerta al girar sobre sus goznes me despierta. Entra el médico.

Es muy pequeño y regordete, moreno, con barba clara un tanto gris; tiene los ojos saltones, como dispuestos á echarse fuera de sus órbitas; la mirada es distraída, igual á la de un verdadero loco.

Me habla y le contesto. Lo acompaña un preso practicante, á quien ordena que me suelte.

Me examina y:

—Ésta herida rompió el frontal y el parietal;— exclama. —¡Morirá loco!...

—¿Qué tiempo hace que se rompió V. la cabeza?

—añade.

—Doce años;—le contesto.

Movió la cabeza en son de duda, y tomando mis manos ensangrentadas por algunas escoriaciones, y, después, palpando con mano ruda las contusiones azuladas de mi cuerpo, dijo:

—Esto no es nada.

Y se marcharon.



Aquí concluyeron mis dolores. Rompí con el mundo; y una beatitud dulce y apacible me cobijó en su seno. Ya no sufría. Miraba todos los males de los hombres lógicamente, convencido de que el dolor es inherente al vivir. El gran mal está en haber nacido.

Si recibía cartas de mi casa, las rompía antes de abrirlas, y todo lo que venía de fuera me repugnaba. Tomé cariño á mi 449 y arranqué del corazón el amor que antes sintiera á todo y á todos.

Me olvidé en absoluto del exterior. Me di exacta cuenta del alma de Raimundo Lulio y comprendí, con Schopenhauer, que las dos verdades únicas son: «no amar ni odiar, ni creer ni decir nada.»



Una tristeza amable y compasiva por todo lo que vive y palpita barnizaron mi alma y esperé tran-

quilo la hora dichosa de escapar del mundo de los vivos...

Amé á la muerte como á la verdadera diosa que dulcifica y consuela las amarguras de la existencia.

Mientras dormía, me parece que enamoraba con ella. Al despertar, sentía una acerba queja, un desencanto profundo...

—Manuel,—dije al ranchero;— traeme carbón para calentarme de noche. Te daré cinco pesetas que me quedan.

—No puede ser. Está prohibido. Si quieres compraré una cocinilla de petróleo, para hacer chocolate y café. Te cuesta un duro.

—Tráela, tráela,—le dije.

Acaso el gas—pensaba yo—dé los mismos resultados del carbón.

Media hora después trajo la cocinilla, llena de petróleo. Le di las cinco pesetas y maquiné:

—Leeré esta noche al filósofo de los filósofos, mañana haré lo mismo, y cuando el sueño se imponga, cierro la ventana con la puertecilla de cristales, tapo bien las rendijas con papeles, enciendo la maquinilla á toda mecha para que despida mucho humo, y no despertaré más...

Esta frase: *no despertaré más*, producía en mí un cosquilleo voluptuoso; me hacía feliz...

Así lo hice: dos noches consecutivas leí *La vida, el amor y la muerte*; después encendí el aparato,

coloqué un cacharro encima para que diera más humo, y me dormi precedido de un placer indecible...

En sueños oí gritos de alarma. Desperté y no pude moverme. De sien á sien había un gran dolor, como si tuviera un puñal clavado. Ví tres reclusos que corrían hacia mí, que me sacudieron, me levantaron y me golpearon...

Empecé á comprender, ya en el pasillo, fuera de la celda.

Esta estaba llena de humo negro. Me disculpé.

—Traté de hacer chocolate,—exclamaba— y esperando me dormí... Eso es todo. No alarméis; ¡no es nada! Abre la ventana y que salga el humo...

Así lo hicieron, y todo quedó ignorado.

No intenté un nuevo suicidio. Me sometí conforme á esperar que Natura rompiera los lazos que me unían á tan aciaga vida.

## XXI

En el marco de la puerta sonaron un día golpes de martillo. Conocía todos los movimientos y sonidos de la Cárcel Modelo.

—Ya pertenezco á los reclusos de los *talleres*,... me dije.

Y efectivamente. Sonó la corneta y á poco se abrió mi celda. Bajé con todos. Nos alineamos. Cantaron los números y.... ¡á trabajar! formados de dos en dos.

Marchamos más de cien, de todas edades, tipos é indumentarias.

Me tocó el taller de los juguetes. Cuando entré me pareció el conjunto una mofa á la seriedad grave que había adquirido en la cárcel.

Figuraos un taller repleto de andamios y mesas, y cubiertos de juguetes irrisorios: muñecos de lata, carricoches diminutos, tranvías, ómnibus, caballitos solos y aparejados, monos, trineos, pelotas, etc., etcétera.

Estos juguetes se forjan allí, en los sótanos, y son traídos al taller que me tocara, para pintarlos con vivos colores. Me hicieron encargado de la contabilidad. Llevaba la cuenta de la obra de cada recluso.

Los talleres son contratados por la casa de «Coca y Coll;» y regularmente gana cada preso, á destajo, quince á veinte céntimos diarios. No obstante, se desviven por trabajar. ¡Es tan pesada la celda!...

Mi profunda tristeza, mi carácter que reflejaba el desprecio y la indiferencia á todo, unido á mi gran melena, único que la llevaba entre los mil reclusos, me grangearon la amistad general. Para todo me consultaban como á un oráculo y de todo trataban de darme una parte. Me confiaban sus penas y sus culpas, y ninguno recelaba de mí.

Yo apuntaba sus tareas sin examinarlas. Un día se quejó el contratista:

—En la libreta tiene V. apuntado dos docenas de latiguillos y en casa se recibió una docena. ¿Qué es esto?...

Me lo dijo á presencia de todos y no le contesté. Más tarde, arreglé los libros, me despedí de los compañeros y anunciéles que no bajaría más. Los trataba como amigos y uno me perjudicaba. Mejor estaría sólo que entre traidores.

Todos callaban. Lanzaron miradas recelosas al latiguero, que al verse comprometido, exclama:

—Fué una equivocación. Yo mismo se lo diré al señor Coca.

Volvió la animación; trajeron café, del que tomamos todos, y me rogaron que no me quedase en la celda.

Entre aquellas gentes había algún espía, porque este hecho que acabo de relatar me lo repitió el Marqués de Villasegura, cuando le visité ya libre. No me extrañó el espionaje. Allí había asesinos de todas clases, ladrones de todas calañas, falsificadores, monederos falsos, chulos degradados, é inocentes víctimas de caciques provinciales. Pero tengo la convicción, adquirida en el contacto con ellos, de que son irresponsables de tales procederes. La sociedad forma estos monstruos anómalos; luego, por medio de sus directores, se da el gustazo de castigarlos.

A las ocho bajábamos al trabajo, subíamos á las once; nos formaban en hilera, y nos cacheaban, uno por uno. ¡Cuánta degradación! Esto se hacía siempre que dejábamos la faena.

El favor de que se me sacase de la celda, se lo debo á Salvochea. El influyó con un republicano, primer oficial, llamado Moya, y, á riesgo de perder su destino, me mandó á talleres.

Subíamos una tarde de los sótanos del trabajo, alineados como quintos, cuando se fijó en mí, por las grandes melenas que me bajaban á la espalda, el director, Millán Astray, que pasaba al mismo tiempo vestido de uniforme, con su «estado menor.»

Me llamó con un movimiento de la mano, y cuando me encaré con él:

—¿Quién le bajó á talleres? —preguntó.

—No sé,—le contesté.

—Bien, bien;—replica, arrugando el ceño.—Me han debido sorprender la firma

Al siguiente día supe que hubo sustos y carreras entre los empleados de la cárcel. Yo seguí bajando á los sótanos; escribiendo á veces en la libreta, calentándome á ratos al amor de un brasero que parecía media enorme granada roja; pintando muñecos, estudiando á los hombres recluidos, que valen más, mucho más, que los prohombres elevados y corrompidos por una jerarquía antinatural y siempre funesta.

—¿Me dá V. un pedazo de cuerda? —me preguntó un día un preso que trabajaba en la cerrajería: hombre de buena catadura, ancho de espaldas, bien formado, bigotudo, con la faz encuadrada en una barba sedosa y negra. Los ojos del color de la barba, grandes y expresivos; el cutis rosado, como el de una niña.

—Tómela;—le dije inocentemente.

Luego supe que se guardó el ovillo. ¿Y sabéis lo que hizo con él? Evadirse de una manera original y audaz (1).

Confeccionó unos guantes de esterillo. Colocó un trocito de corcho en la juntura donde encaja la puerrecilla por donde se saca el zambullo á la hora de la limpieza de manera que al tirar de ella el ranchero no cerrara el pestillo.

Salió á media noche por allí, gateando; abrió á un compañero, subieron ambos á la barbacoa, descendieron al patio por la verja torcida y cortante del pararrayos, atravesaron escurriéndose hasta la quinta galería y subieron á pulso por otra verja igual, hasta el tejado de zinc, en forma de media caña, que cubre y sirve de techo.

Tenían compañeros en la calle é hicieron una seña. Lanzaron un teléfono, que se componía de una cuerda larga, con un saquito de arena en la punta. Los de afuera, ataron al extremo de éste una maroma; los libertos, dieron un lazo al pararrayos, que se yergue al centro del techo, con la punta de la soga; de la calle hicieron lo mismo con la otra punta, arrollándola al tronco de un árbol, y descendieron velozmente por sobre las cabezas de los centinelas, que vigilaban infructuosamente. Se fueron.

Al día siguiente se comunicó la tercera galería.

(1) La prensa española dió cuenta de este suceso, alarmada y á la vez asombrada por la audacia de los presos evadidos.

Se tomaron declaraciones, y la prensa dió el grito de alarma.

Días después fueron hechos prisioneros en Portugal. Les echaron el guante en los momentos en que trabajaban en su oficio; es decir, robando.

---

## XXII

—Suba á la sala—díjome un penado ordenanza.  
En la sala encontré al secretario de mi causa.

—Dice el Comandante,—me anunció,—que ha enviado varios oficios al Ministerio de la Guerra y que no contestan. De hacerlo, están obligados á darle la libertad. El Comandante lo defiende á V. como si fuera V. su hijo.

—Dele V. las gracias—le contesté.

Aquella nueva no me hizo efecto. Había roto con el exterior, vivía como un asceta; me transformé por los dolores y la sugestión de Schopenhauer, en un estóico.

Volví al sótano y encontré á los reclusos fuera de los talleres y hacinados. Aquello me pareció un mar de cabezas.

Algo separados de aquella inmensa ola de seres humanos desdichados, estaban un oficial de la casa y un bribón ensotonado.

Este es viejo, coloradote, mofletudo, de ojos vi-

vaces y pardos. La sotana era nueva y sus movimientos parecían los de un joven. A la primera mirada se comprende en él un gran cinismo.

Les decía algo sobre religión, pero en las comisuras de los labios se veía claro que tomaban à burla las palabras del clérigo.

Sacó después un papel crema del bolsillo y lo abrió, arrojando al aire su contenido. Eran galletitas muy pequeñas, de las más baratas. Los reclusos se lanzaron sobre la golosina... ¡Oh! Fué como una ola poderosa que se arremolina y choca impetuosamente. En otro tiempo hubiera deseado que el choque fuese contra aquel cura miserable, que venía allí, à los sótanos, para gozar insultando à los desgraciados, reclusos por los mismos hombres que la sociedad eleva y que son doblemente más viles que los reclusos.

Pero, ya lo he dicho, los malos alimentos, la pobreza de la sangre, mi gran debilidad, unido todo al cúmulo de sufrimientos que pesaba sobre mí y la sugestión del libro que leyera, me transformaron en una momia. Lo único que hice al ver aquello, fué volver la espalda; mas sin indignarme.

Entonces supe que el tal sacerdote era inmensamente rico y que su capital lo adquirió *limosneando* para los presos de las cárceles.

El día que se coronó à Alfonso XIII, recuerdo también que el gobierno hizo un regalo à los reclu-

soś. Cada uno recibió un chorizo podrido. Lo mismo ocurrió uno de los días de Pascuas: no sé cual.

A pesar de ello, aquellos infelices se arrodillaban todos los domingos, á las ocho de la mañana, y miraban y rogaban, por la rendija de la puerta, trabada á una cuarta de distancia de la juntura, por donde contemplaban al Mártir del Gólgota, frente al cura oficiando la misa.

Me explico que contemplaran al Crucificado... pero la mímica de aquel farsante, que ganaba medio duro por función... ¿no repugnaba á mis compañeros?...

## XXIII

Por la ventana de mi celda penetra el eco de una voz argentina. Suplica quejumbrosamente. Es una mujer cuya alma llora.

Llevo nueve meses en la prisión y nunca he pensado en asomarme á la ventana, aun cuando me hayan castigado villanamente por supuesta subida. Ahora quiero trepar para oír mejor esta voz que suplica y ama.

Frente á la cárcel hay una montaña de tierra vigilada por «guindillas», para que los reclusos no conferencien con los de afuera, ya sean deudos ó cómplices. Los interesados vigilan á su vez á los vigilantes, y siempre hay un momento propicio.

Sobre la cima está una manola hermosa. Es morena, de grandes ojos árabes, de talle escultural, con seno elástico y mórbido; la nariz algo gruesa y respingada, divide unas mejillas carnosas del color de albaricoques. Tiene la boca grande, pero sus labios son como cerezas. Cuando llora descubre una dentadura blanca como la nieve del Teide.

—¿Qué quieres de mí, Alfredo?— exclamaba ella.—Me la paso sola, llorando siempre nuestra

desgracia, con la idea fija en verte y hablarte, y tú me insultas... ¿Qué hago? Dime lo que haré: ¡yo sólo deseo complacerte...!

—¡Anda allá! ¡mala gata!—Dice con voz áspera un recluso de la segunda galería.—¿Crees que me engañas con tus gimiqueos? Ya te lo he dicho: cuando salga te corto la cabeza por *puta*... ¿Piensas que no lo se? Ya me lo dicen, ya. ¿Dónde estuviste anoche? ¿Con Paco...? ¿eh?...

La infeliz se desespera; vuelve á llorar. Se calla y habla nuevamente: ambos se van tranquilizando. Acaban bien y él pide cigarros, jabón y dinero. La hembra arregla su chal rojo, compone su mantón olvidado, acaricia su negra cabellera y emprende la marcha triunfante. Tras de ella van estas palabras recelosas y amenazadoras, lanzadas con todo el ímpetu de los celos:

—¡Cudiao! ¿eh?...

\* \* \*

Otras veces se oyen diálogos, entre la colina y la reja, de madres con hijos, de amigos con amigos, etc.; pero los más son de ladrones con ladrones, casi siempre en caló.

Suena una voz cerca de mí:

—¡Oiga V., 449!

—¿Qué hay?—contesto.

—Es el 448. ¿Qué le han parecido los tórtolos?

Sin saber qué contestarle, le pregunto á mi vez:

—¿Qué casa es esa rosada que está á la izquierda?

—Un manicomio;— responde.

—¿Y ese solar?

—El cementerio.

—¿Y el que está frente á nosotros?

—¡Toma! ¿No le conoce V.? Ese es el hospital de la cárcel.

Nos hablamos, pero no nos vemos. De pronto suena otra voz salida de la segunda galería, y el compañero del 448 me grita:

—¡Bájese V.!

—¿Qué pasará?—me quedo pensando al obedecer la indicación que se me hace.

Al día siguiente él mismo satisfizo mi curiosidad, contándome la forma en que unos á otros se avisan la presencia de algún vigilante.

Los reclusos de la segunda, como los de la tercera galería están en la ventana. Si alguno de ellos ve á un compañero que rápidamente se baja del ventanillo, es que ha sido sorprendido. Entonces los de la galería opuesta gritan: «¡Abajo *tal* galería!» De esta forma el guardián sólo puede coger infraganti á un sólo preso de cada galería. Los de una misma no pueden avisarse, porque no se ven. Son los compañeros de enfrente, pues, quienes avisan el peligro.

La comunicación entre los reclusos también llamó mi atención.

Entre ellos hay comerciantes que venden chocolate, café, azúcar, ropas, etc. Así mismo hay rematadores que vocean sus mercancías á viva voz desde las rejas y riseros que echan sus loterías. Nunca se engañan y fan en sus palabras ciegameute.

Si alguno compra, remata ó gana algo, exclama:

—¡Número... *tantos!* Va el teléfono.

El interpelado saca el brazo por la reja y lo extiende horizontalmente; el compañero toma el cáñamo, que tiene amarrado en la punta un saco pequeño con arena; da vuelta en redondo para que tome fuerza, y lo lanza á lo largo de la pared; llega hasta el brazo ó pasa de él, pero al fin se enrolla en el obstáculo, que no le deja descender al suelo. El objeto está amarrado á la cuerda; tira, lo toma y dice:

—¡Recoge!

Si la correspondencia es de galería á galería, en un espacio que no baja de 400 metros de distancia, entonces los comunicantes se ven. Toma cada uno su teléfono, le dan velocidad al peso y los lanzan á un mismo tiempo, encontrándose y enredándose las cuerdas á la mitad del camino. Y mientras el uno recoge, afloja el otro, hasta terminar la operación, igualmente á como hemos descrito.

## XXIV

Llevo una vida monótona.

No tengo rencores, no odio á nadie. Me someto á todo. Si el rancho tiene moscas, cucarachas ó alguna porquería, la quito, cierro los ojos y lo bebo.

Pienso siempre en mis hijos y deseo su muerte. Si hubiera recibido la noticia de que murieron... sería lo único que podría alegrarme en aquellos momentos.

No sé. Me parece que, dado mi sentir y vivir, al tenerlos á mi lado, por amor les habría quitado la vida, matándome con ellos. Sólo una cosa había grande, noble y digna para mí... ¡La muerte! Estaba enamorado de ella...

¡Qué horrible era mi despertar!... El sueño me daba una idea de la no existencia: por eso amaba tanto á la muerte y se la deseaba á los seres más queridos.

Hasta tres meses después de ser libre, dice mi familia que la angustiaba con mis quejidos entre sue-

ños; y en todo ese tiempo al despertar, buscaba temeroso las inquisidoras paredes blancas de la celda.

Aquí se me ocurre una idea: habrá quien me juzgue cobarde. No me importa. Mi intención es reflejar lo que pasé, lo que hice y lo que soy. Si fui débil no es mía la culpa... El hombre es lo que es, no lo que los demás quisieran que fuese... Lo que soy lo digo: cúlpanse á la Naturaleza, al medio ambiente ó á la degeneración de mis padres... Seré cobarde, pero me reconozco honrado y, aunque me juzguen mal, no engañaré á nadie. Mi objeto es dar una idea del estado cerebral de los reclusos en las cárceles celulares. Hoy comprendo que entonces era un alienado...

\* \* \*

Subía del taller; acababa de beberme el rancho y yacía tendido sobre el jergón, cubierto de periódicos, para contrarrestar el frío, cuando me anuncian que vaya á la sala. Lo sentí: no quería saber nada, ni ver á nadie. Salvochea, único que me distraía, estaba en Cádiz. ¿Quién podía ser? Forzosamente había que ir. Bajé de mala gana dispuesto á despachar pronto al curioso que violentaba mi paz á tanta costa adquirida.

Lo ví y lo amé. Es un anciano corpulento, nervudo, de mirada franca; revela una voluntad pode-

rosa, como poderosa es su naturaleza física, tiene grandes bigotes blancos y retorcidos, una perilla larga exuberante y también muy blanca. De ademanes desenvueltos, como las de un gran jefe; noble á veces y fiero á ratos. Viste de negro y cubre su traje un abrigo obscuro.

Me espera en el interior de la reja. Sus palabras penetran dulce y amorosamente en mi corazón sediento de cariño. Es canario: el más grande de la época; *el único*. Mi tierra hoy sólo produce entecos, esclavos y eunucos al nacer. El que me habla no es de estos, tiene la arrogancia de los grandes de antaño. Y si no lleva la sangre de aquellos, se ve que mamó en el mismo ambiente.

Antes que me diga su nombre lo adivino; es Nicolás Estévanez. Los canarios de hoy somos ¡tan pequeños!... No hablemos de esto...

Me pregunta por sus penas, por mi familia, por mi prisión...

Me cuenta, riendo buenamente, que Millán Astray trata de asustarlo, y le contesta siempre riendo, que sus recuerdos más gratos son los procesos y persecuciones del gobierno español; y añade:

—Estaría aquí, contigo, todo el día, hablando de allá... de mi hermano Patricio, de mis amigos, de mi almendro... pero están ahí detrás; no me dejaron solo; nos están oyendo.

Se despidió. Me deja un mazo de cigarros, me

aprieta la mano fuerte y nerviosamente, con su gran manaza blanca, musculada y carnosa. Mas tarde me volveré á ocupar de él.

\* \* \*

Llegamos del trabajo; cien hombres, con los brazos en cruz esperamos que concluya el *Lacheo*. Nos registran los bolsillos, el seno, la espalda, las piernas... De pronto, un penado se fija en el umbral de una celda que está en la planta baja y llama la atención de que por debajo de la puerta sale sangre...

Corre el empleado, la abre y vió un recluso bañándose en su propia sangre. La cama es un charco rojo, y de allí se derrama por la celda á fuera. Es un penado joven, de diez y nueve años, sentenciado á la última pena. Con una pluma de escribir rompió la arteria del brazo izquierdo.

Fué curado, para darle muerte después. Yo pensé en la horrible tempestad desencadenada, dentro del cráneo de aquel niño vigoroso, en los momentos que intentó matarse.

Aquella fué una tarde de impresiones. Unos gritos despavoridos rompen el silencio habitual del establecimiento. Me trepo en la reja y contemplo un hombre demudado, imponente, con las greñas erizadas, desgarrada la camisa y gritando á todo pulmón:

— ¡Hermanos, compañeros: van á cometer un

crimen conmigo. En la oficina tengo dos mil pesetas y ahora me traen al hospital para envenenarme y robar mi dinero!... ¡Favor! ¡Favor, hermanos!

Aquellas palabras fueron una bomba. Un aullido unánime se escapó de todas las ventanillas. Saltan los presos dentro de las celdas, agarran las tapas de los zambullos y arman un ruido indescriptible, dando terribles golpes en las puertas de hierro. Era un aquelarre de tres mil demonios; parecía que el edificio se desplomaba y nos aplastaría.

Los empleados se precipitan, tranquilizando los ánimos y el «loco» fué arrancado de aquel departamento...

## XXV

Corre despacio y frío el mes de Enero. El trozo de firmamento que siempre miro está brumado; copos blancos descienden desde lo alto. No obstante el gran número de papeles que tengo encima y que otras veces me calentaron como una fragua, esta mañana siento alfilerazos en mi piel, rugosa y amarilla como la de un viejo tagalo. No puedo seguir en la cama y brinco, buscando agua. Me baño, tiritito y me caliento al fin. Me entran ganas de cantar... ¡qué rarezas!... Canto á mis paredes:

«Volverán las obscuras golondrinas...»

. . . . .

Varios golpes en la puerta: *tun, tun, tun...* Me callé. ¡Ah, qué bello mundo! pensé. ¿Verdad que es una lástima que España desaparezca? ¡Oh! Entonces ¡adiós la Cárcel Modelo de Madrid!...

A pesar del estoicismo que á la maldad del gobierno debía, en ciertos momentos, como éste, no dejaba de acudir á mis labios la ironía. Después, no

hacia caso. Seguía solo en mí y me consolaba diciendo: «Hay otros tal vez más desgraciados que yo»... ¿La ruindad de esa bestia humana, que me prohíbe tararear á mis paredes, merece que yo me indigné? Y me quedaba tranquilo, riendo como Voltaire.

Fué la tarde de este mismo día cuando un oficial de la cárcel me anuncia que en la sala me esperan.

Es el cabito, secretario de la causa.

— Ya apareció aquello;— dice con cara risueña.

— ¿Qué?— le pregunto.

— ¡La libertad! Hoy sale V. Ya era tiempo. La orden la dejé en la oficina... Firme aquí.

Leo una nota que anuncia mi absoluta libertad por hallarme comprendido dentro del Tratado de París. Firmé.

¿Creeréis que recibí una gran satisfacción; que volví á amar la vida, que me transporté de alegría? ¡No! Si lo dijera, halagando á los que preconizan y cantan alabanzas al anhelo de vivir, mentiría... Yo no quiero mentir. Las bellezas de la existencia, maldito si valen la pena de decir una mentira.

De vuelta en los talleres, dije á mis camaradas: «Esta tarde me voy»; como si les hubiera dicho: «Acabo de fumarme un cigarro.» Noto una sorpresa general. Leo la envidia en todos los semblantes, menos en dos: en *Caparrotá*, un golfo gracioso y alegre, que llevaba seis meses de reclusión por arre-

batar á un niño un real para comer, después de ayunar tres días,—era reincidente—y en *Caballero*, joven simpático, melancólico. Le pedían diez y seis años por falsificación de Billetes de Banco. Era un excelente hijo; amaba con frenesí á su madre y á una hermanita, y lloraba amargamente delante de los presos. Es instruido, franco y bueno. Como yo usaba alpargatas, porque mis zapatos los rompí cuando las llagas, él me regaló los suyos aquel día. Me estaban estrechos y sufría con ellos.

Al sonar la corneta anunciando la retirada á la celda, todos me abrazan; ahora sin celos, con franqueza, y me desean felicidad. *Caballero* llora, llora mucho; me besa y me muerde, diciendo:

—Para que no se olvide de su amigo.

Recuerdo á este muchacho con cariño: tiene buena alma.

Serían las diez de la noche, abren la puerta y entra un ordenanza. Tengo la maleta lista y le regalo alguna ropa.

—¡Gracias!—dice.—Baje á la barbería y allí le avisarán.

El maestro de aquel taller es bondadoso. Cuando llegué me abraza; estuve una hora con él y á las once gritan mi número. Me despido y echo á andar en pos de la libertad, sin gran amor por ella. Algo así debe sentir el enamorado á quien su beldad le fué infiel..

## XXVI

De oficina en oficina, firma que firma, y al fin...  
me encontré en la calle.

Como de molde viene aquí un verso del amigo  
Estévanez:

• ¡Qué noche, qué noche, qué noche;  
qué frío, qué frío, qué frío;  
qué niebla, qué niebla, qué niebla;  
Dios mío, Dios mío, Dios mío! •

La calle solitaria, el suelo manchurreado á trechos por la nieve que brilla á los reflejos de la luz eléctrica. Los árboles, desnudos y grises, no se mueven y parece que piensan y lloran su primavera. El centinela encapotado hasta los ojos, se pasea despacio y me mira. Tuve miedo; creí que pudiera decirme: «¡Eh! tu libertad fué una equivocación: entra á tu puesto.» Eché á correr, perseguido por este pensamiento obsesionante, sin rumbo fijo, una, dos, tres

no sé cuantas calles.—Yo que un momento antes, casi casi, amaba la paz de la celda.

Ya estoy lejos de la prisión; me paro jadeante y ordeno mis ideas. ¿A dónde voy? No tengo un cuarto, ni amigos. No puedo acudir á la casa de ningún canario, que se afrentaron de visitarme. Nicolás Estévanez vive en Getafe. ¿Qué hacer? La maleta me estorba.

Decido. Dejo ésta en un café, averigüé la calle y el número y echo á vagabundear, esperando el sol.

Los sabañones de las orejas, la nariz y los dedos, me duelen atrocemente; las botas que me regalara el recluso *Caballero*, me martirizan y apenas puedo avanzar muy despacio; el cierzo me hiere y va paralizando poco á poco mis movimientos. El pensamiento no me ayuda á salvar la situación, y así, caminando como un beodo, entro en una callejuela donde es más benigno el aire. Encuentro un solar y penetro por él buscando un rincón abrigado. A la izquierda hay una caja cúbica y la examino. ¡Aquí! me dije, y me colé en ella como lo haría un gato.

Pasaron diez minutos, empezaba á dormirme, cuando siento un ronquido de mastín. Pongo atención, sin moverme, y el gruñido va acercándose. Miro por la rendija que forma la juntura de las tablas y veo dos terribles canes; uno blanco y amarillo, el otro atigrado...

Contengo la respiración y espero el ataque, deci-

dido á defender mi agujero. Son cobardes; no se deciden, pero rompen el silencio de la noche con terribles ladridos, dispuestos á sembrar la alarma en el barrio.

Ahora—imaginé—me sorprenden en esta perrera, me tomarán por un ladrón y vuelta á la Cárcel Modelo.

Me indigné. Se despertó en mí la bestia humana, transformado en fiera corrí tras los perros dispuesto á devorarlos... Sí, sí; hubiera acabado con los dos.

Tenia plena confianza en mis brazos, en mis dientes, en mis pies... ¡Oh! Los habría matado. ¡Cobardes! Perseguidos, huyeron como ratas y se ocultaron donde no pude darles alcance. ¡Cuánto maldije aquella noche!

Me eché á la calle, y nuevamente anduve de la ceca á la meca, esperando el día. ¡Cuán larga y horrible noche!

A la mañana siguiente, preguntando, me orienté y fui á calentar mi cuerpo martirizado á la imprenta de *El País*, donde yo había escrito algo.

Me arrimé á la gran estufa; tomé una taza de café que me dieron, y sin poderme separar del amable calorcito, aguanté dos singladuras, á la capa, en aquella inolvidable borrasca.

## XXVII

Le escribí á D. Nicolás, á Getafe, y vino prontamente. A este tiempo yo había salido con intención de visitar á Urales y Soledad Gustavo.

Aquella familia anarquista conocía mi nombre por algunos trabajos que mandara desde la celda para la *Revista Blanca*.

La popular escritora conoció, sin decirselo, el tiempo que hacía que no entraba alimento en mi cuerpo; trajo huevos con vino que tomé y me produjeron un desmayo momentáneo.

Pasé algunas horas con ellos, charlando amigablemente y volví á la redacción de *El País* con quince pesetas que Urales me metió en el bolsillo, después de instigarme que los visitara diariamente.

En la casa del periódico republicano me encontré la carta de Estévanez que va en la *nota 6*. Desde entonces, nos vimos en el café de Pombo todas las noches, mientras viví en Madrid.

A instancias de D. Nicolás, consentí en ver á

Villasegura, quien me habia mandado varias tarjetas para que fuera á su casa. Mi resentimiento contra él era profundo; pero, al fin, lo ví. Me dió explicaciones y pude convencerme que es un excelente hombre, bondadoso en extremo. Fué miserablemente engañado por el director del penal. Lo olvidé todo y ahora soy su amigo.

He de hacer constar que las masas más ignorantes que he conocido en las diferentes poblaciones cultas que visitara, son las que componen el populacho madrileño. Creo que existen más analfabetos, con mucho menos tendencias á emanciparse y dignificarse, que en las demás capitales de provincias.

Tuve la franqueza de hacer esta observación á Urales, y no se extrañó. Un compañero francés, también muy admirado le habia dicho lo mismo. Sin embargo, hoy me lo explico. La influencia de la corona, el *arte taurino* y la clerigalla, tienen abotargado las masas de la Corte.

En todo el tiempo que viví libre en aquella población, no dejé de visitar diariamente dos cosas: el Museo de pinturas y la Cárcel Modelo.

En el primero, me confortaba; sentia elevarse mi espíritu por la contemplación estética, y en dulce éxtasis comprendi el grado inefable de dicha á que pueden llegar los humanos en el porvenir. Hubo momentos que, olvidado de todos, fija mi vista ante un cuadro de Murillo, pensé: «¡Dios! si existes.... yo

soy más feliz en este momento, aquí, en la tierra infima, que tú en el cielo»... ¡Ay! ¡Quién supiera escribir, para explicar á los pobres y desdichados las dulzuras que siente el alma ante una obra de arte!... Y los gobiernos premian, ensalzan y admiran al inventor de cañones!...

Al subir á la colina y contemplar la prisión, ¡cuánta tristeza!... Como si estuviera llagado mi cuerpo, sentía un dolor general. Allí, en aquella celda, en el 449, ¡qué horribles días, por aspirar al bien de los hombres!

Y pensaba en mis compañeros, que aun yacen emparedados; y en sus maquinaciones, sus martirios y sus lágrimas... Al descender de la colina, un gran enervamiento me invadía. y pensaba: «¡Ah! Una ola de fuego que todo lo transforme en cenizas»... Sí; yo hubiera deseado llamas devoradoras que concluyeran con aquel antro infernal, aunque todos perecieran; que no quedaran ni rastro de las lágrimas que allí se vierten...

Mientras fui recluso, anhelé un cataclismo que paralizara el inmenso dolor que sufren las entrañas de aquel establecimiento. Ya libre, sin poder arrancar del martirio á mis camaradas, quería lo mismo: la muerte. La muerte, sí, que extirpa ó troncha el sufrimiento.

¡Pobres presos! ¡Los amaré siempre!

## XXVIII

Una mañana oscura y brumosa, andando por la plaza del Mercado, me paró un golfillo, que se desprende de un grupo hacinado junto á un brasero rojo. Todos son niños y todos desarrapados y astrosos. El que me habla es rubio, de agradables facciones y bien delineadas.

—¿Me das una perra?— me dice familiarmente.

—¿Tú me conoces?—le pregunto extrañado de su confianza.

—Sí—me contestó, riendo con los ojillos pícaros y vivaces.

—¿De dónde?

—De allá—y señaló con la mano y el gesto en dirección á la cárcel.

—¡Vamos al café!—le invité.

Quería tener el gusto de conversar con uno de mis «amigos» sagrados. Entramos, y pedí chocolate con panecillos, para ambos.

Me contó su historia. No tiene padre ni madre;

sólo una hermana en el lupanar. El vive de lo que encuentra «mal puesto». Ha estado siete veces en la «Moncloa», le han pegado mucho, pero no hay más remedio. No sabe otro oficio. Me habla ingenuamente, como á su igual. Es claro; allí me conoció, en la «cuerda de talleres», con mis grandes melenas; y, aunque ya las he cortado, no se olvidó de mí, dice.

Concluimos el chocolate; todos los parroquianos nos miran despreciativamente; él no lo entiende ó los desprecia á su vez.

Me acuerdo de mi pobre hijo, á quien se le parece, y le doy un consejo. Me mira asombrado, arruga la frente y murmura con descaro y arrogancia:

—A otro perro con ese hueso.

Insisto en hacerme comprender, y exclama:

—¿Tú no viste un batallón de muchachos del tamaño mío, que pasaba por la «cuerda de talleres» algunas veces?

—Sí; los ví muchas mañanas y os tenía lástima por tan niños.

—Pues todos fuimos allí por ladrones... paró un momento, dudando, y al fin, decidido, añadió:

—¿Tú, por qué estabas?

¿Cómo relatar á este niño la infamia del gobierno, realizada en mi persona?

—Yo estaba preso —le dije, al fin, por cuestiones políticas...

—Aunque sea un *chaval*, ¿crees que soy un *chi-*

vato?... No, hombre, no; ya conozco el departamento de los políticos. Tu estabas en la galería de los criminales y los ladrones.

Sentí fuego en la cara, pedí al mozo dos copas de cacao, acerqué á mi «sagrado» amigo la silla y le conté, punto por punto, la historia que acabáis de leer... ¡Pobrecillo! Pagó bien mi trabajo. Dos lágrimas puras, rodaron por sus mejillas de escarlata.

Apuramos el licor y se levanta con ademán de marcharse. Le estrecho la mano, pequeña, descarnada y fría y se fué despacio. Lo vi alejarse, flotando al aire los pingajos desprendidos de sus harapos.

A larga distancia, algo ó alguien le alegra, porque hizo una pirueta y desapareció velozmente.

Este arrapiezo fué mi compañero. Los parroquianos que me escudriñan y comentan mi intimidad con el golfillo, parecen «señoritos» ó canallas con buen disfraz... ¡Al diablo! Nada tengo que ver con ellos. Pagué y me fuí. Traté de encontrarle nuevamente, pero no lo ví nunca más. Acaso esté en la «Moncloa», como el decía.

## XXIX

Paréceme oportuno decir algo respecto de los señores diputados que, en los momentos más tristes para mi vida, cuando la angustia oprimía el corazón inocente, cuando mis hijos lloraban desconsolados la pérdida de su padre, cuando mi mujer gemía moribunda en el lecho, cuando mi pobre madre sucumbía torturada el alma, aquellos «señores», digo, me calumniaron cobardemente en pleno Congreso, en la confianza tal vez de que nunca podría defenderme, ni contemplar el cielo de Canarias.

El Marqués de Casalaiglesia, diputado á Cortes por este mismo suelo donde yo nací, cuyas brisas jamás le acariciaron, empieza su elocuente discurso (del que no repetiré ni una palabra, por estar reproducido en este libro en la *nota 5*) llamando su *íntimo amigo* al ex-ministro de Venezuela, Sr. Casaleiz, el primero de mis impugnadores.

Hay un proverbio que todos respetamos: «las aves de una pluma vuelan juntas». Partiendo de este principio, el Marqués de Casalaiglesia fué engañado

por Casaleiz; y llevado del error, fiando en su *amigo*, me calumnió como suelen hacerlo los viles que dan el golpe á mansalva; ó bien el Excmo. Sr. Marqués es realmente uno de tantos seres cuyo título no basta á cubrir la cobardía, impureza y pequeñez de sus raquíticos sentimientos...

Sepa el Sr. Rancés que nunca fuí expulsado de ningún Estado de los muchos que en mi corta vida visitara, y sepa además que nunca fuí director de ningún periódico en Canarias, aún cuando haya colaborado en el *¡Vacaguaré!*... y otros más de la provincia.

Mi delito único, Sr. Marqués, fué aspirar al bien real de esta tierra desgraciada, solicitando una autonomía que regularice al país, y que aplaste la influencia caciquil, cuyo pabellón está en vuestras manos, sucio y manchado, con infamias indecibles y lágrimas y sangre que claman al cielo...

Este fué mi pecado, excelentísimo señor y por él me hicisteis sufrir tantos martirios, los que estoy dispuesto á olvidar si en realidad fuisteis un juguete de vuestro *amigo*.

Pero si las calumnias que lanzasteis en el Congreso fueron á conciencia, por temor que se desgarrara la inmunda bandera que sostenéis enhiesta; entonces, lo diré mil veces: sois un miserable, tanto como el villano que manchó con la perfidia al inocente Dreyfus.

Un grupo, perteneciente á la Palma, tiene en las Cortes de la Nación á un Sr. Poggio, que lo representa con el pomposo título de diputado. Nada he de decir de semejante personaje. Es un lacayo canario. No vale la pena nombrarlo en bien, ni en mal.

De Casaleiz diré poco, pero invitaré al pueblo honrado de la península á que examine la prensa de Venezuela, cuando el tal fué Ministro en aquella nación, y juzgue si este hombre debe sentarse en los escaños del Congreso ó por el contrario debía yacer con un grillete en la garganta del pie...

Tengo en mi poder varios números de los periódicos *El Tiempo*, *El Pregonero*, *El Noticiero* y otros, que relatan bien á las claras el díneral que tan respetable persona *introdujo* en los bolsillos de la colonia española allí residente en aquella época.

Aquí, en Tenerife, hay víctimas, *amigos del honrado* ex-ministro, dispuestas á darme documentos y datos que no quiero utilizar por lo pronto.

¡Y fué ese mi impugnador!... ¡Canalla!

Hablasteis á gritos de un proceso incubado en contra mía en la provincia de la Habana. Lo llamasteis «delito común», y mentais. En primer lugar no fué «delito común», como pretendíais; en segundo lugar, yo estaba inocente de semejante impostura.

Tengo el valor de mis convicciones y si hubiera sabido algo respecto á la bomba, que decís explotó en el palacio de aquella Capital y que, según el mamo-

treto que me presentara el juez, confeccionamos y ejecutamos Zayas, Dr. Echevarria, otros cuyos nombres no recuerdo y yo, lo hubiera afirmado, sin ocultarme cobardemente tras la negativa y la mentira. Nada hay tan pequeño como negar un hecho realizado á conciencia, con el fin de esquivar el castigo.

Además; suponed que á una culta población llega una fiera y devora sin preámbulos gran número de ancianos, mujeres y niños... ¿Qué juzgáis de alguien que se proponga deshacer el cubil donde aquel monstruo se oculta?...

Mas, dejemos digresiones. Yo no sé absolutamente nada respecto á si explotó ó dejó de explotar una bomba en la Habana, ni jamás he visto una bomba en mi vida. ¿Cómo formaron proceso á mis espaldas, viviendo en la Capital de Canarias desde el 10 de Mayo de 1896, según pudo convencerse el juez instructor?...

Todo esto era una comedia; ya lo he dicho antes. Solo se pretendió denigrarme, manchar mi nombre, enfangar mi gran tesoro, lo único que puedo legar á mis queridos hijos: mi honradez.

Con aviesa intención llamáronme filibustero, separatista, revolucionario. Tales epitetos bien merecen que dé las gracias. Washington, Bolívar, Páez, Martí, Calixto García, etc., fueron oproviados con los mismos denuestos. ¿Acaso no los envidiáis señores Diputados? Tampoco el lagarto envidia al águila,

aunque corre á morder su sombra mientras ella vuela tranquilamente en las alturas.

Si; soy un independiente. En mi temperamento no cabe la lógica de dominación. Que un hombre imponga su voluntad á otro hombre; que un pueblo más ó menos grande obligue y someta á otro que reside á larga distancia, á acatar leyes y costumbres que le son extrañas; que se impongan jefes desconocidos, como si los seres que aquí ó acullá radicaran fuesen imbéciles, incapaces de entenderse, ó un simple rebaño que necesita de pastores... ¡eso no lo entiendo ni lo entenderé nunca!

Y no creo que nadie, en serio, se revuelva alegando en contra mía los derechos de conquista, suficientemente juzgados por todos los hombres libres de este siglo.

He aquí lo que dijo el espíritu más sincero de la España contemporánea, poco tiempo antes de morir. Me refiero al gran Pi y Margall.

«No se adquiere la propiedad de los pueblos conquistados ni aún con la prescripción de siglos».

Yo pienso así. Como el peral da los frutos que le son propios, yo no puedo dar pensamientos contrarios á mi razonamiento y carácter. El gobierno de España tiene un medio para evitarlo; voy á decírselo: cercenar mi cabeza como se troncha el árbol cuyas peras no convienen. Pero, aún esto, no garantiza la extirpación radical.

Sólo hay un medio, concediendo una autonomía amplia al Archipiélago, como hábilmente ha hecho la Gran Bretaña en sus colonias, y dando entidad á estas islas, separadas de la metrópoli y más visitadas por extraños que por los mismos conquistadores, quienes se obstinan en no ver que el cariño de razas va perdiendo paulatinamente terreno en los distritos rurales.

Conviene no olvidar la observación de Dicenta, que creyó al fijar su planta en esta rica tierra que era un trozo de la poderosa Albión.

Así, pues, la vida económica de Canarias depende exclusivamente de Inglaterra. El isleño más obtuso lo sabe. No ignora que sus hijos comen y viven porque los ingleses compran su sudor.

En realidad, la raza sajona es indiferente al país; pero se la considera necesaria, acaso indispensable. ¿No es esto de temer en un pueblo hartado de sufrir injusticias, infamias y vergonzosas expoliaciones de caciques?...

Las clases trabajadoras de esta región están condenadas á oficiar de bestias de carga. Si algún desgraciado protesta, ó se revela contra la explotación imperante, ó combina con sus compañeros una huelga, única defensa que cabe en el mundo de los esclavos modernos, pronto se le amordaza, se le expulsa ó apalea. Al desdichado inválido y estivador que llaman *Cojo la Farra*, lo dejaron exánime de la tre-

menda azotaina; y, como á éste, á muchos más proletarios. Por tal motivo, indignados ante proceder tan vil, publicamos una protesta contra la guardia municipal.

Celebróse un mitfn, al que concurrieron ocho mil almas de todas clases, y se acordó por unanimidad, después de violentos discursos contra el cruel jefe de la guardia municipal, pedir su inmediata expulsión.

El cacique se impuso á la voluntad general y el pueblo soporta hoy, con rabia y vergüenza, al segundo Portas, que se pavonea en su empleo. El organizador del mitfn, Cabrera Díaz, fué días después procesado por un artículo publicado hacía tiempo. El fiscal le pide dos años de presidio; al Consejo de guerra le pareció poco, y hoy gime este amigo del pueblo y de la justicia verdadera con cuatro años de prisión sobre sus espaldas.

¡Ahí tenéis el régimen que impera en Canarias!

A mi modo de ver y entender, nunca he conocido verdaderos gobernadores, ni jueces, ni magistrados. Obran como lacayos del *virrey*, del inviolable y omnipotente cacique.

Tales verdades pueden acarrearame un castigo del gobierno; pero no importa. Al escribirlas, no es para que los prohombres de España las lean y las juzguen; es al pueblo leal y honrado de la península á quien van dirigidas, para que se dé cuenta de nuestra situación y prevea con la historia de ayer, lo que

infalliblemente sucederá, si no pone coto y cambia la aciaga existencia de estas pobres islas.

Habrá quien me calumnie llamándome anti-español, y mentiría. Yo tengo á orgullo mis dos apellidos y mi pura sangre española; pero el gérmen de la libertad incubó en mi organismo, y antes que nacionalista soy libertario. Mientras aliente, bregaré por la autonomía de los pueblos y de los individuos cueste lo que cueste. A la tiranía de España debo mi iniciación en las cárceles y en el martirio. Ya nada temo. Todo por y para la libertad de los pueblos y de los hombres,

Como Backunine, que al mismo tiempo que predicaba la gran revolución política económica social, no abandonaba las regiones conquistadas y sometidas á potencias extrañas. Polonia por ejemplo, fué su virgen prisionera.

Seré un revolucionario; pero nunca un sectario. Las palabras también esclavizan, aunque sean: *re-pública, socialismo, anarquía...* No; soy un revolucionario, un rebelde. Nada más.

### XXX

El cielo está turbio. Densa lluvia descende sin ruido, mojándolo todo. Los edificios, los carruajes y la gente que corre, parecen envueltos en una gasa opalina y brillante á la luz que despiden los focos eléctricos. Espero en el zaguán del Hotel á que cese la llovizna. Es persistente y sigue cayendo silenciosa y bienhechora; parece no ocuparse sino de la tierra á quien tal vez ama por su inmensa bondad de gran madre.

Echeme á la calle... y heme ya en el café de Pombo. Mi nuevo traje azul y mi sombrero hongo están cubiertos de gotitas blancas y refulgentes. Me sacudo á modo de pájaro y caen estrellándose contra el pavimento.

Los salones alumbradísimos me deslumbran un tanto á la entrada. Las mesas están repletas de chocolates, beesfteck, panecillos, copas llenas y vacías, con variados colores, según su contenido, servilletas y hasta bastones, sombreros, cigarrillos y fósforos...

En torno de las mesas charlan, beben, comen ó fuman gran variedad de tipos. Hermosísimas hembras, chulapos, vejetes verdes, pollos gomosos, celestinas y políticos.

En un rincón veo tres personajes que conozco, y me dirijo hacia ellos. Uno es Castrovido, redactor jefe de *El País*. Según opinión de don Benito Pérez Galdós, este joven cojo tiene grandes cualidades como escritor político. Es el otro Menéndez Pallarés, orador famoso de la minoría republicana, hoy diputado á Cortes, y prometió más de lo que en realidad ha dado como tribuno. El tercero es el viejo joven Nicolás Estévanez.

Hablan de las elecciones que se aproximan. No se me escapa que carecen de fe. Nombran varias veces la República y sus semblantes dicen á las claras «que no vendrá»... Y no me extraño. He observado que la fe, en ideales, sólo la poseen en España los anarquistas. Los demás obran como los comediantes.

Al fin recae la charla sobre mi detención y me aconsejan que reclame al gobierno mi traslado á Canarias. Comprobada mi inocencia y el error de la «Corona», ésta se ve obligada—dicen—á indemnizarme en parte, costeándome el viaje hasta la provincia de donde fui violentamente arrancado.

Ofrezco hacerlo al día siguiente y Menéndez Pallarés y Castrovido se marcharon. Este último

arrastrando su cuerpo apoyado en la muleta. Yo quedé pensando: «si este simpático y talentoso joven no fuera español ó, aunque lo fuese, si viviera en otra nación, ni andaría penosamente con sus muletas, ni nadie se percataría á simple vista de que le falta una pierna. Pero... así anda España».

Hasta las doce de aquella noche permanecemos en el café. El genial poeta canario, con la sencillez y gracejo que le caracteriza, me hace varios cuentos que no olvidaré nunca. Su primer proceso y la adquisición de su *quinta* me resultaron los más originales, porque retratan el carácter franco y decidido de don Nicolás.

Adviértase que, por esas tretas del destino, nació en un convento de Las Palmas. Ya cadete, estudiando un día, recibió la noticia de que había muerto su madre. El colegio estaba junto á una iglesia. El desdichado huérfano se pasea triste y sólo embargado el ánimo por tan aciaga noticia, cuando sube el campanero y echando mano á las cuerdas de los badajos, comienza el *glan... glan... glan...* Vuélvese mi cadete, indignado contra aquel pasguato, y le ordena que cese en su estúpido sonsonete. No hace caso y sigue atormentando los sentidos. Da media vuelta el estudiante, corre en busca de la carabina, vuelve dispuesto y se faja á tiro limpio contra la campana mayor... El campanero voló y Estévez fué procesado. Salió bien.

*Su «quinta».*

Me contó que, una mañana, malhumorado y caviloso, por reveses de la fortuna, echóse á la calle y anda que anda, sin rumbo fijo, se encontró en Getafe (pueblecillo cercano á Madrid). Despertóle de su ensimismamiento una linda *quinta*, anunciando su venta un gran cartel.

Entra en ella como verdadero dueño, la examina y le encanta. Al salir da de cara con un labriego; le interroga, se entienden y allí mismo hacen, con papel, pluma y tinta, un compromiso de venta, ofreciendo volver para hacer efectivo el documento. Se echa á la calle y piensa que, ó está loco ó poco le falta.

—Pero, en realidad,—se dice—esto es una ganga; ó yo estoy confundido con el precio que tienen estas casas de recreo en las afueras de París.

Llega á Madrid, alegre y sin congojas; encuentra á un amigo en la calle y le dispara esto:

—Acabo de hacer un negocio para tí. He comprado una gran posesión en Getafe! Vamos á verla.

Montan en un coche... y el amigo de don Nicolás compra, perdidamente enamorado, la *quinta* en cuestión; pero á condición de que el vate canario ha de vivir en ella, siempre que resida en España. Su propio dueño llámala la «quinta de Nicolás».

La lluvia ha cesado. La luna, grande y redonda, platea el suelo de la «Puerta del Sol». Desgarráronse

las nubes y á trechos se ve un cielo azul turquí, repleto de lucecillas oscilantes grandes y pequeñas.

Estévanez me aprieta un brazo con su gran manaza y me empuja suavemente hacia el Hotel, diciendo á modo de despedida:

—Vea eso mañana.

Poco tiempo después dormía profundamente, precedido de la dulce satisfacción que me inspiran las paredes rosadas de mi cuarto, que me dicen amorosamente, al verme despertar temeroso, como los martirizados: «no estás en la cárcel... no somos las paredes blancas que tanto temes...»

\* \* \*

Al día siguiente fui al Ministerio de la Guerra.

El sub-secretario (no recuerdo su nombre) regatea mi pretensión. ¡Si fuera para Cuba no había inconveniente en concederlo, pero para Canarias...!

Insisto, me obstino y pienso:

—¿Qué derechos tiene esta gente para pretender que yo no vuelva á allá... ¡Ah! Los derechos políticos; no, los derechos de conquista, tal vez... ¿Y mis derechos naturales? ¿Acaso el rey, ni los ministros, ni nadie, puede lógica y justamente pretender semejante anomalía?... Mis derechos son superiores á todas esas fórmulas antinaturales, crueles, acaso infames. Canarias para mí es como la concha para

el caracol, que es suya propia, es inherente á su sér... Mátese en buen hora, pero es estúpido querer que la concha del caracol existe sólo para que el niño la llame suya. Eso es una impostura. La concha es creada para refugio del caracol; Polonia para los polacos, etc.

En tanto discutía con el sub-secretario, estas reflexiones bullían en mi cabeza. No las dí á luz, porque entonces hubiera sido el acabóse. Pero me fui esperanzado con estas palabras del general:

—Hablaré con el Ministro. Vuelva mañana.

Quien volvió fué el bueno del Marqués de Villasegura. Lo arregló á mi satisfacción y quedé en aptitud de regresar pronto á mi *bohío*...

---

## XXXI

Eran las diez de una hermosa noche. Me paseaba esperando los pitazos del tren que me llevaría a Cádiz, cuando entra en la estación Estévez. Viene a despedirme.

Siempre bueno y leal, me regala un ejemplar de sus «Memorias». Hablamos paseándonos, y de pronto, *ffff.., ffff...* Era el último aviso de la bocina del tren.

Dudo en cuál de los coches he puesto mi maleta. El la ve, la conoce, levántame en el aire con un brazo, como un gigante a un niño, y me empuja hacia el andén; me da recuerdos afectuosos para su hermano, y el *express* arranca al igual de mi deseo.

\*\*\*

Frente a mí hay dos hombres bien trajeados y gordos. Ostentan mucho oro en los dedos y piedras preciosas que lanzan rayos de luz al mover las manos. Hablan muy animados de negocios.

—Sí;—me digo—todos son iguales!, en Canarias hay mucha gente de la misma clase.

Y recordé á Schopenhauer cuando describe el tipo repugnante del burgués, sin necesidades del espíritu; ocupados, y lo más seriamente del mundo, en una realidad que no existe; sin otros placeres que los sensuales, y teniendo, en una palabra, como único objeto de la vida, el mayor bienestar material.

Abrí el volúmen de «Memorias» y me abstraí leyendo los primeros cuarenta años del amigo veterano que dejaba atrás...



El ferrocarril hace la última parada en Cádiz.

Atardecía. Doy mi maleta á un mozo y marchamos hacia una humilde fonda.

Con una gracia verdaderamente andaluza se combinan el dueño de la casa y el mozalvete para cobrarme en demasía.

—Bueno: les anuncio á Vds. que soy un pobre diablo que acaba de salir de la cárcel. Si Vds. se empeñan en desplumarme más de lo que estoy, no hacen bien. Tengo muy poco dinero.

Me miran, se miran, callan... y al fin dice el amo:

—Vamos á tomar café.

Fuimos los tres. El muchacho quiere pagar, pero me impongo al dueño del café cantante. Me obedece por ser extranjero ó por mi indumentaria nueva. Más tarde sostuve una lucha con el galopín que se obstina en no cobrar la traída de mi corto equipaje. Le pagué al fin y todas las mañanas venía por sí se me ofrecía algo. Era muy gracioso. El fondero también fué moderado en el tiempo que viví en su casa.

Al día siguiente vi á Salvochea.

Almorzaba con su anciana madre, huevos crudos, pan y leche. Al reconocermé, salta como un niño y me abraza. Me presenta á su madre, que parece hermana. Poco después salimos.

En la heroica isla es idolatrado. Las mujeres le veneran como á un santo.

Tres días anduve en su compañía, y al despedirnos en el muelle, me dijo amorosamente, como un susurro:

—No se debe abandonar á los trabajadores. Hay que luchar por ellos; sacrificarse por el bien de estos desgraciados hermanos. ¡Sufren tanto...!

Estas palabras fueron dichas con voz apagada y quejumbrosa, como las que brotan de labios de una madre que dudará en la salvación de su hijo moribundo:..

## XXXII

Un ruido estridente; el ronco renorar de las cadenas del buque, me despierta, y pienso: «el ancla.» Me visto apresuradamente y salgo del camarote.

**¡Cielos! ¡Este es el más bello país del mundo!**

A la popa del barco emerge, allá en la extensión ilimitada y azul del horizonte, desde el fondo del mar, como una lumbre redonda y divina: el sol; adorna con vívidos y risueños colores cuanto abarca en su contorno, y crece, se ensancha y sube majestuosamente, reflejando sus rayos en el espejo azuloso y verde del mar que juguetea y ríe, adornando de encajes blancos y nacarados las crestas de sus olas inocentes y loquillas, que entretienen el tiempo en jugar besando y escupiendo espuma á las playas de mi tierra...

El gran elemento ha se transformado en enorme cuna, que arrulla y mece suavemente á los buques que en su poderoso pecho descansan y confían en él.

Sobre nuestras cabezas se dilata la bóveda del

firmamento, tan límpido y acariciador que los labios exclaman impensadamente: ¡Nirvana! ¡Nirvana!...

Frente á la proa, se yergue imponente y admirable el Teide, cubierto de una túnica blanca, como el sayón de un árabe. Y arriba, en lo alto del cielo, destácase la cima del gran gigante, con un disco fosforescente que le presta el sol.

—¡Ah! ¡Imposible! El edén canario no puede seguir siendo un pudridero español—exclamé.

Hermanos que vivís en España: dad la autonomía á las antiguas afortunadas ó se levantará una barrera de odios que nos dividirá en el porvenir...

Al fijar mi planta en la tierra de los *guanches*, con lágrimas y abrazos fueron compensados mis dolores.

La casa de mi madre, triste y enlutada, me arranca nuevas lágrimas. Y allá, en la cumbre, en mi cabaña vieja, me recibe en sus brazos una mujer escuálida y sufrida...

Minutos después entran mis dos hijos, que vienen de la escuela. Me ven y saltan á mi cuello, exclamando:

—¡¡Papá!!..

FIN

Marzo 25, Abril 21 de 1904.

# APÉNDICE

## Nota núm. 1

**Falta un partido.** — Así encabeza nuestro colega *El Ideal*, su editorial del 28 de los corrientes, el cual nos ha inspirado por su honradez, alteza de miras y clarividencia de su autor, repetir el título y tocar según nuestros principios, el mismo tema del ilustre cofrade.

Dice *El Ideal*: «Algún personaje encumbrado por el turbio oleaje de la Revolución y ayudado después por el favor y la fortuna más que por méritos personales, fué el supremo dispensador de los poderes en estas islas, convertidas en algo así como una satrapía ó virreinato.»

He aquí un punto en que los trabajadores están de acuerdo con el colega y tan convencidos están de ello que bien pueden señalar uno por uno todos los políticos que con un cinismo vergonzoso, han cambiado, cambian y cambiarán de ideales, porque todo su afán es el medro

personal ó como diría cualquier camarada franco: todo el afán de esta gente se encuentra en el dornajo.

Y sigue el colega: «Puestos en las manos del susodicho personaje todos los resortes del Gobierno, nada pudieron ni pueden las quejas y lamentos de los oprimidos, ni tuvieron eco las reclamaciones, si alguna vez llegaron á intentarse.»

Aquí hemos de decir al periódico en cuestión, que el personaje á que alude, nos merece tanto desprecio y esperamos tanta maldad de sus instintos, como de cualquier otro tigre político que hubiera nacido en tal ó cual caverna, y que solo atacamos á esta clase de enemigos por las dentelladas que dan al esquilmado pueblo.

Continúa *El Ideal*: «Aunque se someta y calle, al país repugna este inmoral espectáculo... etc.»

Que lástima que *El Ideal* no hubiese sido más oportuno en días pasados, protestando de los desmanes que se cometieron con los trabajadores por defender éstos sus derechos dentro de la ley; por ejemplo: atacar con energía el inquisitorial *componete*, la infame coacción, etc.

«¿Por qué—dice *El Ideal*—no se ha de formar de una vez por todas, un verdadero partido de las gentes independientes, de las eternas víctimas de los *politicastros*, el cual, luchando dentro del régimen vigente, pueda acabar con la minoría de políticos maleantes?»

Muy bien: tiene razón el colega; un partido nuevo, sano, virgen aún, pero potente, se ha levantado en Canarias reclamando justicia.

El, representa la honradez, porque es el pueblo y los pueblos son honrados. El tiene todos los derechos, porque es el pueblo y el pueblo es soberano.

Este mismo pueblo pidió tímidamente justicia ayer, y se le despreció; no obstante, mañana volverá á pedir y entonces aspirará á todo lo que tiene derecho en la cosa pública.

«¿No puede con los políticos maleantes el partido republicano porque sus ideales le impiden aspirar al poder dentro de la Monarquía?» — dice. — ¿Por qué pues, no se unen á este potente núcleo para sin abdicar de principios los unos ni los otros, luchen con ardor contra el enemigo común?

Reconocen los republicanos que «sobran elementos para formar un partido neutro, elementos de moralidad privada y que contaría con el apoyo de la casi totalidad canaria;» pues entonces, si habla honradamente el colega, como suponemos, y no repudia las justas pretensiones del obrero, bien puede surgir este partido potente, que dé al traste con tanta desvergüenza política, tanto caciquismo irritante y tantos violadores de la ley.

Si los republicanos lo son de corazón y no existe en ellos división de clases, ya tenemos en estas islas, adaptado al ambiente en que giramos, el partido que hará patentes la moralidad, la justicia y el mejoramientos de las clases productoras.

## Nota núm. 2

### I

**La autonomía en Canarias.** — No escribo para aquellos espíritus pecatos que en la mansedumbre portorri-queña veían hace pocos años indiscutible adhesión á la llamada madre patria; ni para esos otros que á la protesta armada de los cubanos no hallaron justificación: unos y otros tacharán *cuando menos* de imprudente esta campaña que me creo en el deber de iniciar para que otros la continúen con más acierto.

Entiéndese por autonomía *la condición en la cual un Estado ó un individuo conserva, con entera libertad é independencia, aquello que constituye su manera de ser esencial, característica y propia.*

En los pueblos, regiones ó Estados cuyas fronteras las forma un río, una cordillera ó línea divisoria que de común acuerdo se establece, acaban por borrarse las diferencias de costumbres y *su modo especial de ser.*

En aquellas otras que están separadas por el mar, esas diferencias más ó menos acentuadas, persisten siempre á despecho de todos los esfuerzos del poder central para desvanecerlas.

Eran independientes los distintos reinos en que es-

taba dividida España, y al reunirse bajo un solo dominio conservaron y aún conservan cierta autonomía impuesta por diferencias de costumbres, de leyes, de lenguaje y de modo especial de ser.

Esto mismo, y con mayor razón, sucede en territorio lejano donde se estrella todo trabajo de asimilación: tratados como colonias, no tardan en pedir derechos que es preciso otorgarles y los cuales determinan, andando el tiempo, su total emancipación; á menos que *anticipándose á sus legítimas aspiraciones* se las dote de leyes amplias engendradoras de lazos que les convenga no romper.

Estas consideraciones generales, únicas que encajan en los estrechos moldes de un periódico, constituyen el fundamento de este artículo, encaminado á llamar la atención de los hombres que en Canarias ven con pena la desmoralización política y administrativa que allí reina sobre la conveniencia de buscar procedimientos que mejoren esa administración y esa política.

La enseñanza que ofrece el movimiento regionalista en mal hora despertado en esta Península; esos gritos con que Cataluña pide una independencia disfrazada; esos programas de las Cámaras de Comercio que tienden á crear un estado dentro de otro estado, y esa anarquía en que vivimos desde los últimos desastres, me han decidido á levantar la voz en defensa de esos pedazos de territorios que aún poseemos separados por el mar, y á cuya conservación no podemos atender con marina que no existe, con defensas terrestres que resultan ineficaces

ante los modernos medios de combate, ni con *entusiasmo* que obligue á sucumbir antes que rendirse.

Hubiera podido sustituir la palabra *autonomía* que asusta, por la de *diferencia* ó *regionalismo* con que algunos la disfrazan, pero entiendo que á las cosas debe llamárselas por su nombre sin convencionalismos ni hipocresías de que estamos todos hartos: por eso encabezé este artículo con la definición de lo que es *autonomía*, para que, teniéndola en cuenta, no se me tache de mal patriota al pedir y defender esa libertad necesaria que tiempos y circunstancias reclaman para el importante y codiciado archipiélago que nos queda en las soledades del Atlántico.

Cerca se encuentra éste de las islas Azores y Cabo Verde, cuya legislación comencé á estudiar cuando fui diputado por Tenerife, y en cuyas posesiones portuguesas podría tal vez hallarse algo bueno que imitar. —  
*Ricardo Ruiz Aguilar.*

## II

El archipiélago canario, compuesto como todos sabemos de siete islas habitadas, con más de 7000 kilómetros de superficie total y unos 300.000 habitantes, constituye hoy una de las cuarenta y nueve provincias de España.

Los gobernadores civiles que allá envían, cuya talla política y administrativa la alcanzaron por el hecho de haber sido diputados cuneros de cualquier distrito, ni co-

nocen el país que van á gobernar, ni visitan otras islas que las de Tenerife y Gran Canaria, ni ven otras poblaciones que Santa Cruz, capital del archipiélago, La Laguna, donde suelen veranear, y la Orotava, á cuya pintoresca Villa les llevan por vía de paseo, los caciques de turno.

Los capitanes generales, salvo rarísimas excepciones entre los cuales se destacan Weyler y Bargés que recorrieron todo el archipiélago, hacen exactamente lo mismo que los gobernadores civiles: ambas autoridades, pues, desconocen *el modo de ser* de cada una de las islas cuyas necesidades distintas y cuyas aspiraciones encontradas las aprenden por lo que oyen á la gente interesada que les rodea.

Ignoran esas autoridades, como lo ignora el Gobierno, que en la isla de Lanzarote, distante pocas leguas de la costa de Africa, existe un puerto natural que, con poco costo, sería lo que es hoy el de refugio de Las Palmas.

Ignoran también las condiciones especiales de cada una de las islas, traducidas aspiraciones diversas.

Tenerife, cuyos naturales más acomodados viven en pueblos del interior, dejan abandonada la política y la administración á comerciantes y advenedizos que en la capital rodean, adulan y manejan á los gobernadores; ó bien ejercen de caciques rurales cuya estúpida vanidad se satisface con aparecer dirigiendo pequeños rebaños de electores más ó menos ilustrados.

Gran Canaria, donde por el contrario habitan en la

capital, Las Palmas, sus principales y más nobles familias, dan éstas el tono á la política local, ofreciendo gallarda muestra de patriotismo y amor al país en que tienen sus intereses.

La Palma, por último, mezcla de ambos *modos especiales de ser*, se halla dividida en dos bandos rivales con fuerzas equilibradas que, ora se inclinan á la política de Gran Canaria, ora á la de Tenerife, revistiendo sus luchas intestinas un carácter verdaderamente africano.

Las otras islas, de menor superficie y población, son tributarias de las dos principales: Hierro y Gomera obedecen á Tenerife, *mande quien mande*, y Lanzarote y Fuerteventura se someten sin resistencia á lo que disponen en Gran Canaria.

Júzguese por lo expuesto, si es posible gobernar como otra provincia cualquiera un archipiélago en tal guisa constituido y donde á mayor abundamiento, existe un personaje como don Fernando León y Castillo á quien obedece la mitad de las islas y á quien la otra mitad no sabe ni se atreve á combatirle.

Recelos, envidias y odio separan á Tenerife de la Gran Canaria: odio, envidia y recelo experimenta la Palma hacia una ú otra de aquellas con intermitencias que tienen su origen en la política á la sazón imperante.

El resto de las islas participa naturalmente de esas pasiones suicidas.

¿Puede seguir gobernado como provincia un archipiélago de tal modo constituido?

¿Es absurdo ó antipatriótico pedir para él procedimientos políticos y administrativos distintos?—*Ricardo Ruiz Aguilar.*

### III

Hace cosa de treinta años que llegó á mis manos un libro que conservo, y el cual lleva este título.

*Les iles fortunées en Archipel des Canaries* (París 1869). En el tomo 2.<sup>o</sup>, página 208 y siguientes, aparecen los párrafos que á continuación traduzco por creerlos merecedores de ser conocidos.

«Los sucesos de Cuba (no se olvide la fecha en que este libro fué escrito) constituyen motivo grave de preocupación para el actual Gobierno, pues acabarán por determinar en plazo más ó menos lejano, la emancipación de las colonias españolas que á ello aspiran como todas las posesiones ultramarinas.

Los estados Unidos, El Canadá, Las islas Jónicas, La Australia, han demostrado ó demostrarán con el tiempo, lo ineficaz que resulta para el interés de las metrópolis, el sistema de las asimilaciones lejanas. Sin embargo, en casos particulares podrá seguirse ese sistema, pero es fácil prever, en un porvenir próximo, la separación consentida de Filipinas, Cuba y Canarias, que quedarán administrándose por si mismas bajo la soberanía de España.»

.....

«Separadas de la metrópoli (se refiere á Canarias), pero quedando españolas de corazón y de alma, administrándose ellas mismas bajo el protectorado de la madre patria, verían abrirse ante sus ojos una era de prosperidad que, traspasando el límite de las aspiraciones legítimas que hoy sienten sus moradores, llegaría hasta donde estos no pueden soñar. Entonces, cuando nada esperasen de España, harían ellos mismos sus puer-  
tos, sus caminos, sus escuelas, tendrían marina mercante y estos sacrificios producirían resultados inmediatos.»

.....

«Mientras España está entregada á los generales; á los partidos monárquicos y clericales, mientras la madre patria oscila aún entre el pasado obscuro y el porvenir resplandeciente, entregaos al trabajo agrícola, al comercio, y permaneced unidas ¡bellas islas afortunadas! Los extranjeros sonrien en presencia de los celos que turban la calma en Tenerife y Gran Canaria. Rivalidad de civilización, de comercio, está bien; esa es la guerra pacífica, la sola fecunda, la que constituye signo de vitalidad.»

.....

«Dejad á la metrópoli su soberanía mientras no tengáis que sufrir por ella más que contribuciones é impuestos, pero si pretenden invadiros por soldados y gobernadores despóticamente; si vuestros esfuerzos en pro de la instrucción, de la justicia, de la administración honrada y popular resultan estériles; si os arrebatan vuestras fran-

*quicias de puerto; si vuestras milicias se suprimen arrebatándoos el privilegio de atender por vosotros mismos á la defensa del archipiélago, entonces emancipaos valientemente.»*

.....

«Cualquiera que sea el Gobierno que las Cortes, actualmente reunidas, den á España, hacemos fervientes votos para que esta nación atrasada que nos es tan simpática, recorra un camino de progreso y ocupe entre las naciones europeas el lugar que tuvo siempre y cual le es dado aspirar todavía.»

«En cuanto á Canarias deseamos para ellas la autonomía.»—Ricardo Ruiz Aguilar.—De *El Obrero*, de Santa Cruz de Tenerife, Noviembre de 1901.

### Nota núm. 3

**¿Dejar hacer?.. — ¿Consentir que siga esa jauria de políticos ambiciosos, engañando y envileciendo á nuestro pueblo, olvidados de la dignidad y el decoro?**

**¿Qué esa piara de insaciables burgueses continúe inflando sns obesos vientres con la sangre de nuestro esquilnado pueblo?**

**¿Qué los representantes de la ley permanezcan sordos ante los ayes, que demandan los derechos que al pueblo corresponden?**

**¿Qué se amordace al infeliz hambriento que pide pan y se le prohíba tender vergonzosamente la mano que solicita una limosna?**

**¿Qué arrojen del patrio suelo al hombre viril que osa dar el alerta á los afligidos, á los desheredados, á los tristes?**

**¿Qué se tolere á la burguesía coaligarse para arrojar al arroyo del hambre al pobre pueblo y á éste se le cohiba con guerra armada, la unión para defender su mísero salario ó para declararse en justa huelga?**

¿Consentir, indiferentes, tanta injusticia, tanto latrocinio, tanta inmoralidad en estas islas?

¿Cómo evitar un suspiro de dolor al contemplar esos pequeñuelos del proletariado donde se pinta la indigencia, donde se ve la infección, donde se contempla el hambre?

¿Cómo detener la pluma, viendo resbalar y caer al lupanar, la inocente obrera reducida por el patrón, quien, al comprar sus fatigas, se cree con derecho á su honra?

¿Cómo ha de enmudecer el labio al ver nuestros ojos el tugurio del desdichado trabajador, viviendo hacinados diecisiete de familia con diferentes sexos, en un cuchitril de nueve ó diez metros cuadrados? . . .

¡Calle en buen hora el egoísta que, semejante al buey, mira siempre hacia el suelo donde mejor puede pacer!

¡Calle también la burguesía embebida como el buitre, sobre las espaldas de los hombres!

Los que con su silencio nos sonrojan, no son éstos, son esa pléyade de jóvenes de corazones nuevos, que preocupados en el cuello, la corbata y los amores; la moda, los bigotes retorcidos y el espejo, cual afeminados unos, polichinelas otros, miran sin ver la patria, ni su pueblo, ni la degradación que nos circunda.

Mientras en Francia, Alemania, España, etc., la juventud instruída hace causa común con el pueblo y á la vanguardia de este combate el agio y la injusticia social, nuestra juventud duerme, sin saberlo, en el lecho de Procusto, ajena al altruismo que se va generalizando en

los espíritus valientes que conocen las señales de los tiempos.

No ya sólo les falta la energía y tesón que caracteriza al joven justo y honrado, cuando se halla en presencia de lo injusto, sino que pasa, cual escéptico, sin que la menor indignación altere en lo más mínimo sus nervios.

¿Dónde buscaremos la causa del proceder ilógico de estos jóvenes canarios?

¿Será la decrepitud moral? No; es el ambiente, es la órbita en que giramos, la causante de que no se hayan ocupado del gran problema que preocupa al filósofo, al sociólogo, al psicólogo y á todos los pensadores de nuestros días.

Donde sólo impera el caciquismo, donde la ley no tiene más representación que la voluntad de un amo, donde los jueces son el instrumento de tal ó cual señor, la corrupción es inevitable.

Esta es la desgracia de nuestra patria, de ahí el periodista encanallado que vende sus ideas cual Mesalina sus sonrisas; de ahí el abogado que de antemano sabe si gana ó pierde el pleito que ha de defender, puesto que no depende éste de la razón sino de la política del juez; de ahí el agiotaje, el frenesí del tanto por ciento que se ha desatado en nuestro suelo, donde un cacique autoriza el robo á cualquier advenedizo, para acumular una fortuna fabulosa en poco tiempo; de ahí también, por obscurantismo en que vivimos, la opinión retrógrada de mirar con desprecio al pueblo, creyéndolo inferior, la clase

media, al extremo que algunos hijos de artesanos ocultan con vergüenza que sus padres hayan sido zapateros, albañiles, picapedreros ó encuadernadores, etc.

Mas ¿por qué exista semejante inmoralidad, por qué esta cloaca nos llegue al cuello, es suficiente causa para que la juventud ilustrada que no se ha encenagado, no se apreste á luchar para salvarse y salvarnos?

Como dijo el poeta: «Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan». Los que tengan semejante pluma no deben olvidar la abnegación y el sacrificio, si fuera necesario, en bien de los débiles, de los pobres, de los inocentes.

En el estado que nos encontramos, *dejar hacer*, es un crimen....

\* \* \*

**¿Lo están viendo?**— Como recordarán los lectores, ya en uuestro artículo «No hay mal...», publicado en el número 42 de este semanario, lo quisimos dar á entender: La lucha que el proletariado canario, á semejanza del demás del resto del mundo, ha iniciado de poco tiempo á esta parte, no es una lucha emprendida por sistema, por capricho, porque sí; ella, por el contrario, es una lucha justa porque con ella se combate todo lo que se oponga al bienestar de la clase obrera, es una lucha necesaria porque con ella se combate todo lo malo, reprochable é indigno

que entre nosotros existe, como es la explotación del hombre por el hombre, las injusticias que el más fuerte comete con el más débil, la ignorancia en que la clase pudiente tiene sumida á la menesterosa, la tiranía de que por parte del patrono es objeto el operario, la elasticidad que á las leyes se da por los encargados de interpretarlas fielmente; todo lo malo, inútil y corrompido que nos malea, obstaculiza y pervierte, en fin, será combatido por la lucha que ha emprendido aquí, en Canarias, el obrero, aunque alguien trate de oponerse á tan redentora obra, obra de emancipación, de equidad y de justicia.

Sí, es la obra de la época, la aspiración actual, el deseo del presente, y he ahí porque cada golpe que á ella se intenta asestar por sus enemigos, es un impulso más que la hace marchar siempre adelante, por un camino recto, sin asperezas, hacia el fin que persigue, pues los insultos que cada uno de los individuos que dicha obra promueven, reciben de vez en cuando de alguien que, cegado por el velo que la ignorancia pone ante su vista no ve, no comprende lo que significa la unión y la solidaridad, surte el mismo efecto que si fueran palabras de aliento, porque aquéllos hacen pensar á quien los reciben, en buscar el desquite; cada persecución que se intenta contra honrados y valientes trabajadores, con objeto de surtir en las filas de éstos el desánimo, hace que de entre de aquéllos salgan nuevos y convencidos batalladores; en una palabra, las amenazas, los improperios, todo el daño

que se quiera hacer, por medios rastreros, indignos y cobardes, á los que se afanan por conseguir el triunfo de los sublimes ideales de Paz, Unión, Trabajo y Libertad, es bien, beneficio que se les hace.

Esto está más que demostrado, como se ha podido ver en diferentes ocasiones y en distintos casos, y sin embargo, no se convence de ello toda esa *cáfila* de explotadores sin conciencia, de mercachifles despiadados, de seres inútiles y pretenciosos, etc., que viven y medran con holgura á costa del pueblo que trabaja, mientras éste carece hasta de lo más indispensable á la vida.

Sigan, pues, por ese camino los que se han introducido en él sólo para entorpecer al proletariado en su progresiva marcha, que aquél, en vez de conducirlos á la meta de sus ruines é injustas aspiraciones, los llevará al ridículo y éste los hará despreciar de toda la clase trabajadora, de toda esa entidad formada por elementos sanos, honrados y laboriosos; pero, ¡ay! si ese desprecio se troca en odio, como es probable que así suceda cuando esa misma clase que hoy es explotada y maltratada, al darse cuenta de su verdadero estado actual, se canse de sufrir y reclame sus derechos y pida su libertad.

Entonces, ¡oh, entonces! con cuanto pesar van á comprender todo el daño que han hecho, esos encarnizados enemigos del bienestar de la clase trabajadora!

Los que ésta forman, quieren que se les considere como debe considerárseles; anhelan, al mismo tiempo, que no hayan más deberes sin derechos, ni más derechos

sin deberes, y por esto es por lo que hoy no permanecen inactivos, como ayer, con gran perjuicio propio, permanecían.

¿Lo están viendo?

\*  
\*  
\*

**En la brecha.**— El caciquismo se ha engañado. Había-se creído que los obreros de esta provincia, deslumbrados con las ideas societarias, nos olvidábamos de nuestro principal deber, para gastar las energías en estériles luchas económicas en contra las cuales contaba aquella *gabilla con sus leyes sus comontes y sus cepos.*

Pero he aquí que el partido del pueblo reflexiona y se da cuenta que para su defensa verdadera, es indispensable la formación de un partido popular, con nuevas tendencias radicales, que al empuje unisono, eche á tierra eso cucaña de *politicastro*s que deshonran la región que nos cobija. Sólo ellos nos cohiben la instrucción, son ellos quienes autorizan el latrocinio, ellos quienes envían sus esbirros á cometer hechos inquisitoriales con los nuestros, si osamos rebelarnos.

Claro está que con estas condiciones luchábamos en un círculo de hierro, alrededor del cual nuestros enemigos secretamente se reían.

Mas, todo cambia desde el momento que el pueblo se percibe de sus deberes en la política regional estudiando la situación de este Archipiélago, aprovechando la

lección regionalista de las demás provincias españolas, para formar el gran partido con justas aspiraciones que den dignidad á estas islas, libertad á sus hijos, instrucción á la juventud, moralidad al hogar y digno puesto en la historia de Canarias.

Este será el partido único que en el Archipiélago no encuentre enemigos, no ya solo por su honradez y el número que lo forma, sino porque él reflejará el sentimiento íntimo y la aspiración lógica de los hijos de este suelo.

Nuestra obra será grande porque grande es la aspiración que nos anima en defensa de esta tierra que hasta hoy el caciquismo ha tenido mancillada.

Habían creído al pueblo incapaz de ideales políticos y éste atendiendo á la época, más lógico que sus explotadores embotados, consecuente con su historia liberal, da el alerta al resto de la provincia y olvidando resentimientos pueriles, ofrece su concurso á todos los hijos de esta región y en particular á los republicanos que honradamente desean la moralidad de los Ayuntamientos, Municipios, etc., y que, consecuentes con sus principios federales, amen la autonomía de los pueblos.

Si los canarios que pueden encauzar y dirigir este partido, trabajan con entusiasmo, no dudamos que dentro un lapso muy corto de tiempo, llegará á reunir en su seno la mayoría de los hijos de esta provincia, porque esta es la idea y el sentimiento tanto de las poblaciones importantes como de los distritos rurales.

Por ahora, solo nos queda recomendar á la comisión que ha de presentar las bases del nuevo partido, que medite bien sobre ellas, á fin de que estén en conexión con la íntima aspiración del pueblo canario.

\* \* \*

**Su constitución se impone.** — Los que, no permaneciendo indiferentes en todo aquello que se relacione con los intereses generales del pueblo, se paren en meditar detenidamente en el estado actual de los partidos políticos locales, no pueden menos que reconocer la necesidad, la imperiosa necesidad de constituir un nuevo partido, formado por elementos sanos, que venga á luchar por la defensa de lo justo, por el bien general, por los intereses de todos, sin consideraciones de ningún género con este ó aquel personaje sea quien sea y venga de donde venga.

Este partido, nuevo, sano, regenerador, que tanto se echa de menos entre nosotros, nadie mejor que los hombres de buena voluntad y amantes de su país, son los llamados á formarlo, ya que entre aquéllos, se nota deseos de lucha, pero de lucha verdadera, justa, puesto que con ella se proponen dar al traste con todo lo malo y corrompido que en el presente corrompe y malea el aire que se esparce por el campo donde los partidos políticos que hoy degradan á nuestro pueblo, se desarrollan y vi-

ven para perjuicio de ese mismo pueblo que los sostiene y que sufre las consecuencias de la desacertada y caduca política que aquéllos defienden y propagan.

A diario, á todas horas, presenciamos ú oímos comentar hechos cometidos por los distintos hombres de que se forman los diferentes bandos que, llamándose esto á aquéllo, manejan la cosa pública; hechos, repetimos, que á más de ser bochornosos para el pueblo que los tolera, siempre ván encaminados á perjudicar los más sagrados intereses comunes, para beneficiar los particulares de tantos séres como hay que se creen que la política es el medro personal, el lucro, la estafa, en fin, para lo que, á los que en aquélla se han mezclado, no les importa desarrollar planes indignos de personas honradas y de corazones generosos y celebrar pactos con sus más encarnizados enemigos en ideas; tal es el estado de corrupción á que los actuales mangoneadores de la política en este sufrido país, han llegado.

Esto, que nadie ignora, que todo el mundo sabe, es lo que se quiere hacer desaparecer, lo que se anhela destruir, lo que se desea ahuyentar de entre nosotros con la constitución del nuevo partido que en breve aparecerá á la vida pública formado de elementos sanos, que desean sanear todo lo que les rodea, que entienden por política lo que verdaderamente esta es: el arte de gobernar bien y dictar leyes salvadoras y justas.

Y esta pese á quien pese, y caiga á quien caiga, que es la política que aquí se proponen implantar los inicia-

dores del nuevo partido, será la que, en día no lejano, imperará entre nosotros, porque es la que se impone y la que nuestro pueblo necesita para entrar de lleno en el camino de la prosperidad y el engrandecimiento, pues no cabe duda, en modo alguno, que el detestable rutinismo á que venimos sometidos, es el factor principalísimo de la inacción en que vegetamos, por no decir de nuestra decadencia intelectual y material.

Nadie, pues, que pensando cuerdamente, sin llevarse de apasionamientos, medite detenidamente sobre lo que será el partido próximo á nacer y la alta misión que el mismo tiene que cumplir en nuestro país, donde el caciquismo todo lo ha invadido y todo tiene bajo su dominio, donde el pueblo, como hace poco dijo una importante y popular revista isleña, aterrizado ante el poder innegable del cacique, quien con sus maquinaciones puede arrebatarle hasta el pan, no ha tenido aún el valor suficiente de lanzar ese miedo fuera de su espíritu, y, reconociendo en éste fuerzas varoniles, apartar á un lado, como cosa hedionda, los mandatos del caciquismo, y ponerse en un todo de parte de quienes, revolucionarios en la revolución que pregona amor y justicia, han tratado en vano de defenderle, por haber ocurrido la vergüenza de no tenerle á su lado.

Los que tal comprendan, quizá con la mayor buena fe, dudarán del éxito de los que han tomado la iniciativa en tan importante asunto como es el de la constitución del partido de que nos venimos ocupando, puesto que en

más de una ocasión, han fracasado en su intento de regenerar á estas islas, muchísimos hombres que, con sus hechos, han demostrado amarlas de corazón y que se interesan por su porvenir.

Pero á los que así piensen, sólo les bastará para convencerse de que están en un error, fijarse un poco en el estado actual de nuestro pueblo canario, que harto de sufrir desengaños y anheloso de que por el poder central se le mire y se le trate como lo merece un pueblo culto y civilizado, apoyará lleno de entusiasmo y decisión á los hombres que en él quieren con el potente partido que en breve quedará constituido, variar el actual denigrante estado de cosas; nacer, en fin, á nueva vida.

\* \* \*

**El gran partido.** — Una vez lanzada la idea del partido Autonomista Canario ya nos es imposible deternos; de todas partes se nos anima, el pueblo nos alienta y exige rapidez en su formación y en todos los pechos canarios ha nacido la esperanza.

Idea es esta que á nadie debe su inspiración sino á la época; el progreso la incubó y por ley natural, como semilla germinativa en tierra abonada, aparece floreciente en los hijos del célebre Archipiélago.

Conquistadas las antiguas Afortunadas antes que la América, diferentes á aquellas colonias desde Méjico á Chile, que rompieron los lazos sagrados con la madre

patria derramando su sangre y olvidándose de los beneficios, las Canarias han sido ejemplo de la fidelidad y soportado con valor estoico los males y desgracias de la Metrópoli para llorar con ella, lo mismo que ha batido palmas en sus tiempos de gloria y de felicidad nacional.

Mas hoy, creyéndose con derecho, fieles dentro de la Constitución, teniendo en cuenta la aspiración de las demás provincias españolas, atendiendo al grado de cultura á que han llegado estas islas, á la distancia que las separa de la Metrópoli, á la época, en fin; no perdiendo de vista la hidra anexionista, que se mueve subterráneamente como todos los reptiles que atacan á traición, en beneficio de la unión nacional, por orgullo de seguir siendo españoles, no teniendo en cuenta las palabras del célebre pensador Pi y Margall de «que no se adquiere la propiedad de los pueblos conquistados ni aun por la prescripción de los siglos», sino, sólo por la moralidad del Archipiélago, el bienestar de sus hijos y el puritanismo de españoles, contribuimos á la formación de este partido que encarna la aspiración del verdadero pueblo.

Dadas las condiciones geográficas que ocupan las Canarias, el vehemente deseo de la arruinada Europa por poseerlas, ya que son la puerta de Africa donde tienen los ojos puestos la mayor parte de las naciones europeas, amplia autonomía, con legislatura propia sería el baluarte contra todas las tendencias anexionistas y el vil egoismo de la Gran Bretaña.

Pero una autonomía verdad, cuyos poderes estén li-

mitados á cuestiones locales. Que los asuntos de política deban incumbir el partido regional, á saber: deuda pública, propiedades del Estado, comercio, contribuciones y empréstitos, servicio postal, servicio militar, pesquería, etc.

Que la Provincia tenga sus cuerpos legislativos particulares y ejecutivos con un Gobernador general á quien auxilia el Consejo ejecutivo ó Gabinete, apoyado por la mayoría de la Asamblea legislativa.

Si el Gobierno de la Metrópoli se inspira sin prejuicios en las tendencias del nuevo partido, si de ejemplo le sirve la historia, para ver claramente las señales de los tiempos, las Canarias, no tienen que temer la planta maldita de un nuevo y extraño invasor, porque cada uno de sus hijos sería un segundo *boer* dispuesto á morir en defensa de la integridad nacional y envuelto en la bandera de España.

Las tendencias de Inglaterra en asimilarnos por medio de su comercio y su industria, serían nulas siendo autonómicas las Afortunadas, porque antes que todo está el orgullo de razas, el idioma, las costumbres, etc.

Nosotros con el pueblo, esperamos con ansia los trabajos de la Comisión que ha de dar á luz las bases del gran partido homogéneo, puesto que esperamos el curso y la unión de insulares y peninsulares que verdaderamente aman á España y sus provincias.

**¡Despertémonos!**— Los que creían que Canarias era un pueblo sin energías, sin fe y sin ideales, se equivocan de medio á medio.

Las Canarias viven y alimentan en los presentes momentos como un cuerpo joven y viril que sacude sus nervios sin embarazo y comienza á moverse libre, con aires de triunfo y acciones de gigante. Muy claro lo demuestra esa multitud de hombres dignos, de espíritus laboriosos que moviéndose dentro del círculo de miseria y desmoralización creado por el poder de los caciques, ofreciéndose de pronto al mangoneo é inversión que en la cosa pública han ejercido entes que no llenan las aspiraciones del pueblo honrado, del pueblo trabajador, surge en estos momentos de la indiferencia mortal en que vivía halagada por una gran idea, por una idea cuya realización cifran todos de gran necesidad, si se quiere que esta región conquiste nobles derechos y el hombre laborioso la convicción entera de que una parte de sus sudores no es malquista en levantar honores ni en satisfacer usuras.

Letargo duro, cruel, prolongado, más que eso todavía, *via-crucis* doloroso ha atravesado este Archipiélago. Sufriendo de lejos imposiciones extrañas de los que todo lo miran bajo el prisma de sus intereses, y de cerca el dominio vergonzante de cuatro ambiciosos desenfrenados, todo hacía preveer una atmósfera vituperable de corrupción y vergüenza, que hoy, al llegar á su colmo, no puede aspirar Tenerife sin oponer su protesta, sin

congregar á los hombres de buena voluntad, á los obreros y á los que no lo son, en la brecha de una causa santa, donde quede sentada para siempre, el verdadero criterio de la región, sus propias aspiraciones.

Sí, la formación de un partido en Canarias, pero de un partido nuevo, virgen, poderoso, con ideales redentores; la aparición de un partido que luche con energía y entusiasmo en todos los asuntos que son del pueblo, del pueblo que suda y trabaja, es cosa que se impone actualmente. ¡No hay más parias, no hay más serviles! urge clamar hoy con un hecho de alta resonancia, ante los poderosos caciques que valiéndose del atraso y la indiferencia de las clases proletarias, sólo como escalón la han mirado para sus fines groseros; sin preocuparse en nada de sus miserias y necesidades.

La hora del ¡alerta! puede decirse que ha llegado para las personas sensatas del país y para los obreros de corazón. Si queremos echar á tierra el vasto edificio de las desmoralizaciones y vergüenzas que nos corroen y merman; si deseamos que el Archipiélago prospere moral y materialmente hablando y que la Administración del pueblo no se arriesgue en manos pecadoras, si aspiramos en fin, los hombres cultos de esta tierra á que jamás se nos ofenda y se nos burle como hasta hoy, es urgente, indispensable que de nuestras voluntades se forme una sola que trabaje por la pronta realización del nuevo partido, de ese partido que ha de luchar por restablecer el orden colectivo y los comunales derechos,

sin descender jamás á las rastrerías de los grupitos actuales, que se ofrecen al dominio del cacique como ramerías impúdicas al mejor postor.

\* \* \*

**La Autonomía se impone.** — ¿Podrá el Gobierno negarnos lógicamente el derecho que nos asiste para declararnos autonómicos?

Sometidas las Canarias en 1512, después del exterminio de aquella noble raza indígena, quizá superior en moralidad á sus conquistadores, habíase echado en olvido que al través de los tiempos pasa indestructible el derecho de los pueblos conquistados y que, del seno del pueblo conquistador, es donde surge el grito reivindicador de la raza anonadada.

Por razones fáciles de comprender ha llegado el despertar de Canarias y con un entusiasmo admirable, dispónense los hijos de esta tierra á dar cabida en sus corazones á la grande idea que formará época en la Historia canaria, adquiriendo con este hecho la dignidad de los pueblos libres, que en nosotros estaba adormecida.

Y es tan razonable y justa nuestra aspiración á la autonomía, que sólo basta una mirada retrospectiva para convcernos que semejante petición sólo obedece á la evolución lógica á que han llegado los ideales de la Libertad y Progreso en las tierras conquistadas en la misma etapa que fué sometido este Archipiélago.

Partiendo de la gran Revolución francesa, penetraron en Venezuela, en folletos, libros y diarios, las ideas de Justicia y Libertad, burlando la vigilancia de la Inquisición y las Aduanas; tras esta propaganda, en 1806, resuélvese Miranda, natural de Caracas, á libertar á su país y acompañado de quinientos voluntarios desembarca en Coro. Este histórico personaje sucumbió en una prisión; mas, las ideas de libertad germinaron y sucediendo Bolívar á Miranda, ya sabemos que aquél independizó y constituyó en Estados libres las Colonias que en 1499 España conquistara. En dichos Estados libres, se encuentran naciones de 2.000,000 de habitantes, así como Costa-Rica solo consta de 150,000 ciudadanos, siendo ésta una de las más prósperas y felices.

Como quiera que todos los tiranos del mundo son impotentes para detener el progreso de los pueblos, el caraqueño Narciso López en 1847 iluminado por el fuego sacro de la libertad, se lanza á Cuba y pagando con su vida en garrote vil la audacia de sus convicciones, planta en aquella Antilla las ideas que Miranda importó de la Revolución francesa.

Desde aquella fecha el pueblo cubano vivió en incesante lucha por sus derechos.

¿Qué hizo mientras tanto Inglaterra, al ver las desgracias que sucedían a España con sus posesiones?

Adaptándose á la época, consecuente con el progreso, temiendo el contagio de la fiebre de emancipación de entonces, arguyendo que por el fin de acostumar á sus

colonos al gobierno, y al mando de sus respectivas regiones para darles más tarde libertad, les concedió una amplia autonomía, dando por resultado que dichas regiones se encuentran tan satisfechas de la madre patria, que hoy rechazan indignadas toda idea de emancipación teniendo á orgullo seguirse llamando ingleses autonómicos y creyéndose tan patriotas como los nacidos en el mismo Londres.

Nadie duda hoy, aún dentro de España, que los errores continuos de los Gobiernos, han sido la causa de los sucesivos desastres de esta gran nación; todo el mundo sabe que si en tiempo oportuno hubiesen dado una autonomía á la América conquistada, aquellas importantes regiones siguieran españolas y tal vez otra suerte les cupiera á ellas y á la madre patria.

Así, pues, apoyados en estas razones, teniendo en cuenta la distancia que nos separa de la Península Ibérica, el amor á la libertad que nos ha inoculado la vecina América; ya que nuestra juventud, tanto industrial como rural, casi en su totalidad, ha aspirado el ambiente de aquellos libres lugares; el grado de cultura á que hemos llegado; la participación que han tenido los canarios en las luchas por la libertad, etc.; los quinientos años que llevamos de dominación en silencio habiendo merecido el epíteto de fieles, nos hace concebir la esperanza de que el Gobierno se inspire en nuestro favor, convencido del auge que toman las ideas patrióticas, en pueblos que despiertan por primera vez, con deseos de emancipación

y bienestar para la patria que los vió nacer y los cobija.

El pueblo canario que antaño conoció libre volverá á serlo, pero mediante la autonomía que la Metrópoli, indudablemente, concederá cuando lo crea oportuno é irremediable.

Tal es nuestra aspiración por dignidad, por el bienestar de nuestros compatriotas, por el cariño y agradecimiento á España y por el inmenso amor que sentimos hacia nuestras queridas peñas.



**Querer es poder.** — La constitución definitiva del nuevo partido político-social canario, pronto será un hecho, á pesar de los pesimismos y augurios de los que poco meditan sobre la situación actual, el grado de cultura, el ansia de libertad, la sed de justicia, el deseo de introducirse de lleno por la senda del progreso, en fin, del pueblo isleño, que harto de sufrir vejaciones y de que se le usurpen sus derechos, se apresta á la lucha, á la justa y santa lucha de su emancipación, la cual la traerá la implantación de la completa autonomía, el establecimiento de la verdadera descentralización política y administrativa.

Sí; pese á quien pese, el nuevo partido, cuyas bases se darán á conocer en breve al pueblo, surgirá bien pronto á la vida pública, con lo que Canarias, las islas

hermosas y codiciadas por extranjera ambición, que en un tiempo se llamaron Afortunadas, al arrancar de su suelo la maldita y mortífera planta del caciquismo, cuya semilla tanto ha germinado en nuestro suelo, quien es la culpable de tanta desmoralización en la administración y en la justicia, ganarán muchísimo y progresarán bastante; encontrarán, en una palabra, expedito el camino que las ha de conducir hacia el engrandecimiento, fuente inagotable de bienestar y tranquilidad.

Por esto, que es lo que el pueblo quiere, es por lo que vendrá á luchar, con energía y tesón, el nuevo partido, esa compacta y potente organización política que, formada de elementos sanos del pueblo, sin distinción de clases, formará época en la Historia canaria y será de bastante resonancia en las esferas del poder central, puesto que ella viene á la vida pública impulsada por ideales nuevos, redentores, causa por la cual, muchos descreídos y faltos de valor, dudan del feliz éxito de ella, fundándose en cosas que sucedieron aquí en otro tiempo, pero que ya, cuando el pueblo piensa cuerdamente, no pueden volver á suscitarse, porque ese mismo pueblo que antes, ciego, las apoyaba, hoy reaccionando venturosamente, se opondrá á ello.

Y la voluntad del pueblo es soberana, y cuando ella se impone, triunfa irremisiblemente, opóngase quien se oponga y combátase con lo que se combata.



**¡Viva la Autonomía!** — Esta es la aspiración de nuestro pueblo.

¡Viva el partido popular! repiten los trabajadores tinerfeños.

Ya era tiempo que nos eleváramos á la altura que recomienda la dignidad y el honor de los pueblos conquistados que aun no han llegado á la decadencia y degeneración que trata de invadirnos.

El pueblo mismo, sin profetas, ni instigadores ni árbitros, estudia la situación del Archipiélago, ve los ejemplos históricos del ayer, la amenaza inminente del mañana y enérgico y viril, como pueblo sano, grita en asamblea pública: queremos un partido nuevo, exento de corrupción y lunares, sin mistificaciones ni amalgamas. Queremos un partido nuevo, digno de la honradez que caracteriza al verdadero pueblo y en conexión con la época y la historia de nuestra pequeña y rica patria.

Queremos la Autonomía, dijo, pero una autonomía amplia que nos devuelva la dignidad que el caciquismo nos roba; formemos un partido con estas tendencias, que nos salve de los escombros que nos amenazan ó de la inminente é ignominiosa degradación que nos espera como á nuestros hermanos de Carolinas y Marianas.

En este partido siguió diciendo el pueblo, caben todos los hombres honrados que conocen las señales de los tiempos, háyanse llamado monárquicos, republicanos ó liberales, ya que nuestra aspiración sólo tiende á salvar la patria y á salvarnos.

El deseo constante de los genios políticos han sido encontrar un pueblo preparados para nuevos ideales; el nuestro, lo está. ¿Faltarán los hombres audaces que requieren estas cosas?...

Si no acuden á nosotros los intelectuales, nos serviría de prueba que son elementos corrompidos é incapaces de entender y posesionarse de nuestra justa aspiración.

Entonces nos convenceríamos: la corrupción y la mollicie empezó por ellos.

Salvémonos de las desgracias que se avecinan y salvémonos de éstos, que inteligentes son timoratos y no sirven para dirigir pueblos nuevos, enérgicos y viriles.

Hermanos de Gran-Canaria, de la Palma, de Fuerteventura, Lanzarote, Gomera y Hierro; hermanos expatriados, oid la voz del pueblo que sin consultarse, por intuición, por esa inspiración secreta que lleva la época á los pueblos de la tierra, ha gritado: ¡Viva la Autonomía!

No nos distanciemos ni un ápice, por que nos maldice el mundo, como maldecidos siguen aquellos que gritaron ¡Vivan las caenas!

Las grandes ideas tienen sus grandes hombres; si aun no los conocemos, no nos importe, ellos vendrán infaliblemente.

Apenas imaginábamos el partido, ya era conocido en todo el Archipiélago; todavía no estaba formado, y ya la prensa europea amenaza al Gobierno, mostrando las

razones que nos asisten y aconsejando que se nos otorgue dicha reforma.

Hombres que no estáis corrompidos, si amáis de veras estos *Campos Eliseos*, gritad con nosotros ¡Viva la Autonomía! Y esta hará feliz á nuestra patria.

¡Canarios todos, si viérais el entusiasmo y amor que reinó en nuestra asamblea por este ideal redentor, comprenderíais que nuestro Archipiélago no está envilecido!

Lancemos un manifiesto y, ¡viva la Autonomía!

Así pensó y dijo el pueblo que estaba en la asamblea.

\* \* \*

**Discurso de Secundino Delgado.**— Amigos: Estoy entre vosotros contemplando esta magna asamblea de los hombres del trabajo y tengo que hacer un esfuerzo para evitar que las lágrimas no corran por mis mejillas.

Porque, señores, presenciar este pueblo de mi patria, carne de mi carne, decidido á expulsar á los mercachifles interesados en retenernos en la ignorancia más vergonsoza y dispuesto á llevar al Ayuntamiento representantes natos, que conozcan por experiencia nuestros constantes ayes, nuestra indigencia y el negro porvenir

que espera á nuestros hijos, es tan transcendental, señores, que no sólo decidirá de nuestra vejaminosa situación, sino que transformará el actual estado de cosas, moralizando el Archipiélago, instruyendo nuestro pueblo y dando el ejemplo al resto de las provincias, como un pueblo digno, descepcionado de los políticos de oficio, pero no escéptico, se indigna, se yergue como ágil atleta, arroja de su seno á los traidores y farsantes y avanza decidido á los comicios para salvarse y salvar á la patria antes que lo invada todo, la corriente de esa cloaca donde se cobijan, cual asquerosos gusanos, esos hombres que aun hoy figuran en la casa del pueblo.

¿Sois vosotros, señores, los que formáis el Partido Popular?

¿Sois vosotros los que vais decididos á extrangular esa culebra que con veneno corrosivo, inocular nuestra sangre?

Sí, sois; sí; y es tan grande vuestra obra que los siglos venideros recordarán vuestra decidida actitud y las generaciones futuras recordarán vuestros nombres, como el infeliz esclavo no olvida el semblante del herbero que corta sus grillos y le empuja á la libertad.

Arguyen nuestros enemigos que no tenemos hombres capaces que nos representen en el Ayuntamiento. Quien tal diga, miente.

No tendremos en verdad monos de levita cuya habilidad consiste en su destreza de mano, ni loros y papagayos que halagen nuestros oídos para que los monos

roben; pero en cambio tendremos hombres de reputación probada, que no se avergüencen de la blusa y que con una sola señal de indignación, confunden y avergüencen á los que allí vayan con la intención de robar lo que al pueblo le pertenece.

Sí; hombres del Partido Popular, vosotros sois los hombres del porvenir, será tan grande la obra, que nosotros mismos estamos imposibilitados para comprender donde llegará su trascendencia.

Esos politiquillos que pululan por ahí buscando empleo para sacar el mendrugo, sólo ven en nosotros un partido, y nada más.

¡Ah! ¡Como desconocen el despertar de los pueblos!

Los canarios hemos vivido desde los tiempos primeros, sin ideales que nos hayan apasionado; desde la conquista hasta hoy, si hemos tomado parte en la política del caciquismo, ha sido sin fe; nuestra lucha ha sido por *nombres propios*.

Pero, he aquí que de repente, fulmina un ideal y, como reguero de pólvora, trasmítase la mente de los hijos del pueblo y en cuatro días fórmase una falange tal, que quedan casi anulados los demás partidos, como cadáveres sin vida, en espera de la fosa donde serán sepultados.

¡Adelante, hermanos nuestros!

Ni un solo hombre del pueblo debe detenerse ni dudar en esta lucha.

Quien tal hiciera ¿dónde iría á ocultar su vergüenza?

La maldición de la historia caería sobre él como yo maldigo desde el fondo de mi alma al traidor Añaterve, indigno mensey de Güimar.

Pero..... ¿qué digo?..... El pueblo de mi patria, no dió sino aquel traidor. Yo respondo de ello.

Señores, en esta lucha no se vá á jugar solamente la dignidad del pueblo, en ella está empeñada, nuestras más parentorias necesidades, el porvenir y la instrucción de nuestros hijos y la salvación de nuestra patria que tanto idolatramos todos.

Cada uno de vosotros debe revolverse y multiplicarse, como se revolvieron y multiplicaron los célebres gladiadores que capitaneaba el inmortal Espartaco.

Esta misma noche, fórmense comisiones activas, que registren los distritos, y decididas, sin la menor duda en la mente, marchemos como los soldados de Napoleón, al triunfo, completamente al triunfo.

Yo, señores, que he visitado algunas naciones, he advertido la creencia, en los extranjeros, que nuestro pueblo es: frío, escéptico, negligente.

¡Cuánto error! Nuestra raza es fogosa, de viva imaginación y entereza á toda prueba, por la tierra que nos alimenta y cobija, por la sangre guanche que llevamos en las venas y por el sol africano que amorosamente nos calienta.

¡Cerca de cinco siglos hemos dormido en el lecho de Procusto!

¡Ya era tiempo que despertáramos!

La campaña que el día 10 nos espera será la primera derrota del enemigo.

¿Hay aquí dentro un hombre débil, que dude de nuestro triunfo?

¡Salga en buen hora, por que esa duda nos avergüenza!

¡Juremos ir al triunfo, y el triunfo es nuestro.

## Nota núm. 4

**Llegó el momento.**—Ahí los tenéis, pueblo de Santa Cruz, los hombres intachables que decidisteis llevar al Ayuntamiento para que, allí en la casa del pueblo, reclamen lo que nos pertenece y con la energía que requieren estos casos, obliguen á los demás á que la ley se cumpla ó protesten con entereza cuando ésta se viola como ha venido sucediendo.

Estos ocho hombres, olvidados en sus casas y sólo entrenidos en sus faenas diarias, jamás se habían ocupado en la vergonzante política que hasta ayer actuaba. Pero el pueblo, que juzga en el silencio y compara los hombres y las cosas, así que se desembarazó decidido de los farsantes que le han engañado desde largo tiempo, supo encontrarlos en el honrado hogar, para conferirles con toda confianza el porvenir del pueblo y de la patria chica.

Pueblo trabajador, tu eres el verdadero pueblo; tu serás el que llevas la gloria ante el mundo, si cumpliendo con tu deber, impones con la fuerza numérica estos candidatos á quienes honramos para que ellos nos honren.

Ellos son la representación genuina del pueblo; ellos son de probidad reconocida; ellos no se han manchado jamás en ningún bando político.

Si los sacamos adelante, el porvenir de nuestra clase está asegurado; es decir, la instrucción de nuestros hijos garantida, el hogar y el pan de nuestros ancianos decrepitos ó inútiles será una realidad, y el respeto que la clase obrera merece, tendrán que reconocerlo nuestros eternos enemigos.

Pero, si por desgracia, los políticos de oficio, aquellos que siempre nos despreciaron, los que en todo tiempo escatimaron el sudor al pobre, los que prostituyen la infeliz obrera, nuestro enemigo común, en fin, llega á convenceros, ya atemorizándoos con negaros el trabajo, ya con vanas promesas que olvidarán mañana ó halagando vuestros oídos con hueros nombres de *partido histórico*, y volveis la espalda á estos hombres, contad con el desprecio de los espíritus que piensan y de los individuos que aman por altruista condición, á todos los pueblos de la tierra.

Si en esta vez, que el pueblo de Santa Cruz se ha colocado á tal altura, llegara á fracasar, por traición de los trabajadores mismos, las demás provincias que esperan nuestro triunfo, para imitarnos, nos despreciarían como debe hacerse, porque confirmaríamos con nuestro acto, que somos un pueblo de cretinos.

Pero no; esto es imposible. La asamblea que presentamos el 6 del corriente, la actitud enérgica de los que

á ella asistieron, la decisión de ancianos venerables, como el entusiasmo viril de los adolescentes, bien nos prueban que no somos cretinos ni estamos degenerados.

El pueblo de Santa Cruz juró ir solo á la lucha electoral con candidatos propios y á ella va.

El día de las elecciones, cuando los trabajadores que se unieron el día 1.º de Mayo se encuentren de nuevo, á pesar de las coacciones, todos volverán á unirse y entonces jurarán triunfar para que sea una realidad el triunfo.

¡Trabajadores todos, el triunfo debe ser nuestro!

¿Quiénes serán los hombres del pueblo que se atraviesen en el camino?

Quisiéramos decir que ninguno...

Veremos.



**Elecciones.** — Ya era tiempo. Al fin el pueblo ha despertado de aquel desconsolador, profundo letargo en que se hallaba sumido; al fin ha sacudido aquel sueño vergonzoso, á cuyo reparo eran pisoteados sus derechos miserablemente; al fin ha salido de su marasmo, de aquel extremo enflaquecimiento de espíritu que le embargara para mostrársenos en toda la esplendidez de sus grandes virilidades, recoger el guante que el caciquismo y la burguesía le habían arrojado artera y traidoramente, y

presentarse, noble luchador, á defender sus fueros, llevando por bandera la bandera de la justicia, de la equidad y del derecho.

Los espíritus mezquinos, esos espíritus que en si solo albergan en repugnante maridaje la codicia, la hipocritud y la cobardía; los espíritus raquíticos, esos espíritus alevosos que se amparan de las sombras para desde ellas conseguir su agosto; los espíritus entecos, esos espíritus enflaquecidos por la avaricia, sordos á todo noble sentimiento, insensatos, como buenos déspotas, deben cierta y seguramente que temblar.

«Arrancarás los dientes al dragón y dominarás á los leones», ha dicho el Señor.

Bonaparte solo cayó cuando los pueblos se le levantaron.

¡Ay de cuando este Lázaro despierta!

\* \* \*

**Elecciones.**— Ya era tiempo.

Las lides electorales, sólo significaban la lucha entre una ambición y otra ambición; la guerra entre dos ó más potestades que ansiaban la victoria, para hacer de esta «blanda cama donde revolcarse á su sabor; la contienda entre dos ó más caciquillos que se disputaban el mango-neo de la cosa pública, con el mismo afán que perros hambrientos se disputan una tajada de carne.

El pueblo, el dócil pueblo, el pueblo pacientísimo y sumiso, servía inconscientemente de principalísimo instrumento en los planes de aquellos altaneros argirócratas, lobos sedientos de más presa; y el pobre pueblo sufría las tremendas consecuencias de sus esfuerzos y servicios, que el pobre pueblo, una vez que en sus brazos levantaba á alguno de aquellos Lúculos, se veía por éste olvidado, despreciado, cuando no se veía escarnecido, sintiendo su planta miserable pesando en sus hombros, planta que era como tremenda losa que aplastaba sus derechos, sus fueros, su dignidad...

Pero ya el pueblo, como hemos dicho, ha despertado; y conocedor «de donde se forjan las cadenas, que le detienen por su mal en la senda de su perfección», se apresta á la lucha, y allá irá, con todas sus energías, á defenderse de sus iníquos adversarios, á nombrar de entre su mismo seno á quienes lo representen, y á recavar así el imperio de lo que por justicia, derecho y ley le corresponde, volviendo por su dignidad y su decoro.

Y su triunfo, si avanza, es seguro.

No olvide que, como dijera un eminente repúblico: «El pueblo mandó un día en la Convención que la victoria le obedeciera, y le obedeció la victoria».

\*\*\*

**A las elecciones, pues.**

Marchemos todos unidos, puesto que uno mismo debenser nuestros deseos.

Y contestemos con una carcajada de desprecio, por contestación, á los extraños que se nos vengan á brindar por defensores, y á los que, como viles mujeriegas, imploren nuestro apoyo con suspiros y lágrimas.

Ya debemos estar bien escarmentados.

Ya debemos demostrar que á sí propios nos bastamos pues si bien la cuna del pueblo es humilde, el pueblo es grande, tan grande como que miles de grandezas «han caído á sus pies trémulas de espanto, pidiéndole un ósculo de paz».

¡Adelante!....

¡Adelante!....

\* \* \*

**El pueblo en batalla.**—Por primera vez en la vida, el pueblo de Santa Cruz se inició en la lucha electoral, sin amaños ni componendas con ninguno de los partidos políticos existentes, á los cuales cree maleados y de lo que ha salido en esta borrasca completamente vencido.

El Partido Popular juró ir solo á los comicios, decidido á la derrota ó al triunfo y solo, mal que les pese á malandrines y follones, solo se le contempló en todos

los colegios y solo se retiró con su derrota ó su triunfo.

Ahora bien; ¿fué una derrota para el Partido Popular, formado en quince días, haber sacado, contra viento y marea, en lucha abierta con hombres cínicos y envilecidos, un solo concejal?

¿Fué una derrota la de un pueblo que sólo tiene por riqueza su pobreza y lealtad, su ignorancia en política y la coacción infame de esta ambiciosa burguesía, quién amenazó con sitiar por hambre á los hijos de esta tierra si no vendían á aquélla su conciencia?

¿Fué una derrota la del Partido Popular, quién, sin interventores, se abalanza á la lucha para probar á sus ínicos enemigos que no es éste un pueblo voluble é inconsciente, despreciando los ofrecimientos del partido liberal, el cual ofreció luchar junto á la mitad de concejales?

¿Fué una derrota del Partido Popular, aun cuando haya sacado un solo concejal, haber despreciado los ofrecimientos del partido conservador, quién después de ofrecerle 50,000 pesetas, le garantizó por segunda vez, si se unían á él, seis concejales en el Ayuntamiento?

¿Fué una derrota para el Partido Popular, el no haber tomado en cuenta el ofrecimiento del partido republicano que nos ofreció votar, junto con éste nuestros candidatos, aun cuando hayamos sacado un solo concejal?

Bien podéis creer, hombres de mala fe y políticos vengleros, lo que vuestros raquísticos cerebros os digan:

El Partido Popular, que habéis contemplado el día 10 de los corrientes; este Partido, compuesto de la clase honrada que dignifica á la patria; este Partido, cuyos afiliados víssteis en camiseta unos, en blusa otros y de encallecidas manos todos; este Partido sólo quiso probaros, sin echar en olvido vuestras infamias en colegios, vuestro robo de votos, vuestros cántaros y tarugos y la vara autoritaria, que ya había despertado y que en lo sucesivo estáis muertos para contrarrestarlo jamás.

Bien sabemos que la pasión os ciega y no os rendiréis á la evidencia; mas, no nos importa. Seguid creyendo que sois los amos; pensad para lo porvenir nuevas tramas y vilezas; seguid soñando, si os place, pero oidnos.

El pueblo, sin preparación, sin ideales, en el local de la *Asociación Obrera de Canarias*, en la noche del 22 de Octubre, sólo por dignidad, mostrando el resentimiento vivo de todos los políticos de oficio, se divorció de ellos y como prueba digna de imitación, acordó transformarse en entidad é interesarse en los destinos de esta patria, que *entes y prohombres* tienen sumida en la desgracia más vergonzosa.

No obstante el escaso tiempo para trabajar las elecciones y lo mucho que trabajaron los demás partidos; no obstante el estado bochornoso para esta Diputación en que se encuentran las listas electorales, ya que raro es el individuo que se halla conforme á la persona auténtica; no obstante todo esto, el haber sido aquéllas de años anteriores, lo cual nos restó un contingente creci-

dísimo; no obstante la cobarde unión de los tres partidos desacreditados, para, por todos los medios, ahogarnos, bien puede darse á conocer, por la animación y el número de hombres decididos, lo que será el Partido Popular en tiempos venideros.

Sólo contando los individuos legales que fueron rechazados sistemáticamente, ó mejor dicho, depravadamente, en los colegios, el número que fué mistificado por todos los partidos que, con maquiavélica intención, pusieron un trabajador de candidato, embaucando al pueblo con que estos trabajadores pertenecían al Partido Popular y el gran contingente además que no está inscripto en las listas electorales, hubieran sido suficientes fuerzas para copar todos los colegios de Santa Cruz.

Sin embargo, podemos afirmarlo: con un solo concejal hubiéramos triunfado; pero no, hemos sacado más de uno. Los dos obreros que el moribundo partido republicano llevará al Ayuntamiento, nos pertenecen, porque, como obreros, fueron votados por el Partido Popular, merced al engaño y sutilezas de los que viven de la farsa.

Los dos candidatos que llevamos al colegio del Tocal... ¿á qué hablar de este robo que mancha la patria?

Estamos conformes: vimos la actitud del pueblo; conocemos su empuje; sabemos nuestras fuerzas; un nuevo ideal nos servirá de coraza; nos queda el tiempo suficiente para prepararnos.

Tenemos la firmeza del venidero triunfo; el pueblo

conoce la villanía de las elecciones pasadas, y esto nos basta.

Vosotros triunfasteis, como el miserable Rosas.

Nosotros triunfamos como triunfará Krüger.

¡Os despreciamos!

\* \*  
\* \*

**¿Qué hemos hecho?**— Sí, ¿qué hemos hecho en beneficio de esta patria encantadora, cuyos hijos están obligados á amarla por sus excelentes condiciones de madre, por su orgullosa historia y hasta por los héroes que guarda como reliquia, para prueba ó enseñanza de patriotismo, en sus entrañas?

**¿Qué hemos hecho?**... Olvidar nuestro deber, llamarnos lo que no somos, decir lo que no sentimos, y, cobardemente, jactarnos de amar á quien no amamos.

**¿Será posible que la coacción, el atraso, el maquiavelismo de seres exóticos, sostengan por más tiempo la venda que cubre los ojos del pueblo canario?**

**¿Será posible que en el siglo xx, ni las grandes revoluciones, ni la historia, ni el ejemplo, despierten á los hijos de este africano Archipiélago?**

**¿Cómo es que seguimos olvidados del veredicto universal, teniendo á orgullo, no obstante, el mar que nos circunda, olvidar á nuestra cuna para llamarnos hijos**

de otro ambiente y afirmar que fuimos mecidos en cunas que no hemos visto?

¿Cuál ha sido el proceder de los hijos de los conquistadores que en la misma época que á esta bella tierra, sometieron á otros pueblos?

Aunque lo pasamos por alto, todos lo sabemos. La lógica en boca de Pí y Margall, lo ha dicho: «No se adquiere la propiedad de los pueblos conquistados, ni aun con la prescripción de los siglos.»

¡Hermosa vitalidad de la Justicia! Al través de los tiempos pasa indestructible el derecho de los pueblos conquistados y es del seno del pueblo conquistador de donde surge el grito que ha de reivindicar á la raza anonadada.

Hoy, que pueblos como Cataluña, Vascongadas, etc., se levantan decididos y amparados en la época, la ciencia y el progreso, reclamando su autonomía legal y lógica, no obstante ser provincias que forman una *porción* del territorio español, ¿qué haremos los canarios, bañados por diferente mar, con diferentes costumbres, de ligada raza, por no decir diferente, y siendo este Archipiélago no sólo conquistado, ni ser *porción*, sino *posesión* española?

Si esto hablamos, si á la autonomía de Canarias aspiramos, no se nos eche la culpa; culpád á la Historia y al Progreso; culpád á las infalibles leyes de Natura.

Tenemos la íntima convicción que todo canario, den-

tro y fuera de la patria, siente en este sentido, cuando menos, como sentimos nosotros.

De nuestro tardío despertar, del atraso en que los Gobiernos han tenido sumidos á los hijos de esta tierra, como efecto consiguiente, el caciquismo más vergonzoso se levantó, cual hidra de cien cabezas, para devorar conciencias, envenenar espíritus, aherrojar hombres libres y expatriar dignos canarios.

\* \* \*

En Cataluña, únicas, podemos afirmarlo, provincias que honran por su industria, por sus conocimientos, por la facilidad de asimilación para los ideales modernos que á ellas llegaban importados de otros países, se despertó una lucha económico-social, que no obstante el rigor de los tiranos, sembró la semilla en toda la nación.

¿Cuál fué el proceder del Gobierno central para con ellas? En lugar de ponerse á la altura de la época para estudiar las causas de semejante filosófica propaganda, como han hecho Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Francia, etc., no teniendo en cuenta á los responsables, si responsables son hombres, ó, mejor dicho, lumbreras como Eliseo Reclus, Zola, Ibsen, Tolstoy, Marx Nordau, Jons Most, Juan Grave, Bacounine, Kropotkin y tantos otros, quienes han llevado al cerebro de los pueblos

tan oportunas ideas, el Gobierno central, repetimos, cometió el inquisitorial, el monstruoso hecho de Montjuich, cuyos detalles nos espeluznan y no queremos relatar, porque, ni aun los siglos venideros podrán borrar la mancha que lleva la nación que semejantes hechos cometiera, ni olvidarán los hombres venideros el nombre de los-hombres monstruos que en el siglo xx imitaron á los infames Torquemadas.

Ante tales procederes del Gobierno central, teniendo en cuenta la válvula que significa el Gobierno de España, para aquellas provincias, dignas de mejor suerte, ¿cuál fué su metamórfosis? ¿La separación ó la autonomía?

Era de esperar. Una nación que se estaciona y lleva por lema en el siglo xx retener á sus pueblos con dos siglos de retraso, estos descepcionados maldicen á sus directores y buscan la separación; es decir, el sálvese el que pueda de la inminente catástrofe.

He ahí el por que, con beneplácito nuestro, Cataluña, autonómica ó separatista, tiene nuestras simpatías. Sus hijos son dignos hermanos nuestros.

\* \* \*

¿Qué pasó en Canarias? Como ya hemos dicho, olvidándonos de nuestro deber seguíamos, cual mulo, pisando los talones de su arriero, olvidados de las heridas de la espuela y del látigo del domador.

Pero el Progreso, como ley infalible trajo hombres, nativos canarios, de extrañas regiones con ideales de la

época. Estos hombres hablaron, estos hombres escribieron, estos hombres dieron á conocer á este pueblo virgen los ideales redentores, y el pueblo agitado, como si hubiera tenido en sus manos un tubo de máquina eléctrica, nerviosamente gritó, unióse como un sólo hombre y de una rápida mirada contempló su letargo, admiró su despertar, vió su porvenir y dispúsose á cumplir con su deber.

Los hombres que despertaron á este pueblo, fueron y serán condenados; mas ¿qué importa? El pueblo vivirá y eso nos basta.

Los exabruptos de una nación decrepita han dado el alerta á los hombres que pertenecen á una raza no gastada.

Las causas que han hecho al pueblo de Cataluña autonomista, son las mismas que harán á este nuestro pueblo cumplir con un sacro deber que habíamos olvidado.

Si los héroes guanches que reposan en el seno de nuestra madre común les fuera dable conocernos y apreciar nuestra actitud aunque tardía, se levantarían de sus tumbas para besarnos en la frente.

Cúmplase la ley inviolable del Progreso. Quinientos años há, un héroe gritó: ¡Vacaguaré!, y á los quinientos años surge un periódico con el mismo grito.

¡Loor á los héroes!

¡Loor á los mártires!

**Insistiendo.** — En nuestro número anterior y en el artículo « ¿Qué hemos hecho? », entre otras cosas decíamos: que, desde la conquista hasta nuestros días, no habíamos llevado á cabo otra cosa sino *olvidar nuestro deber, llamarnos lo que no somos, decir lo que no sentimos, y, cobardemente, jactarnos de amar á quien no amamos, y* sin embargo de hacerlo así, sin rodeos, con franqueza, manifestado, volvemos hoy á insistir sobre lo mismo; á afirmar una vez más lo que ya hemos firmado, porque, amantes de la verdad, odiamos la hipocresía.

¿Qué ha hecho hasta hoy el pueblo canario que, olvidado de un sagrado deber, ha seguido ciegamente á sus malos y funestos directores, los caciques, en sus infames gestiones?

Pues, digámoslo claro: no ha hecho otra cosa sino demostrar que se ha olvidado de reclamar una libertad que le corresponde; llamarse español, no siéndolo; decir que su patria es España, no sintiendo como no siente, tal cosa, y, cobardemente, jactarse de amar á esa misma nación, cuando de lo que ha dado patentes pruebas es de que, si no la odia, le es indiferente.

Sí, eso es lo que ha hecho el pueblo canario desde la conquista acá, como podemos demostrarlo perfectamente, mal que les pese á los culpables de que esto haya sucedido; y aunque, para nosotros, sea peligroso hacerlo comprender así á los que se obstinan, por falta de valor, en creer lo contrario.

\* Un pueblo que como el nuestro, se halla separado

por el mar, que tiene otras costumbres, y que *su modo especial de ser* es en un todo diferente al de la Metrópoli, y no obstante esto, no ha reclamado nunca una forma de gobierno propia que le de libertad y bienestar, falta á su deber, puesto que no se ha adaptado á sus necesidades.

Un pueblo que, como el de Canarias, está formado de hijos de las diferentes naciones de que está compuesto el mundo, y que á aquél han arribado á emplear sus capitales los unos, y á disfrutar de las delicias de su incomparable clima los otros, no es genuinamente español, aunque el Gobierno de España sea quien lo gobierne, ni aunque por las leyes españolas se rija.

Un pueblo que como el de estas islas en su mayoría desconoce, por no haber estado nunca en ella, á la Península Ibérica, no puede con cariño reconocer á España, nación que en dicha península se halla enclavada, como su patria.

Un pueblo que como el de las antiguas Afortunadas, ve que se le desconoce por completo por los hombres del Gobierno español y que á diario es insultado por la prensa española, no puede amar á España cual debe amarla, como lo ha demostrado parte de la prensa de estas islas cuando, ofuscada, da cuenta ó se lamenta de lo desatendidas que están por la nación que las conquistó y las sometió desde cuatro siglos há.

Esto que decimos, que Canarias no es genuinamente española, que no puede reconocer á España, geográficamente hablando, como su patria, y que á dicha nación

no le ama ciegamente, debe tenerlo en cuenta el Gobierno central, hoy que en estas islas se ha constituido un partido cuya misión principal es recabar para este archipiélago la autonomía, á fin de que estas peñas, tan codiciadas por otras naciones, puedan seguir, aunque autónómicamente, perteneciendo á la nación que las conquistó é importó en ellas la civilización y el progreso.

Los canarios de corazón, los que tenemos á orgullo llevar en nuestras venas sangre española, mezclada con la de nuestros antepasados, los nobles y valientes guanches, así lo deseamos y esperamos que de nuestra parte se pongan los peninsulares que, amando la libertad de los pueblos, no desconozcan las señales de los tiempos, porque los que queremos la autonomía para Canarias, anhelamos al mismo tiempo seguir reconociendo á España como nación protectora, como madre cariñosa contra la que no debemos permitir que nazcan en nuestros pechos odios y rencores que ocasionarían disgustos y darían lugar á derramamientos de sangre, cual puede motivarlo la política que aquí, á causa del centralismo, llevan á la práctica hombres depravados que nos oprimen y tiranizan sólo por servir al cacique.

Porque, ¿qué puede hacer un pueblo que ve que en su suelo se cometan con frecuencia injusticias y atropellos con muchos de sus dignos hijos, y ve que la ley no se cumple con los infractores de ella? No puede hacer otra cosa, como es natural, que buscar el sitio de donde proviene el mal; lo encuentra, ve que la causa de todo es

el centralismo, y entonces decidido, quiere deshacerse de él. ¿Debe negársele, al pueblo que tal hace, la razón que para ello le asiste?

No, porque además de ser un crimen, es sembrar la zizaña entre el pueblo conquistador y el conquistado, lo que ¡quién sabe á lo que daría lugar!

Y entonces ¡ay, de los responsables! La maldición, no sólo del pueblo canario, que quiere su autonomía sino la de los demás del mundo entero, caería sobre ellos: sobre los hombres que se empeñan en detener en su vertiginosa carrera al carro triunfal del progreso, que veloz corre, dejando en los pueblos destellos de luz y civilización.

Porque téngase que los canarios, despertando del letargo en que vergonzosamente han estado sumidos, después de habérseles caído la venda que no les ha dejado ver la realidad, conociendo su verdadera situación con fe y entusiasmo se proponen luchar por su libertad, progreso y bienestar, cosas que sólo conseguirán cuando su patria disfrute de la completa descentralización administrativa y política: de la autonomía en fin.

Y cuando los pueblos despiertan, y pensando en el porvenir quieren dirigirse hacia nueva vida porque se avergüenzan de su inactividad, cual le sucede á Canarias, ni con sangre, ni con infames coacciones, se logrará hacerles retroceder, pues esto es tan difícil—la experiencia así lo ha demostrado—como conseguir que el sol no alumbre ni que el mar no se mueva.

## Nota núm. 5

El Sr. Castro Casaléiz: Sres. Diputados: deseo dirigir varias preguntas al Gobierno de S. M. acerca de una noticia que, de ser exacta, revestiría gran importancia y entrañaría mucha gravedad. Por esta razón no me atrevo á aplazarla hasta que pueda venir á la Cámara el Sr. Ministro de la Gobernación, y me permito rogar á la Mesa que oportunamente le transmita las preguntas y el ruego que voy á formular.

No se trata de un asunto de interés particular ó local, sino de una cuestión grave, tanto para el régimen político interior, como por la consecuencia de carácter internacional que pueda acarrear. En un diario de Madrid, *El Universo*, apareció ayer mañana la noticia de que en Tenerife se está publicando un periódico que, bajo la capa ó á pretexto de difundir las teorías autonomistas, que ya sabemos lo que realmente quiere significar esto, es, francamente, un órgano de propaganda separatista. Este periódico se llama *El Vacaguarté*. (*El Sr. Marqués de Casa-La iglesia pide la palabra*). El Director de ese periódico parece que, á consecuencia de una causa que tenía pendiente en Cuba, ha sido reducido á

prisión; pero en el acto, el Cónsul de los Estados Unidos ha dirigido una reclamación á nuestras Autoridades diciendo que este individuo, aunque nacido en Canarias y residente en Tenerife, es ciudadano norteamericano.

Supongo, aunque no lo sé, que la noticia á que me refiero es exacta, y por eso ruego al Sr. Ministro de la Gobernación que tome las medidas necesarias para saber hasta qué punto es todo ello cierto, y para el caso de que lo sea, pregunto yo también: primero. ¿Cómo ha consentido el Gobernador de Canarias que un ciudadano extranjero publique un periódico político del país? Segundo. Si verdaderamente es extranjero, al mezclarse en la política nacional, como parece que se ha mezclado, ¿por qué no se dispuso su inmediata expulsión del territorio español? Y tercero. Si es también cierto que este individuo está encausado con motivo de un delito común, ¿para qué tienen que intervenir los representantes del Gobierno de los Estados Unidos, ni ningún Consulado extranjero, en esta cuestión, toda vez que lo mismo los nacionales que los extranjeros dependen en España de nuestras leyes y de nuestros Tribunales, tratándose de delitos cometidos en el territorio español? Además, aun cuando el delito cometido fuera anterior á su naturalización, es sabido que ésta no puede de ninguna manera anular su responsabilidad ni darle derecho á ampararse ahora en la protección de los Estados Unidos, con motivo de la causa que se le sigue por delitos ó hechos anteriores á su cambio de ciudadanía.

Repito que es posible que haya algún error ó alguna equivocación en la noticia comunicada á los periódicos, y, por consiguiente, no me extendiendo en más consideraciones, limitándome á insistir en el ruego expuesto á fin de que se averigüe la exactitud ó inexactitud de noticia tan grave como transcendental, y se ventile si todos los extremos denunciados son exactos, para entrar después, si llega el caso, á examinar el fondo de tan importante cuestión.

He dicho.

**El Sr. Secretario (Conde de Toreno):** La Mesa pondrá en conocimiento del Sr. Ministro de la Gobernación el ruego formulado por el Sr. Castro Casaléiz.

**El Sr. Ministro de Agricultura, Industria, Comercio y Obras públicas:** La pregunta que ha hecho el Sr. Castro siempre sería oportuna, pero lo es más todavía por el recuerdo tristísimo que para los españoles tienen hechos muy recientes y muy dolorosos.

Por el momento puedo dar una respuesta consoladora, y es la de que absolutamente no tiene el Gobierno noticia alguna respecto de ese hecho, y menos, sobre todo, acerca de que pueda ser exacto. Por consiguiente, no voy á entrar en ningún género de consideraciones; sólo haré, en todo caso, una: la de afirmar ante la Cámara que el Gobierno tiene la firmísima resolución de no consentir que suceda nada de lo que teme y ha expuesto el Sr. Castro y Casaléiz, y para todavía adquirir mayor tranquilidad, y en todo caso proceder como sea

necesario, garantizo á S. S. y á la Cámara que dentro de breves minutos se hará la pregunta necesaria al Gobernador, al representante de la autoridad del Gobierno en Tenerife, para que diga si ha ocurrido algo que pueda parecerse ó que se aproxime á ese hecho, para, en todo caso, imponer el correctivo indispensable.

**El Sr. Castro Casaléiz:** Pido la palabra.

**El Sr. Presidente:** ¿Para qué, Sr. Diputado?

**El Sr. Castro Casaléiz:** Para dar las gracias al señor Ministro, y además para decir dos palabras ampliando ó reforzando las razones del ruego que he dirigido al Gobierno de Su Majestad.

**El Sr. Presidente:** Eso suele ser motivo para entablar una discusión.

**El Sr. Castro Casaléiz:** No voy á discutir, Sr. Presidente; sólo voy á hacer una ligera ampliación, ó á exponer un dato de algún interés para ilustrar este mismo asunto.

**El Sr. Presidente:** Hágala S. S.

**El Sr. Castro Casaléiz:** Puesto que el Sr. Ministro de Obras públicas abunda en mis ideas... (*El Sr. Marqués de Villasegura:* Y los representantes del país también). Creo, en vista de que el Gobierno va á ocuparse inmediatamente de este asunto, que debe fijarse ya con detenimiento en la gravísima cuestión de las naturalizaciones extranjeras en Canarias. Yo, por razón de los cargos que he tenido la honra de desempeñar en no mi corta carrera, he podido conocer infinitos casos de éstas

que se pueden llamar naturalizaciones dolosas, no naturalizaciones *infranolem legis*, sino verdaderamente dolosas, hechas con el fin de eludir ciertas cargas y determinados servicios, y sobre todo el militar, y que tienen lugar con tan desgraciada frecuencia en Canarias, que hasta puedo poner á disposición de la Cámara el periódico oficial de Venezuela, del lunes 27 de Enero de 1896, núm. 6,620, en el que aparece un decreto del Gobierno de dicha República denegando la pretensión de un individuo natural de Canarias que quería naturalizar á su hijo menor, y residente á la sazón en Tenerife, como ciudadano venezolano. De estos hay varios tristísimos ejemplos, que he denunciado oportunamente al Ministerio de Estado. Por consiguiente, al mismo tiempo que se realizan esas averiguaciones que se propone hacer el Gobierno respecto de la noticia relativa al diario separatista, creo que convendría también llamar la atención y excitar el celo de aquellas Autoridades, á fin de que se cumplan las disposiciones vigentes, sobre todo el decreto de extranjería de 17 de Noviembre de 1852, que no está derogado más que en algunas de sus cláusulas, mantenidas las demás por lo dispuesto en el art. 5.º del Código civil, y que se cumpla también el art. 8.º de dicho Código civil vigente.

\* \* \*

*El Correo* de anoche publica el siguiente telegrama:  
«Periodista detenido. Tenerife 6. Custodiado por indivi-

«duos de la benemérita, ha sido embarcado en el vapor *Millán Carrasco* D. Secundino Delgado, Director del periódico autonomista titulado *Vacaguaré*. El detenido está reclamado por la Capitanía general de Castilla la Nueva, para responder en causa que se incoó contra él en Cuba».

«Es hijo de una isla de Tenerife; pero el Cónsul de los Estados Unidos ha formulado una reclamación, fundándola en que Delgado es súbdito de aquella Nación.»

Esto se agrava con el triste recuerdo, con los tristísimos precedentes de lo que ocurrió en la isla de Cuba.

Y añade: «Se comenta el incidente, así como la circunstancia de que el Administrador del periódico sea un escribiente del mencionado Cónsul. Desde hace días se anuncia la visita de una escuadra norteamericana.»

Cuestión es esta sobre la que, á pesar del valor que yo le reconozco, no creo que se atreverá á contestar de una manera terminante el Sr. Ministro de Agricultura, porque esta cuestión es de las que han de marcar la dirección de un Gabinete, y si esta cuestión no se somete al Consejo de Ministros, huelga el Consejo para todo lo que pueda relacionarse con los intereses públicos.

\* \* \*

Paso ahora á ocuparme de la tercera pregunta, que tiene gravedad, no porque la conteste ó deje de contes-

tarla el señor Presidente del Consejo de Ministros, sino por la materia que encierra. Es más: podría contestarla el Sr. Presidente del Consejo de Ministros; pero es más propio, y seguramente lo reconocerá así el Sr. Romero Robledo, que la contesta el Ministro de Estado ó el Ministro de la Gobernación. Pero no hay necesidad ni de esto; se la puede contestar también el Gobierno, porque de éste como de otros asuntos que tienen alguna importancia, aun cuando no haya la solemnidad de un Consejo de Ministros, los que ejercen ese cargo cambian impresiones, deliberan y en realidad acuerdan. Y respecto de este asunto, que es el relativo al telegrama de Santa Cruz de Tenerife, si S. S. hubiera tenido la bondad de leer lo que ayer se dijo en esta Cámara, habría visto que ya está tratado y que se encuentra, digámoslo así, en estado parlamentario. El digno Diputado señor Castro Casaléiz dirigió una pregunta al Gobierno sobre esa misma materia. Yo me levanté á contestar, ofreciéndole que se pedirían todos los antecedentes indispensables para que la respuesta no dejara lugar á duda alguna, pero anticipándome á decirle que las noticias que el gobierno podía tener eran contrarias á las referencias que se hacían, y en efecto, así es.

No me detengo en este momento á hablar del Director del periódico. (*El Sr. Marqués de Casa-Laiglesia: Ya hablaremos luego.*) Sin inconveniente por mi parte, pero ahora, en este momento, involucraría cosas que harían más extensa mi contestación. Ya sabe el Sr. Marqués

de Casa-Laiglesia que yo, con el mayor gusto, he de contestar y discutir acerca de la materia.

No entro ahora, digo, á indicar la índole del periódico, ni siquiera lo relativo á los incidentes á que se dice ha dado lugar la detención del Director, su embarque y otras varias cosas. Me fijaré solamente en una. Se hacía intervenir de una manera oficial, con una reclamación, al Cónsul de los Estados Unidos, y esto ya desde luego, convenientemente informado y con las noticias y datos facilitados por el Sr. Ministro de Estado, tengo que decir que es completamente inexacto. No hay nada de esto, y me atrevo á añadir que afortunadamente. Y si me lo permite el Sr. Romero Robledo, dejaré este punto, porque en breve, tan luego como lleguen noticias telegráficas pedidas á Canarias para esclarecer lo que pueda referirse á la condición del periódico, más que á lo sucedido respecto de este asunto (*El Sr. Poggio: Es un papel despreciable*), entonces el Gobierno comunicará á la Cámara las noticias que tenga y hará cuantas ampliaciones sean indispensables.

\* \* \*

**El Sr. Marqués de Casa-Laiglesia:** Ya que por fin puedo hacer uso de la palabra, os voy á molestar por breves momentos repitiendo algo de lo que aquí se ha dicho con grande oportunidad por mi amigo particular el Sr. Castro Casaltiz, y de lo que ha tratado después

con la autoridad parlamentaria que tiene el Sr. Romero Robledo. Pero no por más humilde, me creo menos obligado á decir algo sobre el asunto que aquí se ha debatido.

Hace algún tiempo apareció en Canarias un periódico sin importancia de ninguna clase, cuyo solo título es, al menos en la intención de su bautizantes, una verdadera provocación para los sentimientos españoles. Titúlase *Vacaguaré*, y este título es el grito de guerra que usaba uno de los menceyes guanches contra España, cuando la conquista. Claro es que, no hay obligación y que no la tienen los Gobernadores de conocer esa clase de gritos; seguramente el españolismo indudable, absoluto y entusiasta de las islas Canarias, habría rechazado el solo título de ese papel, si le hubiere atribuido alguna importancia real, que es lo cierto que no la tiene. Nuestro país tiene la desgracia de haber perdido sus colonias y de haber conservado los filibusteros. Es verdaderamente doloroso esto que sucede: las colonias han desaparecido; pero la maldita simiente del filibusterismo se extiende á derecha é izquierda, y donde quiera que hay un poco de agua ya hay alguno que cree que puede arrojarla á la tierra y hacer que fructifique.

El Director de ese papel, no le quiero llamar periódico, porque yo tengo gran cariño á los periódicos por razón de oficio, que casi ninguno de vosotros desconoce, había sido ya expulsado de Canarias, había sido filibustero en la isla de Cuba y había ido á la República de

Venezuela, y de allí había sido también expulsado por agitador. En aquella República había comenzado á publicar un periódico defendiendo la autonomía de Canarias, periódico que varias veces había sido enviado á las islas y había sido rechazado constantemente por los honradísimos y españolísimos hijos de aquella provincia.

Ha vuelto, y supongo que ha ocupado su cualidad de extranjero, suponiendo también que sea súbdito de los Estados Unidos. El periódico ha caído en el mayor desprecio de las gentes: pero ha empezado, como suelen empezar otras cosas, nutriéndose de doctrinas de autonomía administrativa y de productos imaginativos de la inocencia ajena, para ir introduciendo sin escándalo esa ponzoña, que puede llegar á ser peligrosa.

Yo me he levantado como representante de Canarias, teniendo la seguridad de que siento lo mismo que mis compañeros de representación, para protestar de esa propaganda, para sentir que se consienta, para asegurar que en las islas Canarias el españolismo es tan grande como en cualquier otro sitio de la Península, y para concluir diciendo que este patriotismo se mostró en una ocasión solemne, como se mostró en Madrid, en la capital de la Monarquía, cuando la desgracia nos privara de aquella parte de territorio que poseíamos allende los mares, donde perdimos nuestra dominación no há mucho tiempo, desgraciadamente. En uno de aquellos días tristemente memorables, nuestra calle de Alcalá, iba llena de carruajes que conducían á millares de madrile-

ños á solazarse en la corrida de toros, en tanto que en Santa Cruz de Tenerife, se suspendieron las representaciones teatrales, quedaron desiertos los paseos y las casas aparecieron enlutadas en señal de dolor, por las desdichas de la Nación. *Bien, bien, en todos los lados de la Cámara.*

Es preciso, pues, que se cuide de que allí no se siga sembrando la zizaña, que siempre lleva envueltos peligrosos gérmenes, aunque se pueda afirmar, como yo lo hago ahora, que aquellos honrados españoles rechazan en absoluto esas malditas predicaciones. *Aplausos.— Muy bien.*

**El Sr. Marqués de Villasegura:** Pido la palabra sobre este asunto.

**El Sr. Presidente:** No puedo concedérsela á S.S. hasta que le llegue su turno.

**El Sr. Ministro de Agricultura** tiene la palabra.

**El Sr. Ministro de Agricultura, Industria, Comercio y Obras públicas:** Tiene razón el Sr. Marqués de Casa-Laiglesia al lamentar que después de haber perdido las colonias nos hayamos quedado con algunos filibusteros. Esto ya lo expresó, previéndolo con gran intuición, admirablemente, Bretón de los Herreros, cuando en un poema, describiendo varias enfermedades y accidentes de la vida, al llegar á uno de ellos, decía:

«Hizo España buen negocio  
quedándose con la peste  
y perdiendo el territorio.»

Pero si S. S. tiene razón en esto, yo creo que carece de ella en cuanto á pensar que no se ha evitado ó procurado evitar lo que sucede en Canarias. Hay una prueba que el Sr. Marqués de Casa-Laiglesia no podrá menos de estimar como irrefutable. Si se habla de este asunto, si se mezclan incidentes que pudieran ser desgracia- bles, si fuesen ciertos, es porque el Gobierno ha tomado las medidas que ha considerado necesarias, que, sin duda, han de ser bastante eficaces para que eso no continúe.

Y no digo más, porque es innecesario que yo mencione ni recuerde las palabras de S. S. respecto á la lealtad acrisolada de los habitantes de Canarias, como no sea para hacer otra cosa que también es innecesaria en mí elogiarlos una vez más; porque saben aquellos habitantes que soy entusiasta como nadie de ellos todos, y que he aprendido á quererlos hace muchos años, y que ese cariño no se borrará de mí en toda mi vida. (*El señor García Guerra: Lo viene probando S. S. desde que es Ministro.*)

**Nota núm. 6**

**Estimado amigo y paisano:**

**Ante todo, mi enhorabuena.**

**Ahora mismo recibo de Jetafe sus dos cartas de  
12 y 14.**

**Véngase esta noche á comer conmigo; le espero en  
el café de Pombo, hasta las diez.**

**Si no recibe á tiempo esta carta, procuraré estar ma-  
ñana, viernes 16, en el mismo café, de 8 á 9 de la noche.**

**Su afmo. paisano.**

**N. ESTÉVANA**

**Jueves, 15 Enero.**

75

José las

José

Enríquez